14 cm.
R.66.315
BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

HISTORIA GENERAL DEL PERÚ,

ó

COMENTARIOS REALES

DE LOS INCAS,

Por el Inca Garcilaso de la Vega.

NUEVA EDICION.

TOMO X.

MADRID.
IMPRENTA DE VILLALPANDO.
1800.

HISTORIA

GENERAL

DEL PERÚ.

CAPÍTULO PRIMERO.

Eleccion del licenciado Pedro de la Gasca por el Emperador Carlos V. para la reduccion del Perú.

Entretanto que en el Perú pasaron las cosas que hemos dicho, llegaron á España Diego Alvarez Cueto, y Francisco Maldonado, embaxadores, éste de Gonzalo Pizarro, y aquel del visorey Blasco Nuñez Vela: fueron á Valladolid donde residia la corte, y gobernaba el principe Don Felipe por au-

sencia del Emperador su padre, que residia en Alemania, asistiendo á la guerra que por su propia persona, como católico principe, hacia á los Luteranos para reducirlos á la obediencia de la santa madre iglesia romana. Cada uno de los embaxadores informó como mejor pudo y supo á su alteza, y al consejo real de las Indias, los sucesos del Perú hasta que salieron de él, que aun no habia sucedido la muerte del visorey. Dió mucha pena la mala nueva de la alteracion de aquella tierra; y para tratar mejor del remedio de ella, mandó llamar el principe las personas mas graves, mas prudentes y de mas experiencia que en la corte habia, que fueron el cardenal Don Juan Tavera, arzobispo de Toledo, el cardenal Don Fray Garcia de Loaysa, arzobispo de Sevilla, Don Fernando de Valdés, presi-

dente del consejo real y obispo de Sigüenza, el duque de Alva, el conde de Osorno, el comendador mayor de Leon Francisco de los Cobos, el comendador mayor de Castilla Don Juan de Zúñiga, el licenciado Ramirez, obispo de Cuenca y presidente de la real audiencia de Valladolid, los oidores del consejo real de las Indias, y otras personas de autoridad. Todos los quales, y en comun toda la corte, se admiró que las leyes y ordenanzas que se habian hecho á titulo del bien universal de los Indios y de los Españoles del Perú, se hubiesen trocado tan en contra, que hubiesen sido causa de la destruccion de los unos y de los otros, y de haber puesto el reyno en contingencia de que el Emperador lo perdiese. Con este sentimiento entraron muchas veces en consulta para acordar como se re-

mediaria el peligro tan manifiesto de la pérdida de aquel Imperio, que era lo que mas se sentia. Hubo diversos pareceres: unos proponian que se ganase por fuerza de armas, enviando gente de guerra con capitanes experimentados en ella; pero la dificultad de tanto aparato como era menester de gente, armas y caballos, municion y bastimento: la navegacion tan larga, y haber de pasar dos mares, les forzaba á no tomar este consejo. Otros pareceres hubo de gente menos belicosa, y hombres mas acertados que digerón, que pues el mal habia nacido del rigor de las leyes, y de la aspereza de la condicion del visorey, era bien curarle con cosas contrarias, haciendo nuevas leyes en contra de aquellas, derogándolas y dándolas por ningunas, y enviando con ellas un hombre blando, afable, suave,

de prudencia, experiencia y consejo, sagaz, astuto y mañoso, que supiese manejar las cosas de la paz y las de la guerra quando se ofreciesen. Eligieron al licenciado Pedro de la Gasca, clérigo presbítero, del consejo de la general inquisicion, de quien tenian satisfaccion que concurrian en él todas las partes dichas; y así lo escribieron á S. M. para que aprobase la eleccion. Recibidas las cartas, ordenó lo que Francisco Lopez de Gomara en este paso dice, que por decirlo mas breve y compendioso que los demas autores, que van muy largos en esto, aunque no dicen mas que él, me pareció sacar á la letra lo que aquel historiador dice en el cap. 175., que es lo que se sigue.

Como el Emperador entendió las revueltas del Perú sobre las nuevas ordenanzas, y la prision

del visorey Blasco Nuñez, tuvo á mal el desacato y atrevimiento de los oidores que le prendieron, y á deservicio la empresa de Gonzalo Pizarro. Mas templó la saña por ser con apelacion de las ordenanzas, y por ver que las cartas, y Francisco Maldonado (que Tejada muriera en la mar) echaban la culpa al visorey, que rigurosamente executaba las nuevas leyes sin admitir suplicacion; y tambien porque le habia él mismo mandado executar sin embargo de apelacion, informado ó engañado que así cumplia al servicio de Dios, al bien y conservacion de los Indios, al saneamiento de su conciencia y aumento de sus rentas. Sintió esa misma pena con tales nuevas y negocios, por estar metido y engolfado en la guerra de Alemania, y cosas de Luteranos, que mucho lo congojaban: mas conociendo quan-

to le iba en remediar sus vasallos y reynos del Perú, que tan ricos y provechosos eran, pensó de enviar allá hombre manso, callado y negociador, que remediase los males sucedidos, por ser Blasco Nuñez, bravo, sin secreto y de pocos negocios: finalmente quiso enviar una oveja, pues un Leon no aprovechó. Y así escogió al licenciado Pedro Gasca, clérigo, del consejo de la inquisicion, hombre de muy mejor entendimiento que disposicion, y que se habia mostrado prudente en las alteraciones y negocios de los moriscos de Valencia. Dióle los poderes que pidió, y las cartas y firmas en blanco que quiso: revocó las ordenanzas, y escribió á Gonzalo Pizarro desde Veleno en Alemania, por Febrero de mil quinientos quarenta y seis años. Partió pues Gasca con poca gente y fausto, aunque con titulo de pre-

sidente, mas con mucha esperanza y reputacion. Gastó poco en su flete y matalotage, por no echar en costa al Emperador, y por mostrar llaneza á los del Perú. Llevó consigo por oidores á los licenciados Andres de Cianca, y Renteria, hombres de quien se confiaba. Llegó al Nombre de Dios, y sin decir á lo que iba, respondia á quien en su ida le hablaba conforme á lo que de él sentia, y con esta sagacidad los engañaba, y con decir que si no le recibiese Pizarro se volveria al Emperador: cá él no iba á guerrear, que no era de su hábito, sino á poner paz revocando las ordenanzas, y presidiendo en la audiencia. Envió á decir á Melchor Verdugo que venia con ciertos compañeros á servirle, no viniese, sino que estuviese á la mira. Ordenó algunas otras cosas, y fuese á Panamá, dexando allí por

capitan á Garcia de Paredes, con la gente que le dieron Hernando Mexia, y Don Pedro de Cabrera, capitanes de Pizarro, porque sonaba como franceses andaban robando aquella costa, y querian dar sobre aquel pueblo, mas no vinieron, cá los mató el gobernador de Santa Marta en un banquete. Hasta aquí es de Gomara.

CAPÍTULO II.

Poderes que el licenciado Gasca llevó: su llegada á Santa Marta, y al Nombre de Dios. Recibimiento que se le hizo: sucesos y tratos que allí pasaron.

Añadiendo lo que este autor dexó de decir acerca de los poderes que el licenciado Gasca llevó, que aunque dice que el Emperador le dió los que pidió, no declara qua-

les fueron, decimos que pidió le diesen absoluto poder en todo y por todo, tan cumplido y bastante como S. M. lo tenia en las Indias, para que en todas ellas le acudiesen con la gente, armas, caballos, dineros, navios y bastimentos que pidiese: pidió revocacion de las ordenanzas que el visorey llevó, y perdon de todos los delitos pasados criminales que no se pudiese proceder contra ellos de oficio, ni á instancia de parte, quedando á salvo á cada uno el derecho de su hacienda; y que pudiese mandar volver á España al visorey si le pareciese que convenia á la quietud del reyno; para poder gastar de la hacienda real todo lo que conviniese para su reduccion, quietud, y la administracion de la justicia y gobierno de él; para poder proveer todos los repartimientos de los Indios vacos,

y los que vacasen mientras él estuviese allá, y los oficios de todo aquel imperio, y para dar las gobernaciones de lo que estaba ganado y descubierto, y conquistas de lo por ganar, y que á él no le habian de dar salario, sino una persona como contador y ministro de S. M., que gastase lo que él le mandase y conviniese, y despues diese cuenta de ello á los ministros de la hacienda real. Todo esto pidió el licenciado Gasca, previniendo como hombre sabio y prudente á lo pasado y por venir, y á que no se dixese que el interés del salario le llevaba á trabajos y peligros tan grandes y eminentes como por delante á cada paso se le habian de ofrecer, sino que lo llevaba el zelo de servir á su rey, por quien posponia los descansos, la quietud, y la propia vida, &c. Y declarando lo que dice Gomara,

que el licenciado Gasca era hombre de muy mejor entendimiento que disposicion, es así que era muy pequeño de cuerpo, con extraña hechura, que de la cintura abaxo tenia tanto cuerpo como qualquiera hombre alto, y de la cintura al hombro no tenia una tercia. Andando á caballo parecia aun mas pequeño de lo que era, porque todo era piernas: de rostro era muy feo; pero lo que la naturaleza le negó de los dotes del cuerpo, se los dobló en los del ánimo, porque tuvo todos los que aquel autor dice de él, y muchos mas; pues reduxo un imperio tan perdido como estaba el Perú al servicio de su rey. Yo le conocí, y particularmente le ví toda una tarde que estuvo en el corredorcillo de la casa de mi padre, que sale á la plaza de las fiestas, donde le hicieron unas muy solemnes de

toros y juegos de cañas, y el presidente las miró desde allí, y posaba en las casas que fueron de Tomas Vazquez, y ahora son de su hijo Pedro Vazquez, donde tambien posó Gonzalo Pizarro, que estan al poniente calle en medio de la casa y convento de nuestra Señora de las Mercedes; y aunque aquellas casas tienen á la esquina que sale á la plaza una ventana grande, de donde pudiera el licenciado Gasca ver las fiestas, quiso verlas desde el corredorcillo de mi padre, porque cae en medio de aquella plaza. Y con esto pasarémos á contar sus hazañas, que aunque no fueron de lanza y espada, fueron de prudencia y consejo que tuvo para proveer y gobernar lo que convenia en la guerra para alcanzar el fin de su pretension, y para despues de alcanzado salir de aquella tierra libre sin

opresion. Fueron hazañas de paciencia y sufrimiento, para llevar y pasar los trabajos que se le ofrecieron, y sufrir los desacatos y desvergüenzas de la gente militar: tambien fueron de astucia, discrecion y maña para penetrar, atajar y vencer los ardides y tratos de sus contrarios, que de todo tuvo mucho. De lo qual es bastante prueba haber salido con hazaña increible, á quien bien considerare de qué manera estaba aquel imperio quando este varon aceptó la empresa de él. Dexando á parte la navegacion que el presidente, á quien de aquí adelante llamarémos así, hizo hasta Nombre de Dios, que la escribe Diego Fernandez, dirémos lo que pasó de allí adelante. En Santa Marta supo el presidente la muerte del visorey Blasco Nuñez Vela, que le dió cuenta de ella el licenciado Almendarez,

que era entonces gobernador de aquella provincia, y del nuevo reyno. El licenciado Gasca, y todos los suyos recibieron grande alteracion y turbacion, pareciéndoles que seria imposible reducirse gente que habia llegado á hacer tan gran delito y maldad contra su rey, que hubiesen muerto en batalla campal á un visorey. Mas el presidente disimuló su pena por no causar mayor alteracion con ella; y procurando el remedio, habló muy al descubierto diciendo, que todo aquello y mucho mas, si mas podia ser, perdonaban los poderes que llevaba, y que se habian firmado despues de hecho aquel delito; y así no habia que dudar en el perdon general. Tambien por otra parte consideraba, que era de mucha ayuda la falta del visorey para reducir al servicio de S. M. aquel imperio, por estar quitado

el odio general que todos le tenian por la aspereza de su condicion. Asimismo se le puso delante haberse quitado él inconveniente que hubiera si fuera necesario echar al visorey de la tierra para pacificarla; porque pudiera contradecirlo, diciendo que le afrentaban por haber servido con gran celo á su rey contra los tiranos inobedientes á sus mandamientos. Con estas consideraciones se consoló el presidente Gasca, y pasó en su navegacion hasta el Nombre de Dios, donde fue recibido con muchas armas y arcabuces de Hernan Mexia y sus soldados, y de los del pueblo que le acompañaron con su gobernador, y todos le mostraron poco respeto y ningun amor, especialmente que muchos soldados se desvergonzaban á decir palabras feas y desacatadas, motejándole la pequeñez de su persona, y la fealdad

de su rostro; á todo lo qual el presidente, viendo que le convenia, hacia como lo dice Diego Fernandez, las orejas sordas, mostrando buen semblante á todos. Los clérigos de aquella ciudad lo hicieron como ministros de Dios, que salieron en procesion con la cruz, recibieron al presidente, y lo llevaron á la iglesia cantando el *Te Deum laudamus*, de que él recibió mucho contento y alegria, viendo que tambien habia en aquella tierra gente de buenos respetos en contra de los pasados. Luego la noche siguiente se le aumentó el contento y alegria, porque Hernan Mexia, que era capitan de Gonzalo Pizarro, y muy obligado por sus beneficios, le fue á hablar de secreto, y se ofreció al servicio de S. M., y á ser ayudante y buen ministro para atraer á los demas capitanes y soldados de Gonzalo Pizarro al ser-

vicio del rey. Dióle cuenta larga del estado de aquella tierra, de la armada que habia en Panamá, y de los capitanes y soldados que en ella habia, y como Pedro de Hinojosa era el general de ellos. El presidente le rindió las gracias, con promesas del galardon en nombre de S. M., y le encomendó el secreto; y así quedó confederada la paz y amistad entre ellos, y cada noche se hablaban en mucho secreto, dándole aviso Hernan Mexia de todo lo que le escribian de Panamá. El presidente de dia en dia iba ganando la voluntad así de los soldados como de los moradores de aquel pueblo, que algunos se iban á comer y á conversar con él; y el presidente se mostraba tan llano y afable, que se hacia querer de todos, y en su conversacion no trataba sino de que iba á reducirlos al servicio de S. M. por paz y

amor, con beneficios y mercedes que el rey les hacia, con perdon general de todo lo pasado; y que si no quisiesen reducirse por bien, que él se volveria muy aina á España, y los dexaria en paz; que no queria pasion con nadie, que su hábito y profesion de sacerdote no se lo permitia, ni él lo pretendia. Esto decia muchas veces en público, con pretension y deseo de que la fama lo pregonase por todo aquel imperio. Pocos dias despues que el presidente entró en Nombre de Dios, asomó Melchor Verdugo, de quien atrás hicimos mencion, con dos navios para entrar en el puerto: los de la ciudad se alborotaron grandemente por el odio que le tenian, y aun sospecharon que era orden del presidente. Lo qual sabido por él, le escribió una carta con un clérigo muy amigo de Verdugo, en que le decia, que en nin-

guna manera fuese al Nombre de Dios, sino que fuese donde mejor le estuviese, y restituyese los navios á sus dueños, y todo lo que habia robado.

Esto contenia en suma la carta, mas de palabra le envió á decir que se volviesen á Nicaragua, y esperase allí, que él tendria cuidado de avisarle de lo que sucediese, en que sirviese á S. M. Pero Melchor Verdugo se vino á España, porque le pareció que no estaba seguro en toda aquella tierra, porque en toda ella se habia hecho aborrecer. S. M. I. le hizo merced del hábito de Santiago. Yo le ví en la antecámara del muy católico rey Don Felipe II. el año de mil quinientos sesenta y tres, bien fatigado y lastimado de que émulos y enemigos suyos resucitaron los agravios que en el Perú, en Nicaragua y en el Nombre de Dios

hizo, por los quales, segun los acriminaban, temió que le quitaran el hábito; y así era lastima verle el rostro, segun el sentimiento que mostraba; mas el rey le hizo merced de absolverle de todo, con que se volvió en paz al Perú.

CAPÍTULO III.

El presidente envia á Hernan Mexia á Panamá á sosegar á Pedro de Hinojosa, y despacha un embaxador á Gonzalo Pizarro. Este sabiendo la ida del presidente envia embaxadores al Emperador.

El presidente hizo diligencia para ir á Panamá, donde con su buena maña é industria pensaba de reducir al servicio de S. M. á Pedro de Hinojosa, y á los demas capitanes que con él estaban, que por

la relacion que Hernando Mexia de Guzman le habia dado de los ánimos de todos ellos, que eran semejantes al suyo, tenia esperanza de salir con su empresa; y así con la mayor brevedad que pudo se fue á Panamá, llevando en su compañia al mariscal Alonso de Alvarado, á quien, como dice Diego Fernandez Palentino, cap. 38, habia pedido y sacado de la carcelería que el Consejo de Indias le tenia puesta, y habia hecho dar licencia para volver al Perú, para que le ayudase y acompañase, &c.

Este caballero, habiéndose hallado en la batalla de Chupas contra Don Diego de Almagro el mozo, se vino á España, y por las cosas sucedidas entre aquellos vandos de Pizarros y Almagros, le habia detenido el Consejo de Indias. Dexarlos hemos á él y al presidente en el camino, por decir lo que

Pedro de Hinojosa hizo entretanto en Panamá, que sintió mucho quando supo que Hernan Mexia habia recibido al presidente con aparato y demostracion mas de amistad y de obediencia que no de contradicion. Sintiólo, porque no sabia los poderes que el presidente traía, y por haberse hecho sin darle parte. Escribióle sobre ello asperamente, y algunos amigos de Hernan Mexia le avisaron que no viniese á Panamá, porque Hinojosa estaba muy desabrido con él; mas no embargante todo esto, como lo dice Agustin de Zarate, habiéndolo comunicado con el presidente, se acordó que Hernan Mexia se partiese luego á Panamá á comunicar con Hinojosa el negocio, pospuestos los temores de que le certificaban, confiando en la gran amistad que con Hinojosa tenia, y en que conocia su condicion, y así

fue y trató con él la causa del recibimiento, disculpándose con que para qualquiera camino que se hubiese de seguir, perjudicaba poco lo que habia hecho; y así Hinojosa quedó satisfecho, Hernan Mexia se tornó al Nombre de Dios, y el presidente se fue á Panamá, donde trató el negocio de su venida con Hinojosa y con todos sus capitanes, con tanta prudencia y secreto, que sin que supiese uno de otro les tuvo ganadas las voluntades de tal suerte, que ya se atrevia á hablar públicamente á todos, persuadiéndoles su opinion é intento, y proveyendo á muchos soldados de lo que habian menester, teniendo por principal medio para su buen suceso el gran comedimiento y crianza con que hablaba y trataba á todos: que es la cosa de que mas se ceban los soldados de aquella tierra, &c.

Hasta aquí es de Agustin de Zarate, cap. 7. Pedro de Hinojosa, luego que supo la llegada del presidente á Nombre de Dios, escribió á Gonzalo Pizarro de su venida, y sus capitanes hicieron lo mismo, con grandes bravatas que no convenia que le dexasen llegar al Perú. Con la comunicacion que con el presidente tuvieron en Panamá mudaron de parecer, y escribieron en contra; porque el presidente les visitaba á menudo, y grangeaba las voluntades. Por lo qual le permitieron que enviase una persona de las que traía de Castilla con cartas á Gonzalo Pizarro, en que le diese noticia de su venida, y del intento y poderes que traía: y así determinó el presidente de enviar un caballero llamado Pedro Hernandez Paniagua, vecino y regidor de la ciudad de Plasencia, persona qual convenia pa-

ra tal embaxada: que demas de ser caballero hijodalgo, dexaba hijos y muger, y un buen mayorazgo en España, á quien Gonzalo Pizarro debia respetar por ser de su tierra, y del vando de sus deudos. El qual se partió en una fragata para el Perú, llevando una carta de S. M. para Gonzalo Pizarro, y otra del presidente, sin otras secretas para algunas personas principales, y una de ellas era del obispo de Lugo para el licenciado Benito de Carvajal, que, como á pariente suyo, le escribia lo que le convenia hacer en el servicio de S. M. Dexaremos á Paniagua en su navegacion por decir lo que Gonzalo Pizarro hizo entretanto.

Estando Gonzalo Pizarro en el mayor colmo de sus esperanzas, que habia de ser gobernador perpetuo de aquel imperio, recibió las cartas de Pedro Hinojosa, su general,

con la nueva de la ida del presidente á aquella tierra, de que él y todos los suyos recibieron grande alteracion, y juntándose en consejo, comunicaron entre todos, así capitanes como vecinos, entre los quales hubo muchos, diversos y contrarios pareceres. Al cabo quedaron en dos: unos decian que pública ó secretamente enviasen á matar al presidente; otros, que lo traxesen al Perú, que venido seria facil cosa, visto los poderes que traía, hacerle conceder todo lo que ellos quisiesen; y quando esto no hubiese lugar, le podrian entretener muy largo tiempo con decir que querian juntar todas las ciudades de aquel reyno en la de los Reyes, y que allí los procuradores tratarian de recibirle ó no; que por haber tanta distancia de unos lugares á otros, se podia dilatar la junta mas de dos años; y que en-

tretanto podrian tener al presidente en la isla llamada Puna, con buena guarda de soldados de confianza, para que él no pudiese escribir á S. M. cosa alguna de lo que por allá pasaba, para que no se tuviese á inobediencia.

Otros decian que era mejor y mas breve que lo volviesen á España, con buena provision de dineros y regalos para el camino, porque se viese que le habian tratado como á ministro de S. M. En esta variedad y confusion de pareceres gastaron muchos dias: al fin de ellos de comun consentimiento determinaron que se enviasen procuradores á S. M. que negociasen las cosas convenientes á aquel imperio, y diesen cuenta de los casos nuevamente sucedidos; especialmente para que justificasen el rompimiento de la batalla de Quitu, y la muerte del visorey, cargándole

siempre la culpa por haber sido agresor, y haberles forzado á que se la diesen yendolos á buscar, y á que le matasen en la batalla por defenderse de él: juntamente suplicasen á S. M. proveyese la gobernacion de aquel imperio en Gonzalo Pizarro, por haberlo ganado, merecerlo por muchas vias, y tener prendas de S. M. con la cédula del marqués su hermano que S. M. le habia dado, para que despues de sus dias pudiese nombrar otro en su lugar; y que los procuradores requiriesen al presidente en Panamá que no pase al Perú hasta que S. M., informado por ellos, enviase nuevo mandato de lo que se hubiese de hacer. Determinado esto, trataron de elegir los embaxadores que hubiesen de venir á España; y para dar mas autoridad á su embaxada, pidieron muy encarecidamente á Don Fray Geró-

nimo de Loaysa, arzobispo de los Reyes, que como prelado, padre y pastor de aquella ciudad aceptase el cargo de aquella embaxada, para que en España fuese mejor oida. Pidieron lo mismo al obispo de Santa Marta, y á Fr. Tomas de San Martin, provincial de la orden de Santo Domingo; y mandaron á Lorenzo de Aldana, y á Gomez de Solis que viniesen en compañia del arzobispo, del obispo y del provincial. Dieronles dineros para el camino, que pudiesen gastar bastantemente; y á Gomez de Solís, que era maestre-sala de Gonzalo Pizarro, le dió aparte treinta mil pesos que diese á Pedro de Hinojosa en Panamá para lo que se le ofreciese gastar: y á Lorenzo de Aldana pidió muy encarecidamente, que pues le obligaba la patria y la amistad que entre ambos habia, le avisase con toda bre-

vedad y fidelidad el suceso de su viage, y de lo que en Panamá supiese acerca de los poderes que el presidente llevaba. Con esto se embarcaron por el mes de Octubre del año quinientos quarenta y seis, con nombre de embaxadores del imperio del Perú para S. M., y navegaron sin ofrecerseles en el viage cosa de momento que poder contar.

CAPÍTULO IV.

Los embaxadores llegan á Panamá: ellos y los que allí estaban niegan á Gonzalo Pizarro, y entregan su armada al presidente. Llegada de Paniagua á los Reyes.

Luego que llegaron á Panamá los embaxadores, Lorenzo de Aldana se fue á posar con Pedro de Hinojosa, y habiendo quemado la ins-

truccion que llevaba de Gonzalo Pizarro de lo que en Panamá y en España habia de hacer, fue á besar las manos al presidente, y á pocas razones se entendieron las intenciones; y pasando adelante la conversacion y la familiaridad, trataron entre Lorenzo de Aldana, Hernan Mexia, y Pedro de Hinojosa de reducirse al servicio del presidente; y aunque lo dificultaron los primeros tres dias, hasta declarar todos llanamente el ánimo que tenian, viéndose todos de una voluntad, hablaron al descubierto, no solamente ellos, pero tambien los demas capitanes; y al quarto dia se fueron al presidente, y todos á una le dieron la obediencia, y le entregaron la armada de Gonzalo Pizarro, con todo lo contenido en ella, de armas, bastimento y municiones, é hicieron pleyto homenage de le servir y obedecer

en todo lo que les mandase: encargaron que se guardase el secreto entre todos hasta saber como tomaba Gonzalo Pizarro el recaudo que Pedro Hernandez Paniagua le llevó. Movióles á negar á Gonzalo Pizarro y pasarse al servicio de S. M., el zelo que mostraron al servicio de su rey: digamoslo así por no parecer en todo maldiciente; pero fue debaxo de concierto secreto, que cada uno puso por delante la paga que apaciguada la tierra se le habia de hacer; y así se les cumplió aun mas largamente que ellos la supieron pedir y proponer, como dirémos algo de esto adelante en su lugar. Lo principal y lo mas importante para este hecho fue la revocacion de las ordenanzas, y el perdon y absolucion de todo lo pasado, que como se veían asegurados en sus Indios, y libres de la muerte que por las

alteraciones, daños y muertes pasadas temian, no quisieron perder la ocasion sino gozarla, aunque fuese con daño y destruccion de quien les habia honrado, y dadoles nombre de capitanes y embaxadores de aquel imperio, para que tuvieran méritos en lo de adelante, que aunque eran personas de calidad, no habian sido conquistadores, sino fue solo Juan Alonso Palomino. Guardaron el secreto pocos dias, porque al presidente le pareció no perder tiempo, pues habia salido con tan gran hecho en tan breve tiempo. Hicieron reseña general de la gente: entregaron al presidente las vanderas, y los capitanes se sometieron en público al presidente, el qual los admitió en nombre de S. M., les volvió sus vanderas, y les dió las capitanías por el Emperador, como lo dice Gomara en el capitulo ciento se-

tenta y nueve por estas palabras.

Hinojosa entonces dióle las naos de su voluntad, que fuerza nadie se la podia hacer, y por grandisima negociacion de Gasca y promesas. Por aquí comenzó la destruccion de Gonzalo Pizarro. Gasca tomó la flota, hizo general de ella al mismo Pedro de Hinojosa, y volvió las naos y vanderas á los capitanes que las tenian por Pizarro, que fue hacer fieles de traidores. No cabia de gozo en verse con la armada, creyendo haber ya negociado muy bien; y á la verdad sin ella nunca ó tarde saliera con la empresa; cá no pudiera ir por mar al Perú, é yendo por tierra, como al principio pensaba, pasara muchos trabajos, hambre, frio y otros peligros antes de llegar allá.

Hasta aquí es de Gomara, donde toca las diligencias que el presidente hizo, y las promesas que

de ambas partes hubo. Asentada la amistad, y certificada la paga de ella, el de la Gasca muy al descubierto eligió por capitan general de todo el exército de mar y tierra á Pedro de Hinojosa. Mandó apercibir quatro navios en que fuesen Lorenzo de Aldana, Juan Alonso Palomino, Hernan Mexia, y Juan de Illanes por capitanes de ellos; y Lorenzo de Aldana por cabo de todos quatro, llevasen trescientos hombres de los mejores que tenian, que fuesen bien armados y pertrechados de todo lo necesario. Que llevasen muchos traslados de la revocacion de las ordenanzas que S. M. hacia, y del perdon general que á todos daba, para que como mejor pudiesen los fuesen enviando y sembrando la tierra adentro. Asi fueron aquellos quatro capitanes en su viage en cumplimiento de lo que se les mandó.

Escribió el presidente á Don Antonio de Mendoza, visorey que era entonces del imperio de México, dandole cuenta de lo hasta allí sucedido, pidiendole socorro de gente y armas para aquel hecho. Envió á Don Baltasar de Castilla á Guatimala y Nicaragua: otras personas fueron á Santo Domingo, á Popayan y á otras partes á lo mismo, porque se entendió que fuera todo necesario; pero la revocacion y el perdon general fueron los que hicieron la guerra á Gonzalo Pizarro, y dieron aquel imperio al licenciado Gasca. Volviendo á Pedro Hernandez Paniagua, que lo dexamos en la mar navegando para los Reyes, y dexando los sucesos de su viage que los escritores dicen, dirémos lo mas substancial de la historia. El llegó á la ciudad de los Reyes, dió á Gonzalo Pizarro la carta de S. M., la

del presidente, y la que llevaba de creencia para todo el reyno en general, de que iba por orden del presidente, para que se le diese crédito á lo que de parte de S. M. y del presidente dixese, demas de lo que las cartas decian. Gonzalo Pizarro le recibió con buen semblante; y oido su recaudo le mandó salir fuera, apercibiéndole no tratase con nadie cosas del presidente, porque le iria mal de ello. Mandó llamar al licenciado Cepeda, y á Francisco de Carvajal, y entre todos tres solos leyeron las cartas: la de S. M., como la escribe Agustin de Zarate, decia así.

Carta de S. M.

EL REY.

Gonzalo Pizarro, por vuestras letras, y por otras relaciones, he entendido las alteraciones y cosas acaecidas en esas provincias del Perú, despues que á ellas llegó Blasco Nuñez Vela, nuestro visorey de ellas, y los oidores de la audiencia real que con él fueron, á causa de haber querido poner en execucion las nuevas leyes y ordenanzas por nos hechas para el buen gobierno de esas partes, y buen tratamiento de los naturales de ellas. Y bien tengo por cierto que en ello vos ni los que os han seguido no habeis tenido intencion á nos deservir, sino á excusar la aspereza y rigor que el dicho visorey queria usar, sin admitir suplicacion

ninguna; y así, estando bien informado de todo, y habiendo oido á Francisco Maldonado lo que de vuestra parte, y de los vecinos de esas provincias nos quiso decir, habemos acordado de enviar á ellas por nuestro presidente al licenciado de la Gasca, del nuestro consejo de la santa y general inquisicion, al qual habemos dado comision y poderes para que ponga sosiego y quietud en esa tierra, y provea y ordene en ella lo que viere que conviene al servicio de Dios nuestro Señor, ennoblecimiento de esas provincias, y al beneficio de los pobladores, vasallos nuestros, que las han ido á poblar, y de los naturales de ellas: por ende yo os encargo y mando, que todo lo que de nuestra parte el dicho licenciado os mandare, lo hagais y cumplais como si por nos os fuese mandado, y le dad todo el favor y ayu-

da que os pidiere, y menester hubiere, para hacer y cumplir lo que por nos le ha sido cometido, segun por la orden y de la manera que él de nuestra parte os lo mandare, y de vos confiamos: que yo tengo y tendré memoria de vuestros servicios, y de lo que el marques Don Francisco Pizarro, vuestro hermano, nos sirvió, para que sus hijos y hermanos reciban merced.

De Venelo, á diez y seis dias del mes de Hebrero, de mil quinientos quarenta y seis años. = YO EL REY. = Por mandado de S. M. = Francisco de Eraso.

La carta que el presidente escribió á Gonzalo Pizarro decia de esta manera.

Ilustre señor: creyendo que mi partida á esa tierra hubiera sido

mas breve, no he enviado á vuesa merced la carta del Emperador, nuestro señor, que con esta vá, ni he escrito yo de mi llegada á esta tierra, pareciendo que no cumplia con el acato que á la de S. M. se debe, sino dándola por mi mano, y que no se sufria que carta mia fuese antes de la de S. M.: pero viendo que habia dilacion en mi ida, y porque me dicen que vuesa merced junta los pueblos en esa ciudad de Lima para hablar en los negocios pasados, me pareció que con mensagero propio la debia de enviar, y así envió solo á llevar la de S. M., y ésta á Pedro Hernandez Paniagua, por ser persona de la calidad que requiere la carta de S. M., y tan principal en aquella tierra de vuesa merced, y uno de los que mucho son entre sus amigos y servidores. Y lo demas que yo en ésta puedo decir es, que

España se alteró sobre como se deberian tomar las alteraciones que en esas partes ha habido despues que el visorey Blasco Nueñez (que Dios perdone) entró en ellas; y despues de bien mirados y entendidos por S. M. los pareceres que en esto hubo, le pareció que en las alteraciones no habia habido hasta ahora cosa porque se debiese pensar que se habian causado por deservirle ni desobedecerle, sino por defenderse los de esa provincia del rigor y aspereza contra el derecho que estaba debaxo de la suplicacion que para S. M. tenian de ellas interpuesta, y para poder tener tiempo en que su rey les oyese sobre su suplicacion antes de la execucion: y así parecia por la carta que vuesa merced á S. M. escribió, haciéndole relacion de como habia aceptado el cargo de gobernador, por haberselo encarga-

do la audiencia en nombre y debaxo del sello de S. M., y diciendo que en aquello se serviria, y que de no lo aceptar seria deservido, y que por esto lo habia aceptado hasta tanto que S. M. otra cosa mandase: lo qual vuesa merced, como bueno y leal vasallo, obedeceria y cumpliria. Y así, entendido esto por S. M., me mandó venir á pacificar esta tierra, con la revocacion de las ordenanzas de que para ante él se habia suplicado, y con poder de perdonar en lo sucedido, y de ordenar y tomar el parecer de los pueblos en lo que mas conviniese al servicio de Dios, bien de la tierra, y beneficio de los pobladores y vecinos de ella, y para remediar y emplear los Españoles á quien no se pudiesen dar repartimientos, enviándolos á nuevos descubrimientos, que es el verdadero remedio con que los que no

tuvieren de comer en lo descubierto, lo tengan en lo que se descubriere, y ganen honra y riqueza, como lo hicieron los conquistadores de lo descubierto y conquistado. A vuesa merced suplico mande mirar esta cosa con ánimo de christiano, y caballero hijodalgo, y de prudente, y con el amor y voluntad que debe, y siempre ha mostrado tener al bien de esa tierra, y de los que en ella viven, con ánimo de christiano, dando gracias á Dios y á nuestra Señora, de quien es devoto, que una negociacion tan grande y pesada como es en la que vuesa merced se metió, y hasta ahora ha tratado, se haya entendido por S. M., y por los demas de España, no por género de rebelion ni infidelidad contra su rey, sino por defensa de su justicia derecha; que debaxo de tal suplicacion que para su principe se habia interpues-

po tenia: y que pues su rey, como católico y justo, ha dado á vuesa merced y los de esa tierra lo que suyo era, y pretendian en su suplicacion, deshaciendoles el agravio que por ella decian haberseles hecho con las ordenanzas, vuesa merced dé llanamente á su rey lo suyo, que es la obediencia, cumpliendo en todo lo que por él se le manda, pues no solo en esto cumplirá con la natural obligacion de fidelidad que como vasallo á su rey tiene, pero aun tambien con lo que debe á Dios, que en ley de natura, de escritura y de gracia, siempre mandó que se le diese á cada uno lo suyo, especial á los reyes la obediencia, so pena de no se poder salvar el que con este mandamiento no cumpliere; y lo considere asímismo con ánimo de caballero hijodalgo; pues sabe que este ilustre nombre le dexaron y

ganaron sus antepasados, con ser buenos á la corona real, adelantándose mas en servirla que otros que no merecieron quedar con nombre de hijodalgo, y que seria cosa grave que le perdiese vuesa merced por no ser quales fueron los suyos, y pusiese nota y obscuridad en lo bueno de su linage, degenerando de él. Y pues despues del alma ninguna cosa es entre los hombres mas preciosa, especialmente entre los buenos, que la honra, ha se de estimar la pérdida de ella por mayor que de otra cosa ninguna, fuera la del alma, por una persona como vuesa merced, que tan obligado es á mirar por ella, y le dexaron sus mayores, y obligan sus deudos; cuya honra, juntamente con la de vuesa merced, recibirá quiebra no haciendo lo que con su rey debe; porque el que á Dios en la fe, ó al rey en

la fidelidad no corresponde como es justo, no solo pierde su fama, mas aun obscurece y deshace la de su linage y deudos. Y asimismo lo considere con ánimo y consideracion de prudente, conociendo la grandeza de su rey, y la poca posibilidad suya para poder conservarse contra la voluntad de su príncipe: y que ya que por no haber andado en su corte ni en sus exércitos no haya visto su poder y determinacion que suele mostrar contra los que le enojan, vuelva sobre lo que de él ha oido, y considere quien es el gran Turco, y como vino en persona con trescientos y tantos mil hombres de guerra, y otra muy gran muchedumbre de gastadores á dar la batalla, y que quando se halló cerca de S. M. junto á Viena, entendió que no era parte para darla, y que se perderia si la diese, y se vió en tan gran-

de necesidad, que olvidada su autoridad le fue forzado retirarse; y para poderlo hacer tuvo necesidad de perder tantos mil hombres de caballo que delante echó, para que ocupado en ellos S. M. no viese ni supiese como se retraía él con la otra parte de su exército, &c. Esta carta del presidente la escribieron los autores mucho mas larga: á mí me pareció cortarla aquí, porque todo lo de adelante es referir victorias que el Emperador hubo de sus enemigos, como la que ha dicho que tuvo del Turco, para persuadir á Gonzalo Pizarro que se rindiese y sometiese á su príncipe, contra quien no podia tener fuerzas para resistirle. Dirémos en el capítulo siguiente lo que sobre las cartas hubo de consultas y pareceres.

CAPÍTULO V.

Consultas que se hicieron sobre la revocacion de las ordenanzas, y sobre el perdon en los delitos pasados. Recaudos que en secreto daban á Paniagua. Respuesta de Gonzalo Pizarro.

Habiéndose leido una, dos y mas veces las cartas entre los tres que en la primera consulta se hallaron, que fueron Gonzalo Pizarro, el licenciado Cepeda, y Francisco de Carvajal, pidió Gonzalo Pizarro el parecer de ellos. Cepeda dixo á Carvajal que como mas viejo hablase primero; y aunque hubo réplica de comedimiento de una parte á otra, al fin habló Carvajal primero, y dixo: Señor, muy buenas bulas son estas, pareceme que no es razon que vuesa señoria las

dexe de tomar, y todos nosotros hagamos lo mismo, porque traen grandes indulgencias. El licenciado Cepeda replicó diciendo, ¿qué bondad es la que tienen? Carvajal respondió: Señor, que son muy buenas y muy baratas, pues nos ofrecen revocacion de las ordenanzas y perdon de todo lo pasado, y que en lo por venir se tome orden y parecer de los regimientos de las ciudades para ordenar lo que al servicio de Dios, al bien de la tierra y beneficio de los pobladores y vecinos de ella convenga, que es todo lo que hemos deseado y podemos desear; porque con la revocacion de las ordenanzas nos aseguran nuestros Indios, que es lo que nos hizo tomar las armas, y ponernos en contingencia de perder las vidas; con el perdon de lo pasado nos las aseguran; y con el orden que se ha de

tener de aquí adelante en que se gobierne lo que convenga con el parecer y consejo de los regimientos de las ciudades, nos hacen señores de la tierra, pues la hemos de gobernar nosotros. Por todo esto soy de parecer que se tomen las bulas, y que se elijan nuevos embaxadores que vayan al presidente con la respuesta, lo traigan en hombros á esta ciudad, le enladrillen los caminos por do viniere con barras de plata y tejos de oro, y se le haga todo el mayor regalo que fuere posible, en agradecimiento de que nos traxo tan buen despacho; y para obligarle á que adelante nos trate como á amigos, y nos descubra si trae otra mayor facultad y poder para dar á vuesa señoria la gobernacion de este imperio, que yo no dudo de que lo traiga, que pues del primer lance nos envida lo que nos ha envidado,

señal es que le queda mas resto que renvidarnos. Traiganle como he dicho, que si no nos estuviere bien su venida, despues podrémos hacer de él lo que quisieremos.

Cepeda dixo, que no convenia nada de lo que habia dicho Francisco de Carvajal; porque las promesas eran de palabra sin alguna seguridad: que de los poderosos era no cumplirlas quándo se les antojaba, y que metido una vez el presidente en tierra, atraeria á sí todos los de ella, y haria todo lo que quisiese: que no lo enviaban por hombre sencillo y llano, sino de grandes cautelas, astucias, falsedades y engaños; y que en resolucion, su parecer era que en ninguna manera recibiesen al presidente, porque seria la total destruccion de ellos. Esto fue en suma lo que estos dos consejeros dixeron, aunque las razones de una

parte y otra fueron muchas mas. Gonzalo Pizarro, aunque no se declaró por ninguno de ellos, se inclinó mas al voto del licenciado Cepeda que no al de Carvajal, porque le pareció que ya le despeseian de la gobernacion y mando de aquella tierra. El licenciado Cepeda tambien dió aquel parecer apasionado de su ambicion é interés, porque le pareció, que recibido una vez el presidente, él caía de su autoridad, y quizá perderia la silla de oidor, y aun la vida; porque habiendo sido ministro de S. M. hubiese contradicho sus ordenanzas, y sido contra su visorey hasta matarle en batalla campal. No salió Gonzalo Pizarro resuelto de esta consulta en cosa alguna: ordenó que se hiciese una gran junta de los vecinos, señores de Indios, de los capitanes, y de la demas gente noble y letra-

dos que en la ciudad hubiese, para que por todos se acordase lo que se hubiese de hacer, y responder á las cartas de S. M. y del presidente, porque fuesen con la autoridad y consejo de toda la tierra. Juntaronse en aquel cabildo abierto mas de ochenta personas, donde hubo diversos y extraños pareceres; unos de mucha gravedad, prudencia y consejo en favor y beneficio comun de Indios y Españoles, y en el servicio divino; otros pareceres hubo no tales, que cada uno hablaba conforme á su talento: otros hubo muy ridículos, que en tanta variedad y multitud de gente es fuerza que haya de todo. Los pareceres mas acertados se conformaban con el de Francisco de Carvajal; pero porque la ambicion y deseo de mandar los contradecia, no fueron admitidos. Carvajal volvió á decir en aquella publicidad,

que las bulas eran buenas, y que era bien que las tomasen. Cepeda dixo, ya tiene miedo el maese de campo. Lo mismo dixeron algunos de los mas disparados; y sintiéndolo Carvajal dixo en alta voz: Yo señores, como aficionado servidor del gobernador mi señor, y como quien tanto desea su prosperidad, aumento y descanso, doy el parecer que entiendo que mas conviene para que consiga lo que le deseo, conforme al amor que le tengo; que por lo demas, quando acaezca otra cosa, ya yo he vivido muchos años, y tengo tan buen palmo de pescuezo para la soga como cada uno de vuesas mercedes. Diego Fernandez Palentino refiere parte de este parecer que Francisco de Carvajal dió, y lo dice en un paso de su historia, mas adelante de donde vamos: debió de llegar tarde á su noticia, y quien

le dió la relacion se la dió menos-cabada: ello pasó en este lugar, y mucho mas largo que se ha dicho. Francisco Lopez de Gomara, ni Agustin de Zarate hacen mencion de ello, y no sé por qué, que acabada esta guerra, públicamente loaban todos quando referian estos sucesos la prudencia de Carvajal y su buen consejo, quan acertado era si Gonzalo Pizarro acertara á tomarlo.

Las consultas que hemos dicho pasaron en público: otras hubo secretas contra Gonzalo Pizarro en la posada de Pedro Fernandez Paniagua, que sin procurarlo él fueron muchos aquella primera noche, y las demas que estuvo en la ciudad de los Reyes, á abonarse con él, diciéndole que ellos eran servidores de S. M., y que estaban contra su voluntad en poder de Gonzalo Pizarro: que luego que el

presidente entrase en la tierra, todos se irian á él, y desampararian á Pizarro: que por amor de Dios tomase bien en la memoria sus nombres para decir al presidente quienes eran; porque desde luego se ofrecian por suyos para servirle á su tiempo. Esto decian á Paniagua á solas los vecinos mas principales, los que mas prendados andaban en el servicio de Gonzalo Pizarro, y los que peores votos habian dado contra el presidente en las consultas pasadas, diciendo que lo matasen á puñaladas, ó con tósigo, ó con desfondarle el navio en que fuese al Perú, como lo dicen los historiadores. Estos avisos secretos que á Paniagua daban de noche, fueron parte para que él no se declarase con Gonzalo Pizarro; porque es de saber que llevaba orden y comision del presidente, que le dió en secreto á su partida, y le

dixo: Vivireis con mucho recato, cuidado y aviso de mirar y penetrar la intencion de los que estan con Gonzalo Pizarro; y si vieredes y sintieredes que son todos con él á una, le direis de mi parte que se sosiegue y quiete, que yo llevo orden de S. M. para confirmarle la gobernacion que tiene del Perú; porque es verdad que á mi partida de España me lo dixeron los del consejo de S. M., que si toda la tierra fuese á una con Gonzalo Pizarro, que lo dexase por gobernador; y las postreras palabras fueron decirme: Quede la tierra por el Emperador nuestro señor, y gobiernela el diablo. Este secreto fio de vos, dixo el presidente á Paniagua, como lo fiaron de mí; y haced en todo como teneis la obligacion á caballero hijodalgo, y al servicio de vuestro rey.

Todo esto contaba el mismo Pa-

niagua despues de apaciguada la tierra, y venido el presidente á España, porque él quedó allá con un buen repartimiento de Indios; y decia, que con ver la variedad de los que le hablaban, estuvo muchas veces por descubrir el secreto á Gonzalo Pizarro: y que muchas veces le habia pesado despues acá de no haberlo hecho. Pedro Fernandez Paniagua procuró la respuesta de su mensage, la alcanzó por favor del licenciado Carvajal, y lo tuvo en mucho, porque estaba temeroso no supiese Gonzalo Pizarro que los suyos le iban á hablar de noche, y lo matase, como lo habia amenazado al principio. Salió de los Reyes por Enero de quinientos quarenta y siete años. Gonzalo Pizarro le dió dineros para el camino, y una carta para el presidente, que la escribe Diego Fernandez Palentino; y Agustin

de Zarate la calla, la qual dice así.

Muy magnífico y muy reverendo Señor.

Una de vuesa merced recibí hecha en esa ciudad de Panamá á 26 de Septiembre del año pasado, y por los avisos que vuesa merced en ella me da, beso las manos á vuesa merced muchas veces, porque bien entiendo que salen de un ánimo tan sincéro como es razon le tenga una persona de tanta calidad, y tan extremado en conciencia y letras como vuesa merced es. Y en lo que á mí toca, vuesa merced crea que mi voluntad siempre ha sido y es de servir á S. M., y sin que yo lo diga, ello mismo se dice de suyo, pues mis obras y las de mis hermanos han dado y dan testimonio claro de ello;

porque á mi parecer no se dice servir á su principe el que le sirve con solas palabras: y aunque los que ponen obras á costa de S. M. sirven; pero no que tengan tanta razon de encarecer lo que sirven como yo, que no con palabras, sino con mi persona, y las de mis hermanos y parientes he servido á S. M. diez y seis años que ha que pasé á estas partes, habiendo acrecentado en la corona real de España mayores y mejores tierras, y mas cantidad de oro y plata que haya hecho ninguno de los que en España han nacido jamas; y esto á mi costa, sin que S. M. en ello gastase un peso. Y lo que de todo ello ha quedado á mis hermanos y á mí, es solo el nombre de haber servido á S. M.; porque todo lo que en la tierra habemos ganado se ha gastado en servicio de S. M.: Y al tiempo de la venida de Blasco

Nuñez se hallaban los hijos del marques, Hernando Pizarro, y yo, sin tener oro ni plata, aunque tanto habiamos enviado á S. M., y sin tener un palmo de tierra de tanta como habiamos acrecentado á su real corona; pero con todo esto tan entero en su servicio como el primer dia. Así que, de quien tanto ha servido á S. M., no se debe presumir haya necesidad de saber el poder de su príncipe, mas de para alabar á nuestro señor que tanta merced nos hace de darnos un tal señor, que en él (como en su morada propia concurren) le hizo tan poderoso, y dé tantas victorias, que todos los príncipes christianos é infieles le teman y rezelen. Y aunque yo no haya gastado tanto tiempo en la corte de S. M. como he gastado en la guerra en su servicio, vuesa merced crea soy tan aficionado á saber las cosas de S. M., especial-

mente las que ha hecho en las guerras, que muy pocos hay de los que en ella se hallan que me hagan ventaja en saber el verdadero punto de todo lo que en ellas ha sucedido; porque con el aficion que en mi conocen, los que de allá vienen (que se me podria notar á curiosidad, por ser tan amigo de verdad como en todas las cosas suelo ser) siempre procuran escribirme lo que realmente pasa; y yo, como cosa que tanto me deleyta y satisface, siempre procuro tenerlo en la memoria, &c. Lo que mas contenia esta carta lo dexamos por impertinente, porque no sirve mas de culpar al visorey Blasco Nuñez Vela de todo lo pasado, y disculparse á sí, diciendo, que todas las ciudades de aquel imperio le eligieron por procurador general de él, y que los oidores, con provision de sello real, le mandaron que

BIBLIOTECA Granada ANDALUCIA
echase del reyno á Blasco Nuñez Vela, y que él no hizo nada por su parecer, sino obedecer lo que se le mandó.

Con esta carta se fue Paniagua por la mar, donde lo dexarémos hasta su tiempo. Lo que en la carta dice, sin tener un palmo de tierra de tanta como habemos acrecentado á su corona real, quiso decir en mayorazgo perpetuo como la tienen los señores de España, que se la dieron los reyes pasados por haberles ayudado á conquistarla, y echado los moros fuera de ella: que aunque Gonzalo Pizarro, y Hernando Pizarro tenian repartimientos de Indios, no eran perpetuos sino de por vida; y aunque el marques Don Francisco Pizarro tambien los tuvo, se habian acabado ya con su muerte, y sus hijos no los heredaron.

CAPÍTULO VI.

Muerte de Alonso de Toro: salida de Diego Centeno de su cueva, y la de otros capitanes al servicio de S. M. Quema Gonzalo Pizarro sus navios.

Habiendo despachado Gonzalo Pizarro á Pedro Fernandez Paniagua, y viendo que Lorenzo de Aldana no le enviaba aviso alguno de su viage, ni de la armada que estaba en Panamá, ni otra cosa alguna del licenciado Pedro de la Gasca, pudiéndolo haber enviado, segun el tiempo que habia pasado en medio, sospechando mal de ello escribió á Quitu á su teniente y capitan Pedro de Puelles, á la ciudad de San Miguel al capitan Mercadillo, al capitan Porcel á los Pacamurus, y á Truxillo al capitan Diego de Mora, avisándoles que

estuviesen apercibidos para quando los enviase á llamar, que seria presto. Pero quando los mensageros llegaron, ya todos estos capitanes tenian aviso de la revocacion de las ordenanzas, y del perdon general de todo lo pasado, que las cartas y traslados de los poderes que el presidente llevaba, que, como atras diximos, con secreto y buena maña las habia hecho derramar por todo el reyno, habian llegado á noticia de ellos, y estaban todos determinados de negar á Gonzalo Pizarro, como lo hicieron poco despues. Envió asimismo Gonzalo Pizarro á Antonio de Robles por capitan á la ciudad del Cozco para que recogiese la gente que en ella y en su comarca hubiese, y la tuviese apercibida para lo que adelante conviniese. Envió á este capitan al Cozco, porque supo Gonzalo Pizarro, que Diego

Gonzalez de Vargas (que yo alcancé á conocer) habia muerto á su teniente y capitan Alonso de Toro, que residia por él en aquella ciudad. Fue una muerte no pensada por el matador ni por el muerto; porque Alonso de Toro era yerno de Diego Gonzalez, el qual entró descuidadamente en casa de Alonso de Toro, que todos posaban juntos, y le halló riñendo á grandes voces con su muger, que era virtuosísima, y Alonso de Toro era sobervio, colérico y vocinglero: al tiempo que el viejo entraba por una sala, que estaba antes del aposento de la hija, acertó á salir Alonso de Toro, y como le viese en aquella coyuntura, entendiendo que iba á volver por la hija, arremetió con el viejo, que pasaba de sesenta y cinco años, y á grandes voces le dixo palabras feas y torpes. Diego Gonzalez, mas por de-

fenderse que no llegase á él que no por ofenderle, echó mano á un puñal viejo de dos orejas que traia colgado de la cinta, que tambien se lo conocí, y lo puso delante de sí como por defensa. Alonso de Toro, viendo el atrevimiento, arremetió con mas furia al buen viejo, y llegó hasta herirse él mismo en el puñal. Diego Gonzalez, viendo que ya no podia librar bien de aquel hecho, le dió otras tres, ó quatro heridas por la barriga, y volvió las espaldas huyendo, porque no le quitase Alonso de Toro el puñal, y le matase con él. El herido le siguió mas de cincuenta pasos, hasta la escalera de la casa, donde cayó y falleció. Así acabó el pobre Alonso de Toro, que lo mató su braveza, áspera y terrible condicion, que la tuvo tal, pues forzó á su suegro que le matase de puro miedo.

Diego Gonzalez se libró por la corona. Yo le conocí años despues: y un hijo suyo criollo llamado Diego de Vargas fue mi condiscípulo de escuela de leer y escribir, y despues en la latinidad que nos enseñaron. Este hecho pasó una casa en medio de la de mi padre, donde yo estaba quando sucedió. Por muerte de Alonso de Toro eligieron los de la ciudad á Alonso de Hinojosa por alcalde y capitan de aquella ciudad por Gonzalo Pizarro. Poco despues entró Antonio de Robles en ella con su provision, donde lo recibieron por tal capitan, de que Alonso de Hinojosa se dió por ofendido, como lo mostró adelante, segun diremos, aunque por entonces lo disimuló. Las cartas y avisos de la ida del presidente tambien llegaron á la ciudad de Arequepa, y á la villa de Plata, y corrieron todo el collao, donde ha-

bia mucha gente derramada y escondida de la que Francisco de Carvajal ahuyentó y desperdigó en los alcances que dió á Diego Centeno. Con las nuevas se alborotaron todos, y un vecino de Arequepa llamado Diego Alvarez, que se hallaba entonces en la costa de la mar, con otros nueve ó diez compañeros alzó una tohalla de lienzo por vandera, y se hizo capitan: fue á buscar á Diego Centeno, el qual salió tambien de su cueva, y en breve tiempo se juntaron con él casi cincuenta hombres, los quales de comun consentimiento alzáron á Diego Centeno por capitan general de su nueva empresa, y platicáron donde seria bien ir, si á la ciudad de Arequepa, ó á la del Cozco donde sabian que estaba Antonio de Robles con trescientos soldados bien apercibidos. Estuvieron confusos en determinarse, porque les

parecia peligroso ir á acometer á un capitan como Antonio de Robles, que tanta ventaja les tenia en la gente; pero confiados que llevaban la voz del rey, determinaron ir allá. Dexarlos hemos en su viage, por decir otros hechos y cosas que en diversas partes sucedieron en el mismo tiempo, que son tantas, que temo no poder salir de este laberinto; pero como mejor pudieremos procurarémos dar cuenta de ellas: si no fuere tan bastante como era menester, se me perdone, y se recibà mi ánimo y deseo.

Lorenzo de Aldana, Hernan Mexia de Guzman, Juan Alonso Palomino, y Juan de Illanes, que, como atras diximos, iban navegando ácia el Perú por órden del presidente, llegaron á Tumpiz, donde estaba un capitan llamado Bartolomé de Villalobos por tenien-

te de Gonzalo Pizarro. Este, viendo que los quatro navios habian estado quatro dias cerca del Puerto sin quererle tomar, sospechó que no eran de su vando, y con sola la sospecha, sin mas certificacion, escribió á Gonzalo Pizarro lo que en la mar habia, y lo mal que de ello sospechaba. Encaminó el mensagero al capitan Diego de Mora, que estaba en Truxillo, ciento y tantas leguas de Tumpiz, con aviso de lo que pasaba, y que con brevedad diese noticia de ello á Gonzalo Pizarro. Diego de Mora despachó el mensagero á los Reyes, y quedó confuso de lo que haria, si seguiria el vando de Gonzalo Pizarro, ó le negaria. En esta confusion se certificó de la revocacion de las ordenanzas, y perdon que S. M. habia hecho de todo lo pasado: entonces, recogiendo todo el oro y plata que pudo hacer de su

hacienda y muebles, lo embarcó en un navio que en el puerto habia, y se fue á Panamá, llevando su muger consigo, y otros quarenta soldados, entre ellos algunos vecinos de Truxillo. La nueva de los quatro navios llegó á la ciudad de los Reyes, aunque no supieron decir quien iba en ellos: causó gran confusion en Gonzalo Pizarro, y los suyos; y sin saber mas se apercibieron luego para la guerra que temian. Nombraron capitanes de caballo y de infanteria. Luego tras esto llegó la nueva de lo que Diego de Mora habia hecho, proveyeron que un licenciado, Leon, fuese á Truxillo en un navio á hacer el oficio que el capitan Diego de Mora allí hacia, el qual tambien negó á Gonzalo Pizarro; porque á pocos dias de su navegacion topó con Lorenzo de Aldana y los suyos, y se hizó del vando de ellos.

Diego de Mora tambien se encontró con Lorenzo de Aldana, se volvió con él ácia el Perú, y todos llegaron al puerto de Truxillo, donde se desembarcó Diego de Mora con quarenta hombres que en los navios iban enfermos, para que se curasen en tierra, y él entró la tierra adentro hasta Casamarca, con certificacion de las ordenanzas revocadas, y perdon de lo pasado, para convocar la gente que por aquellas provincias habia; con las quales nuevas acudió al servicio de S. M. mucha gente, y entre ellos Juan de Saavedra, natural de Sevilla, Gomez de Alvarado, y Juan Porcel, á quien Gonzalo Pizarro habia escrito que estuviese apercebido para quando le llamase. En suma decimos, que de todas aquellas regiones y provincias se juntaron mas de trescientos hombres con Diego de Mora para servir al Em-

perador; lo qual sabido por Bartolomé de Villalobos, que estaba en Tumpiz, recogió toda la gente que pudo, y se metió la tierra adentro para irse por la sierra á Gonzalo Pizarro; pero en el camino le prendieron los suyos mismos, y le persuadieron á que trocase las manos y el ánimo, se volviese á Piura, y tuviese aquel lugar por S. M. como lo tenia por Gonzalo Pizarro. El, viendo que no le estaba mal, lo aceptó aunque contra su voluntad, si se puede decir así. Lo mismo acaeció en Puerto Viejo, donde estaba Francisco de Olmos por teniente de Gonzalo Pizarro, que sabiendo los que se habian reducido al servicio de S.M., se fué á Huayallqui con algunas personas de confianza; y disimulando á lo que iba, ganó por la mano á Manuel Estacio, que estaba allí por teniente de Gonzalo Pizar-

ro, le dió de puñaladas antes que el otro se las diese á él, y alzó vandera por S. M. De esta manera se reduxeron todas aquellas gentes, tenientes y capitanes de Gonzalo Pizarro, con la nueva sola de las ordenanzas revocadas, y del perdon general, que no fueron menester otras persuasiones.

Todo lo qual supieron Gonzalo Pizarro y los suyos, que así como iban sucediendo las cosas, y estas desgracias en su disfavor, así le daban las nuevas por dias y horas; con lo qual estaban tan escandalizados, como tenian la razon; porque veian que toda la tierra les negaba, y de los que consigo tenian sospechaban lo mismo, que habian de hacer lo que los otros. Consultaron algunas cosas que les convenia; pero en tanta confusion y alboroto antes erraban que acertaban en su provecho, que una de

las cosas que hicieron fue quemar cinco navios muy buenos que en el puerto tenia, y los demas baxeles menores que habia. Lo qual mandó Gonzalo Pizarro por persuasion del licenciado Cepeda, y del licenciado Benito de Carvajal, que eran los que mas con él podian, y como mas letrados en leyes que en la milicia, le persuadieron á que se quemasen, diciéndole, que era bien quitar las ocasiones á los que quisiesen negarle, que hallando navios y baxeles en el puerto se le huirian muchos; y no teniendo en que irse le seguirian mal de su grado.

Esta quema de los navios fue en ausencia de Carvajal, que faltó siete ú ocho dias de la compañía de Gonzalo Pizarro, que habia ido á proveer otras cosas de importancia veinte leguas de los Reyes. Quando volvió y supo lo que se

habia hecho, lloró tiernamente la perdida de los navios, y entre otras cosas dixo á Gonzalo Pizarro: Vuesa señoría mandó quemar cinco ángeles que tenia en su puerto para guarda y defensa de la costa del Perú, y para ofensa y destruccion de sus enemigos: fuera bien que siquiera reserváran uno para mi, que con él me atreviera á servir á vuesa señoría de manera que se diera por satisfecho de mi servicio, y todo el mundo me hubiera envidia; porque yo entrára en él con buena copia de arcabuceros, y saliera á recibir á los contrarios, que segun es de creer, han de traer la gente fatigada y enferma, segun lo certifica la experiencia que tenemos de Panamá y de toda la costa, que hay de allá acá, segun es achacosa y enferma, y los arcabuces de ellos han de venir mal aderezados por el poco uso, y han

de traer la pólvora humedecida, flaca y de poco efecto; por lo qual valia mas un navio de vuesa señoría que quatro de los contrarios. Los émulos de Carvajal, que eran los dos licenciados, decian en secreto á Gonzalo Pizarro, que se podia sospechar que Carvajal dixese aquello, y le pesase de la quema de los navios, por habersele quitado el instrumento en que poderse huir; pero adelante veremos quan mejor consejo era el de Carvajal que el de los letrados, y como lo vió Gonzalo Pizarro por clara experiencia de lo que sucedió, como se dirá.

CAPÍTULO VII.

El presidente sale de Panamá: llega á Tumpiz. Lorenzo de Aldana llega al valle de Santa: envia acechadores contra Gonzalo Pizarro. Este nombra capitanes. Proceso que se hizo contra el presidente.

El licenciado Pedro de la Gasca, presidente de S. M., habiendo despachado á Lorenzo de Aldana y á sus compañeros en los quatro navios que fueron al Perú, recogió toda la gente, armas, caballos y bastimento que pudo haber de toda la comarca, para ir en pos de los suyos. Entre los que le acudieron fue un famoso soldado llamado Pedro Bernardo de Quirós, natural de Andujar, que años antes habia pasado á las Indias, servido á S. M. en las islas de Barlovento, Cartagena y

Tierra-Firme, y habia sido alferez: diéronle entonces el mismo oficio, que no hubo plaza de capitan: sirvió en él muy principalmente en todo lo que se ofreció en las guerras con Gonzalo Pizarro, y despues con nombre de capitan en las de Don Sebastian de Castilla, y en las de Francisco Hernandez Giron, que mereció le hiciesen merced de un repartimiento de Indios llamado cacha en la ciudad del Cozco, con cierta pension para las lanzas que entonces se inventaron para guarnicion del reyno. Con este caballero acudieron otros muchos caballeros y soldados nobles, y mas nobles de todas aquellas regiones marítimas á servir á S. M., en tanto número que pasaron de quinientas personas. Lo qual visto por el presidente, le pareció no haber menester el socorro que habia pedido á México,

y otras partes, y así volvió á escribir al visorey Don Antonio de Mendoza, y á los demas gobernadores, dandoles cuenta de todo lo hasta allí sucedido, y que no le enviasen la gente que habia pedido, que le parecia no seria menester. Habiendo despachado esto, y dexado proveido lo necesario para el gobierno de Panamá y el Nombre de Dios, y escrito á S. M. con larga relacion de todo lo hasta entonces sucedido en su servicio, se partió con toda la armada para el Perú; y aunque en aquellos primeros senos de aquel mar tuvo algunas tormentas, no le estorvaron su viage. Siguiendo su navegacion encontró á Pedro Fernandez Paniagua, que le llevaba la respuesta de Gonzalo Pizarro. Holgó mucho con él, y mucho mas de saber la intencion que los que estaban con Gonzalo Pizarro tenian de

servir á S. M., y pasarse á su vando luego que viesen tiempo y lugar. Con el regocijo de esta nueva no quiso leer la carta de Gonzalo Pizarro, por no oir alguna libertad, si se la escribia: así la mandó quemar, y siguió su navegacion con toda prosperidad hasta que llegó á Tumpiz, donde lo dexaremos por decir de Lorenzo de Aldana, que iba con sus quatro navios á la ciudad de los Reyes, y de la alteracion que á Gonzalo Pizarro causó saber que le habia negado.

Lorenzo de Aldana, siguiendo su navegacion, salió de Truxillo la costa arriba: llevaba en sus navios alguna gente enferma, y pasando adelante llegó al rio que llaman de Santa, hizo aguage; de allí envió por tierra á un frayle mercenario llamado fray Pedro de Ulloa, á hacer saber á Gonzalo Pizarro la nue-

va de su venida, y que debaxo de este color hablase á las personas en quien conociese buena intencion, y les avisase que saliesen al puerto de los Reyes como mejor pudiesen, que por la costa andarian los bateles de los navios á recoger la gente que así huyese. Todo lo qual supo Gonzalo Pizarro: mandó recoger á parte al religioso, y que no tratase ni hablase con persona alguna en público ni en secreto. Quejóse gravemente de Lorenzo de Aldana, de la traicion que le habia hecho negando la patria y la amistad que siempre Gonzalo Pizarro le habia mostrado; y que si siguiera el parecer de los principales de su campo, le hubiera muerto mucho tiempo antes. Sobre esto le culpaban todos los suyos públicamente, diciendo que él tenia la culpa de no haberles creido.

Publicada al descubierto la ida de Lorenzo de Aldana á los Reyes, y la entrega de la armada de Gonzalo Pizarro al de la Gasca, mandó Gonzalo Pizarro pregonar guerra, tocar atambores, alistar la gente, nombrar capitanes y darles pagas y socorros: en comun á todos, y en particular aventajó á muchos soldados nobles y famosos, á mil y á dos mil pesos de ventaja, segun los méritos de cada uno. Hizo reseña general, salió él mismo á pie por general de la infantería, en la qual iban, como lo dice Zarate, libro sexto, capítulo once., mil hombres, todos tan bien armados y aderezados, como se han visto en Italia en la mayor prosperidad de ella, porque ninguno habia demas de las armas que no llevase calzas y jubon de seda, muchos de tela de oro y de brocado, otros bordados y recamados de

oro y plata, con mucha chapería de oro por los sombreros, especialmente por los frascos y caxas de los arcabuces. Los capitanes de la gente de á caballo que Gonzalo Pizarro nombró, fueron el licenciado Cepeda, y el licenciado Carvajal; porque los tenia por mas prendados en su favor y amistad. Los capitanes de arcabuceros fueron Juan de Acosta, Juan Velez de Guevara, y Juan de la Torre. Capitanes de piqueros fueron Hernando Bachicao, Martin de Almendras, y Martin de Robles. Maese de campo sobre todos Francisco de Carvajal, como antes lo era, y que tuviese una compañía de arcabuceros de los que siempre le habian seguido. El estandarte entregó á Antonio Altamirano, con ochenta de á caballo que lo guardasen. Algunos capitanes sacaron cifras en sus vanderas con el nombre de Gon-

zalo Pizarro, y encima del nombre una corona de rey: una de las cifras era una g. y una p. enlazada una con otra: otro capitan sacó un corazon con el nombre Pizarro. Las vanderas las hicieron todas de nuevo de diversos colores. Usaron por orden de Francisco de Carvajal en aquella milicia lo que no he visto por acá en la guerra, que todos los soldados de cada compañia traian en el sombrero entre las plumas por divisa una vanderilla de las colores de su vandera, por lo qual cada uno era conocido de qué compañia era, y aunque no traxesen plumas, traian la vanderilla por pluma. Solo Carvajal no quiso hacer vandera nueva; sacó la vieja de sus victorias pasadas, porque se las representase á sus soldados para que se esforzasen á ganar otras mayores. Dió Gonzalo Pizarro grandes pagas

y socorros á los capitanes, á quarenta, á cincuenta y á sesenta mil pesos para que socorriesen sus compañias, como ellas eran de infanteria ó de caballeria. Compró todos los caballos, yeguas, machos y mulas que pudo haber para encavalgar su gente, y los pagó; y otras cavalgaduras que no pagó, como lo dice uno de los autores, fue la causa que muchos mercaderes de aquella ciudad de los Reyes se alistaron por soldados, por no mostrar flaqueza manifiesta; y pasados algunos dias se rescataron por las armas y caballos que tenian, y el que no los tenia daba el dinero que podian valer; y Gonzalo Pizarro y sus ministros lo habian por bien, por no llevar á nadie contra su voluntad, porque ningun soldado forzado hace buena guerra. En este aparato de guerra salió el licenciado Cepeda con una

máquina de leyes, por hacer lisonja á Gonzalo Pizarro, y fue juntar todos los letrados que allí habia, y proponerles que se hiciese un proceso criminal contra el licenciado de la Gasca, contra Pedro de Hinojosa y los demas sus capitanes, por haber entregado la armada de Gonzalo Pizarro al presidente, y á él por haberla recibido.

Sobre esto se tomaron testigos, de que habia sido traicion y latrocinio de los capitanes haber dado la armada de Gonzalo Pizarro, que le habia costado mas de cien mil pesos, y haberla recibido el presidente siendo agena. Fulminado el proceso, sentenciaron á muerte y á ser arrastrados y hechos quartos todos los culpados: firmó Cepeda la sentencia; pidieron á Gonzalo Pizarro que como gobernador de aquel imperio tambien la firmase

él y todos sus ministros. Llegando al maese de campo Francisco de Carvajal á que firmase, y diciéndole el licenciado Cepeda que convenia mucho su firma, Carvajal se sonrió como haciendo mofa de la instancia con que Cepeda lo pedia y dixo: sin duda ninguna debe de importar alguna cosa muy grande, que no la alcanzamos nosotros, en que se firme esta sentencia; y volviéndose á él le dixo: señor, firmando estos señores letrados, y yo la sentencia ¿executarse ha luego como en ella se contiene? ¿morirán luego aquellos caballeros malhechores? respondió Cepeda, no señor; pero es bien que esté firmada y pronunciada la sentencia para executarla quando los prendamos. Carvajal se rió entonces muy al descubierto, dando grandes carcaxadas de risa, y dixo: á fé de buen soldado, que segun la ins-

tancia que se ha hecho, yo entendia que firmando yo la sentencia habia de caer un rayo al mismo punto, y matarlos todos juntos allá donde estan: que si yo los tuviese presos, no me diera un clavo por la sentencia, ni por las firmas, que sin ellas los pondria yo como vuesa merced quiere. Con esto dixo otras muchas cosas de burla y donayre, como él las sabia decir.

El licenciado Polo, de quien atrás hemos hecho mencion, que se halló en esta congregacion, dixo aparte á Gonzalo Pizarro, que no le convenia que aquella sentencia se firmase, ni se publicase: lo uno, porque el licenciado Gasca era sacerdote de misa, y quedaban descomulgados todos los que firmasen la sentencia de su muerte; y lo otro, porque se habia de esperar que muchos capitanes de los que se entregaron á Gasca se

habian de volver á él, porque habian sido forzados por Pedro de Hinojosa, los quales, sabiendo que estaban sentenciados á muerte, y pronunciada la sentencia, le negarian de veras, y serian enemigos mortales. Con esto se suspendió aquel auto, y quedó la sentencia firmada de solo el licenciado Cepeda.

CAPÍTULO VIII.

Gonzalo Pizarro envia á Juan de Acosta contra Lorenzo de Aldana. Asechanzas que entre ellos pasaron. Muerte de Pedro de Puelles.

En la furia de las consultas, procesos y sentencias tan impertinentes y ridiculosas que los letrados procuraban fulminar y pronunciar, tuvo noticia Gonzalo Pizarro de

los quatro navios en que Lorenzo de Aldana, y los demas capitanes iban hácia la ciudad de los Reyes, que subian la costa arriba, y que habian salido ya de Truxillo. Mandó que el capitan Juan de Acosta, con otros cincuenta de caballo, arcabuceros escogidos, fuesen la costa abaxo á impedir que los navios de Lorenzo de Aldana tomasen agua ni leña, ni desembarcasen en puerto alguno. Juan de Acosta llegó hasta Truxillo, donde no osó parar mas de un dia, temiendo no viniese Diego de Mora, que estaba en Casamarca, y le hiciese algun daño: volvióse por la costa arriba, deseando y procurando prender alguna gente que de los navios de Lorenzo de Aldana saltase en tierra. Lorenzo de Aldana por otra parte, teniendo por sus espías noticia de Juan de Acosta, le armó una emboscada de mas de cien ar-

cabuceros, metidos en un cañaveral por donde Acosta habia de pasar, para que le matasen ó prendiesen, é hiciesen todo el daño que pudiesen. Juan de Acosta, andando en sus asechanzas, dió con una quadrilla de gente de los navios que salia á hacer agua, mató tres ó quatro de ellos, prendió otros tantos, y otros catorce ó quince se le pasaron de su grado, y se fueron con él; de los quales supo la emboscada que le tenian armada, y se apartó de ella; y los de Lorenzo de Aldana no osaron salir á él á quitarle la presa, aunque eran mas en número, porque no llevaban tan buena provision de polvora, y lo demas necesario para los arcabuces; y tambien porque ellos iban á pie, los enemigos á caballo, y la tierra era un arenal muerto. Juan de Acosta envió á Gonzalo Pizarro los que se le pasaron; el

quál los trató con mucho amor y regalo, proveyéndoles de armas, caballos y dineros, de los quales supo la mucha falta de mantenimiento que los quatro navios llevaban, y la poca gente que en ellos habia quedado; porque toda la demas la habian echado en tierra por enferma é inutil, y otros muchos habian muerto y echádolos á la mar; y que los que iban, iban dolientes y mal parados, sin armas, ni municion, y que no tenian nueva del presidente, ni sabian de él, ni quando vendria; y que les parecia que no vendria en todo aquel año. Con estas nuevas tan certificadas holgaron mucho Gonzalo Pizarro y los suyos; pero por otra parte, considerando las faltas y menoscabos que llevaba la gente de los quatro navios, entendió Gonzalo Pizarro muy al descubierto, quan mal consejo habia

sido el de los suyos en persuadirle que quemase los cinco navios que tenia, y la mucha razon que Francisco de Carvajal tuvo de reprehenderlo, diciendo que valia mas un navio de los que él llevara contra Lorenzo de Aldana, que los quatro que él traia contra ellos. Juan de Acosta llegó al puerto de Huaura, donde dice el Palentino que hay tanta abundancia de sal, que podria proveer á toda Italia, Francia y España, y por cosa admirable lo escribe, y dice que es muy buena la sal.

Sabiendo Gonzalo Pizarro como iba Juan de Acosta á los Reyes, y lo que Diego de Mora habia hecho en Truxillo, le pareció enviar al licenciado Carvajal con trescientos hombres á prevenir que Lorenzo de Aldana saltase en tierra, ni tomase agua, ni otro bastimento; y que por otra parte cas-

tigase á Diego de Mora, é hiciese todo lo que les conviniese para su empresa. Proveido todo lo necesario para la jornada, y apercibido el licenciado Carvajal para irse, lo estorvó el maese de campo Francisco de Carvajal, diciendo que no era buen consejo; porque el licenciado se le habia de huir y llevarse toda aquella gente; que si habia perseverado con él hasta entonces, habia sido por vengar la muerte de su hermano el fator; y que ahora, viéndose perdonado de los delitos pasados, que las ordenanzas estaban revocadas, y que todos sus parientes eran criados del rey en oficios calificados y preeminentes, no habia duda sino que se le habia de huir, trayendo á la memoria quan sin culpa suya lo habian tenido con la soga á la garganta para darle garrote. A estas persuasiones de Francisco de Car-

vajal ayudó mucho Juan de Acosta, porque luego que supo la nueva provision que se hacia, vino á toda diligencia á contradecirla, y á querellarse de su agravio: por lo qual Gonzalo Pizarro mudó parecer, y envió á Juan de Acosta que hiciese lo que el licenciado Carvajal habia de hacer. Juan de Acosta fue su viage, y llevó trescientos hombres, como le fue mandado: sintió en muchos de ellos flaqueza y ánimo de huirsele. Certificóle esto la huida de doce soldados de los mas nombrados que llevaba; y sus amigos con mentira ó verdad le avisaron que habia otros que pretendian lo mismo, y que era caudillo de ellos Lorenzo Mexia de Figueroa, yerno del conde de la Gomera, al qual degolló no mas de con este indicio. Este caballero casó con Doña Leonor de Bobadilla, muger que fue de Nu-

ño Tobar, teniente general del gobernador Hernando de Soto, en la jornada que hizo para la conquista de la Florida, como largamente lo diximos en la historia de la Florida. Tuvo un hijo y una hija, la qual se llamó Doña Maria Sarmiento: casó en el Cozco con Alonso de Loaysa, vecino de aquella ciudad, y la noche de sus bodas fue el levantamiento de Francisco Hernandez Giron, como en su lugar dirémos con el favor divino. El hijo se llamó Gonzalo Mexia de Figueroa, caballero que aunque mozo fue de toda buena enseñanza: fue condiscipulo mio en la gramática: murió muy temprano, dexando mucha lastima á los que le conocian por la buena esperanza que de él tenian. A Juan de Acosta dexarémos en su viage, y á todos los demas de la costa, por decir lo que sucedió en Quitu

á Pedro de Puelles. El qual, teniendo noticia de la revocacion de las ordenanzas, y perdon de todos los delitos pasados, por graves que fuesen, le pareció gozar de las bulas reales, y reducirse al servicio del rey negando á Gonzalo Pizarro, por quien tanto habia hecho en las ocasiones pasadas.

Pedro de Puelles imaginaba hacer un convite solemne á toda su gente y capitanes, y proponerles lo que les convenia en reducirse al servicio de S. M., pues estaban perdonados de sus delitos pasados, y revocadas las ordenanzas. Esto supo Rodrigo de Salazar el corcobado de un soldado famoso llamado Diego de Urbina, á quien Pedro de Puelles en secreto, como á su amigo, habia dado cuenta. Rodrigo de Salazar, viendo que aquel negocio estaba hecho, quiso para sí la honra de aquella hazaña, y

que Pedro de Puelles no la ganase con el presidente, ni con S. M., haciéndole servicio tan calificado como era reducirle trescientos soldados escogidos que consigo tenia. Quiso ganarle por la mano, y tomar para sí la honra y fama que el otro pretendia. Dió cuenta de su proposito á quatro amigos particulares que tenia, cuyos sobrenombres, sin nombres propios, eran Bastida, Tirado, Hermosilla, Morillo, y por estos apellidos eran conocidos. Dixoles lo que Pedro de Puelles pensaba hacer, y que era bien que ellos gozasen el premio de reducir aquella gente al servicio de S. M., para lo qual convenia que matasen á Pedro de Puelles, y así lo acordaron entre todos. Otro dia, que era Domingo, fueron todos cinco bien de mañana á casa de Pedro de Puelles, diciendo que el capitan Salazar iba

á visitarle y acompañarle hasta la iglesia para oir misa. Pedro de Puelles con mucho agradecimiento pidió que entrasen en su aposento, que aun no se habia levantado. Los quatro entraron, y Rodrigo de Salazar se quedó á la puerta, que no quiso entrar hasta ver como salia el hecho, aunque hay quien diga que sí entró; pero yo oí muchas veces este cuento á los que hablaban de él y de otros semejantes, y lo referian como lo decimos. A Pedro de Puelles mataron los quatro á estocadas y puñaladas, y con ellos salió á la plaza el capitan Rodrigo de Salazar, apellidando la voz del rey y su servicio, á que todos los de la ciudad acudieron con mucha voluntad y ánimo.

CAPÍTULO IX.

Desafio singular sobre la muerte de Pedro de Puelles. Entrada de Diego Centeno en el Cozco, y su pelea con Pedro Maldonado.

Rodrigo de Salazar y sus compañeros trataron luego de ir todos con brevedad á buscar al presidente Gasca, y así fueron en pos de él, y le alcanzaron en el valle de Sausa, donde, aunque anticipemos este paso de su lugar, Rodrigo de Salazar, y sus compañeros y amigos fueron recibidos del presidente con mucho aplauso, y mucha loa y agradecimiento del servicio que á S. M. habian hecho, prometiéndoles la gratificacion el tiempo adelante. Diego de Urbina, que era amigo de Pedro de Pue-

lles, viendo que por haber descubierto á Rodrigo de Salazar el secreto de su amigo gozaba de aquellos favores, que eran derechamente del difunto, acusado de su conciencia, y lastimado de la muerte de su amigo, mostró al descubierto su pasion, y el enojo que contra Rodrigo de Salazar tenia, y dixo en público todo lo que atrás se ha dicho de la intencion de Pedro de Puelles en servicio de S. M., y que él habia dado noticia de ella á Rodrigo de Salazar. El qual, como hombre cauteloso y astuto, aunque habia negado al visorey Blasco Nuñez Vela, huidose á Gonzalo Pizarro, y seguidole hasta entonces en todo lo pasado, viendo que si Pedro de Puelles reducia aquella gente al servicio de S. M. á él no se lo habian de agradecer, ni se habian de acordar de él, determinó hacer lo que hizo por lle-

varse la gloria agena, como lo habia hecho en prender á Don Diego de Almagro el mozo, siendo su ministro, por verle perdidoso: porque siempre, como en el caso presente, con mañas, cautelas, y traiciones habia seguido el refran que dice, viva quien vence. Sobre lo qual dixo Diego de Urbina que le desafiaba á batalla singular, donde le haria confesar por la boca ser verdad todo lo que decia.

Rodrigo de Salazar, que no fiaba tanto de sus armas y esfuerzo que osase salir á campo con un hombre tan principal y valiente como Diego de Urbina, y que era verdad que él le habia descubierto el secreto de Pedro de Puelles, que fue causa de su muerte, fiando mas de su habilidad y astucia, que de su espada y lanza, respondió que era verdad todo lo que Diego de Urbina decia de Pedro

de Puelles, pero que con todo eso se habia anticipado á matarle por sospecha que tuvo, que pues Pedro de Puelles dilataba el hecho, que podria arrepentirse entretanto que llegaba el dia señalado. Con lo qual, y con que el presidente lo aprobó, quedaron satisfechos Diego de Urbina, y otros soldados principales que eran de su vando, y dixeron que la causa era bastante para haberle muerto. Otros dixeron que se habian satisfecho con muy flacas razones para desafio de batálla singular, y que á muertos y á idos hay muy pocos amigos.

El capitan Diego Centeno, que dexamos en el camino con determinacion de ir sobre el capitan Antonio de Robles, que con mucha gente estaba en el Cozco por Gonzalo Pizarro; y aunque el atrevimiento de acometer á un hombre que tenia trescientos soldados

bien armados, parecia antes temeridad que esfuerzo, porque no llevaba mas de quarenta y ocho hombres, esos mal armados, y los mas á pie, como gente que habia salido de cuevas y cabernas, donde se habian metido huyendo de Carvajal, todavia se atrevió á seguir su viage; porque Alonso de Hinojosa ofendido, como atrás diximos, de que Gonzalo Pizarro enviase á Antonio de Robles en su lugar, solicitó á los hombres principales que en el Cozco habia, y todos escribieron á Diego Centeno prometiéndole serian en su favor y ayuda si fuese á aquella ciudad contra Antonio de Robles. Con esto se esforzaron mucho los de Diego Centeno, y siguieron su viage á toda diligencia. Antonio de Robles, sabiendo que el enemigo iba cerca, trató de resistirle. Consultó con sus capitanes el cómo, y envió á cor-

rer el campo á un hombre de quien él mucho fiaba llamado Francisco de Aguirre, el qual se alargó todo lo que pudo hasta toparse con Diego Centeno seis leguas de la ciudad, y le dió aviso de la determinacion y orden de Antonio de Robles, y dónde y cómo pensaba armar su esquadron para resistirle la entrada. El capitan Diego Centeno, y los que con él iban, que los mas principales eran Pedro Ortiz de Zarate, Francisco Negral, Luis de Ribera, Diego Alvarez, Alonso Perez de Esquivel, acordaron que la entrada y el acometimiento fuese de noche, para asombrar con el ruido á los enemigos, y para que los amigos, que eran casi todos los de Antonio de Robles, con la obscuridad de la noche no peleasen, y se pasasen á su vando.

Usaron de un ardid de guerra muy galano, y fue, que quitaron

los frenos á las cavalgaduras que llevaban, y de las jaquimas y arzones de las sillas les colgaron mechas encendidas, y mandaron á los Indios de su servicio que las llevasen por delante, y en llegando á tal puesto las apretasen malamente para que entrasen corriendo. La entrada por donde habian de entrar era la calle que en la descripcion de la ciudad llamamos del sol, que sale al medio de la plaza mayor. Dada esta orden á los Indios, Diego Centeno y los suyos fueron por otra calle que está al poniente de la que hemos dicho, que sale al rincon de la plaza. Antonio de Robles, sabiendo el asalto que su enemigo le hacia de noche, formó su esquadron de trescientos hombres en medio de la plaza: puso la frente de él á la boca de la calle del sol, porque no habia otra por donde los enemigos pudiesen en-

trar, sino era rodeando mucha tierra. Los Indios criados de Diego Centeno entraron con las cavalgaduras haciendo grandísimo ruido, que parecia de mucha mas gente que la que iba. Entraron en la plaza, y rompieron el esquadron de Antonio de Robles, sin que ellos pudiesen advertir con quien peleaban, porque quando salieron á recibir los caballos, los hallaron sin dueños, y se vieron confusos. A este punto asomó por la otra calle Diego Centeno con su gente, y acometió al esquadron contrario por el lado derecho, con ruido de voces, y grita, y con disparar los pocos arcabuces que llevaban. A este tiempo estaba en las casas que eran de Hernando Pizarro, que ahora son de la compañía de Jesus, un hombre llamado Pedro Maldonado, hombre pacífico y quieto, que no profesaba la soldadesca, ni

presumia de ella: estaba rezando las horas de nuestra Señora, cuyo devoto era. Oyendo el arma, metió las horas en el seno, y con su espada ceñida, y una pica que acertó hallar á mano, salió á la plaza, y el primero con quien topó fue Diego de Centeno, y sin saber quien era le dió un picazo, le atravesó la mano izquierda, y el segundo golpe le tiró á los muslos, le hirió en el muslo izquierdo, y no se lo pasó, porque el hierro de la pica era un hierro antiguo de los que llamaban de orejas, que demas de la punta con que heria, tenia á los lados dos vueltas á semejanza de la pintura que llaman flor de lis, y por tener aquellos cornezuelos á los lados no pasó el hierro el muslo: pero al tirar que Pedro Maldonado hizo de la pica para dar otro golpe, asieron los cornezuelos de las cuchilladas de

las calzas, que eran de terciopelo, y dió con Diego Centeno en tierra. A este tiempo un page suyo, ya hombre, cuyo nombre se me ha ido de la memoria, que iba en su guardia, viendo á su señor caido, dió á Pedro Maldonado un arcabuzazo, de que cayó tendido en el suelo, mas luego se levantó para pelear con Diego Centeno. Entre tanto llegaron otros al socorro de Diego Centeno, rindieron á Pedro Maldonado, y le desarmaron y siguieron su victoria, que ya la gente de Antonio de Robles, unos se habian huido de su esquadron, y los mas se habian pasado al rey. Y así no acaeció en aquel trance otro hecho notable que contar sino el de Pedro Maldonado, y del capitan Diego Centeno, á los quales yo conocí, y no se derramó aquella noche otra gota de sangre, sino la de aquel famoso varon.

CAPÍTULO X.

Caso maravilloso sobre la pelea de Pedro Maldonado. Muerte de Antonio de Robles. Eleccion de Diego Centeno por capitan general. Reduccion de Lucas Martin al servicio del Rey. Concordia de Alonso de Mendoza con Diego Centeno.

Pedro Maldonado era el hombre mas alto y mas corpulento que yo he visto allá ni acá: no murió del pelotazo, ni salió herido de él aunque cayó en el suelo, porque, segun despues pareció, la Vírgen María nuestra Señora, cuyo devoto él era, quiso librarle de aquella muerte; porque la pelota dió en las horas que llevaba en el seno; en las quales, (como diximos),

estaba rezando quando se tocó el arma y él salió á la pelea, y el grandísimo golpe de la pelota le derribó como si fuera un niño. Yo ví las horas años despues, que hallándome cerca de Pedro Maldonado á una Misa de las que cada sábado se cantan á la madre de Dios en aquella su casa de las mercedes, se las pedí, diciéndole que tenia deseo de ver las horas del milagro, que así las llamaron comunmente desde aquel dia; él me las dió, y yo las abrí, y la pelota entró por el principio de las horas, y horadó y rompió del todo las primeras treinta ó quarenta hojas, otras tantas adelante remolió en redondo, y otras doce ó quince mas adelante rompió á la larga en el tamaño de la pelota; y la postrera hoja de estas así rotas, era la que estaba ántes de la Misa de nuestra Señora: que en aquellos tiempos

imprimian en las horas que llamaban de nuestra Señora, no solamente el oficio de la Vírgen y la misa, sino otras muchas devociones, quantas querian los impresores, porque entonces no habia la calificion de los libros que ahora hay desde el santo Concilio de Trento acá. Las horas eran del tamaño de un Diurnal ordinario de los que ahora se usan.

No hubo mas pelea aquella noche que la de Pedro de Maldonado, y la del capitan Diego Centeno, aunque los autores dicen que la hubo con muertos y heridos; pero fueron engañados por los relatores, y yo lo ví casi por vista de ojos, porque dentro de seis dias vine á la ciudad con mi tio Juan de Vargas, con el capitan Rodrigo de Pantoja, y otros nueve Españoles que estaban treinta leguas del Cozco en un repartimiento de

Indios, y toda la familia de mi padre, esos pocos que eramos, estabamos con ellos ahuyentados de los de Pizarro, que no osabamos parar en la ciudad. Mi tio y los demas Españoles fueron luego al Cozco á servir á S. M.: mi madre, yo y los demas fuimos en pos de ellos; y luego otro dia que llegamos fuí á besar las manos al capitan Diego Centeno de parte de mi madre, y me acuerdo que le ví la mano izquierda envuelta con una vanda de tafetan negro, sobre la venda blanca de la herida, y le hallé en pie, porque la herida del muslo tampoco fue peligrosa: posaba en las casas que eran de Hernando Bachicao, que ahora son de Don Luis Palomino. Y esto pasó pocos dias despues de la fiesta del Santísimo Sacramento, año de mil quinientos quarenta y siete; y lo escribimos originalmente cerca de los mismos

dias del año de seiscientos y cinco; y por tanto digo que casi lo vi por vista de ojos.

Toda la pelea fue como entre amigos; porque si hubieran de pelear como los historiadores dicen que pelearon, mal pudieran resistir quarenta y ocho hombres tan mal armados como iban, pues ellos mismos dicen que muchos de ellos llevaban las dagas atadas en puntas de varas largas, en lugar de picas ó lanzas, á trescientos hombres bien armados que Antonio de Robles tenia.

El capitan Antonio de Robles viéndose perdido y desamparado, se entró huyendo en el convento de San Francisco, no el que ahora es, que está al poniente de la ciudad, sino el que entonces habia al oriente de ella, de donde otro dia lo mandó sacar Diego Centeno, no con intento de matarle, porque era

hombre blando y nada cruel, sino reducirle al servicio de S. M.

Pero Antonio de Robles, que, como dice Zarate, era mozo de poca edad, y de baxo entendimiento, viendo que no le ahorcaban luego, le pareció que todavia se era caudillo y cabeza de la ciudad, dixo muchos atrevimientos, favoreciendo el partido de Gonzalo Pizarro, y muchas desvergüenzas contra el servicio de S. M.: por lo qual, enfadado Diego Centeno, mandó que le cortasen la cabeza, en lo qual quiso honrarle, contra la opinion de muchos que entendian que lo mandára ahorcar, aunque él era hijo-dalgo.

Algunos que eran muy devotos de Gonzalo Pizarto se huyeron aquella noche del Cozco, y á toda diligencia vinieron á Rimac, y le dieron la nueva de la pérdida de su capitan y de su gente, de

que Gonzalo Pizarro sintió mucha pena y dolor, aunque lo disimuló por entonces, y proveyó lo que adelante dirémos. Sabida la victoria del capitan Diego Centeno, acudió toda la gente que habia escondida y retraida en la comarca del Cozco, en mas de quarenta y cincuenta leguas al derredor de ella. Vinieron muchos vecinos principales, y muchos soldados nobles y famosos, que con los que habia en el Cozco se juntaron mas de quinientos hombres, los quales de comun consentimiento eligieron á Diego Centeno por capitan general de todos ellos. El qual nombró capitanes de infanteria y caballeria, de los quales harémos mencion quando hablemos de la batalla de Huarina.

Habiendo reformado el capitan general Diego Centeno su gente, se volvió al Collao, con determi-

nacion de ir sobre Alonso de Mendoza, que estaba en la villa de Plata por Gonzalo Pizarro, con propósito de reducirle al servicio de S. M. por bien, ó por mal quando no pudiese de otra manera.

La victoria de Diego Centeno se supo en la ciudad de Arequepa en muy breve tiempo, donde estaba un capitan llamado Lucas Martin Vegaso, vecino de aquella ciudad, al qual envió Gonzalo Pizarro despues de la batalla de Quitu por su teniente, que residiese en ella. Este capitan, sin saber lo que habia pasado en el Cozco, determinó llevar á Gonzalo Pizarro ciento y treinta hombres que tenia consigo para servirle con ellos. A pocas leguas de la ciudad le prendieron los suyos mismos, que deseaban reducirse al servicio del rey, é iban de mala gana con el capitan: echáronle pri-

siones porque no se les huyese.

Luego que llegaron á Arequepa, de vuelta supieron el buen suceso de Diego Centeno; y como todos eran amigos, se fueron á Lucas Martin, y le persuadieron que trocase el ánimo, hiciese de grado lo que habia de hacer por fuerza, y se reduxese al servicio del rey, que ellos le restituirian en su primer lugar, le llevarian por capitan, y dirian á Diego Centeno que todos iban á servir á S. M. Lucas Martin vino en ello aunque por fuerza, segun él mismo lo publicaba despues.

En Arequepa hallaron aquellos soldados treinta ó quarenta mil pesos que Lucas Martin enviaba á Gonzalo Pizarro: todos los tomaron y repartieron entre sí, y se fueron á Diego Centeno. El qual los recibió con mucho agradecimiento del servicio que á S. M. hacian, y

todos juntos fueron á los Charcas en busca de Alonso de Mendoza, el qual salió de aquella provincia con trescientos hombres para venirse á juntar con Gonzalo Pizarro.

Hallándose cerca los unos de los otros, el capitan general Diego Centeno, deseando escusar todo rompimiento de batalla, le escribió una carta pidiéndole, que olvidadas todas las pasiones y enemistades pasadas, que en tiempo de los alcances de Alonso de Toro y de Francisco de Carvajal tuvieron, se pasase al servicio del rey, y dexase á Gonzalo Pizarro, porque se habia declarado contra S. M; y que lo hiciese siquiera por no ganar nombre de traidor á su rey natural.

Con esta carta y embaxada envió un dignidad de la iglesia del Cozco, que fue el maestre-escuela Pedro Gonzalez de Zarate, que lo

habia sacado de su iglesia para medianero de esta paz y concordia, y de qualquiera otra que se ofreciese, porque era persona de autoridad, prudencia y consejo para todo.

Entre tanto que el maestre-escuela estaba detenido, dando trazas con Alonso de Mendoza sobre la concordia y reduccion al servicio de S. M., que no se acababa de determinar, porque se le hacia de mal negar á Gonzalo Pizarro, recibió el general Diego Centeno los despachos que el presidente le envio, con el poder que de S. M. llevaba para gobernar aquel imperio, y con la revocacion de las ordenanzas, y el perdon de todos los delitos pasados. Todo lo qual envió Diego Centeno á toda diligencia al maestre-escuela, su embaxador, para que lo mostrase á Alonso de Mendoza; porque vió quán eficaz habia de ser aquello para

reducirlo, aunque estuviera mucho mas prendado. No le salió vano el pensamiento á Diego Centeno, porque luego que Alonso de Mendoza vió los despachos, mudó propósito, determinó pasarse al servicio del rey, y capituló con el maestre-escuela, que él se reducia al vando de Diego Centeno, y se juntaria con él; pero que habia de ser con condicion que quedase por capitan general de la gente que tenia, para la mandar y gobernar como hasta allí lo habia hecho, y sus soldados eran trescientos de los escogidos, muy bien armados y encavalgados. Diego Centeno aceptó el partido, que no quiso reparar en el inconveniente, que era haber dos generales en exército de una misma nacion; y así se juntaron los unos y los otros con gran fiesta y regocijo que de ambas partes hubo. Viéndose, como dice

Agustin de Zarate, con tanta pujanza, que tenian mas de mil hombres, acordaron de ir á buscar á Gonzalo Pizarro, y tomarle cierto paso para que no se fuese por él, y esperarle allí, porque no les convenia pasar adelante, porque llevaban falta de comida. Dexarlos hemos en su paso, que era cerca de Huarina, donde se dió despues aquella sangrienta batalla; y pasarnos hemos á hablar del presidente Pedro Gasca, que le dexamos navegando en la mar del sur.

CAPÍTULO XI.

El presidente llega á Tumpiz. Provisiones que allí hizo. Gonzalo Pizarro envia á Juan de Acosta contra Diego Centeno. Lorenzo de Aldana llega cerca de los Reyes. Gonzalo Pizarro toma juramento á los suyos.

Con las dificultades de su navegacion llegó el presidente á salvamento al puerto de Tumpiz con toda su armada, que solo un navio se le quedó por no ser tan buen velero de la bolina como los otros, cuyo capitan era Don Pedro Cabrera; el qual, viendo que no podia arribar, ni pasar adelante por falta de su navio, tomó el puerto de la Buena Ventura, y por tierra caminó apriesa con los pocos que llevaba, y alcanzó al presidente en

Tumpiz, ocupado en la provision de los bastimentos, y lo demas necesario para su exército; porque tenia cerca de quinientos hombres. Allí recibió muchas cartas de personas graves, así vecinos como capitanes y soldados, á los quales respondió con mucho agradecimiento y promesas de gratificacion de parte de S. M. Proveyó que Pedro de Hinojosa, su capitan general, fuese adelante con la gente de guerra hasta Casamarca, á juntarse con los capitanes y gente que allí habia. Mandó que Pablo de Meneses fuese con la armada costeando la costa arriba, y él, con la gente que le pareció necesaria para lá seguridad de su persona, caminó por los llanos hasta llegar á Truxillo, donde tuvo nuevas de los capitanes y personages que habian acudido al servicio de S. M., y de los puestos y lugares, donde y como

le estaban esperando. Envió mensageros á todas partes, mandándoles que se recogiesen y caminasen por la sierra hasta llegar al valle de Casamarca, y allí esperasen lo que se les ordenase. Proveido todo esto caminó por los llanos, enviando sus corredores delante, para que le avisasen de lo que hubiese, y le asegurasen el camino.

Entre tanto que pasaban estas cosas por el presidente y su exército, supo Gonzalo Pizarro el suceso del Cozco, la victoria de Diego Centeno, la muerte de Antonio de Robles, y la prision de Lucas Martin Vegaso, de que recibió grandisima pena; porque veia que de todas partes se le iba cayendo el edificio que pensaba tener fabricado para ser gobernador de aquel imperio. Envió á llamar á toda priesa á su capitan Juan de Acosta, que, como diximos, habia ido

ácia Truxillo con gente, para remediar los daños que por aquella parte asomaban. Francisco de Carvajal en esta coyuntura cortó la cabeza á Antonio Altamirano, alferez general de Gonzalo Pizarro, porque con las nuevas del buen suceso de Diego Centeno se habia trocado, mostrando mucha tibieza en el servicio de Gonzalo Pizarro en todo lo que se le mandaba, y esto bastó para quitarle la vida. El estandarte que él tenia se lo dieron á Don Antonio de Ribera. Llegado que fue Juan de Acosta, mandó apercibir trescientos hombres que fuesen con él sobre Diego Centeno: nombró por capitan de caballos á Martin de Olmos, y por capitan de arcabuceros á Diego Gumiel, los quales yo conocí: por capitan de piqueros nombró á Martin de Almendras, el estandarte mandó dar á Martin de Alarcon, y por mae-

se de campo á Paez de Sotomayor, y á Juan de Acosta, que tambien conocí, eligió por general de todos ellos: enviólos al Cozco por el camino de la sierra, con propósito de salir pocos dias despues por el camino de los llanos á hacer guerra por todas partes á Diego Centeno, de quien mostraba tener mayor queja; porque decia que él habia sido uno de los primeros, y de los que mas le solicitaron é importunaron á que aceptase el oficio de procurador general de todo aquel reyno, y que ahora con solas las nuevas falsas ó verdaderas de que eran perdonados y revocadas las ordenanzas, le habia negado, con la misma diligencia y presteza que habia puesto en elegirle, y seguirle, hasta verle nombrado por procurador y gobernador del Perú; y que lo mismo habian hecho todos los que habian sido en levantarle;

pero que él esperaba en Dios que los castigaria con su proprio hecho, y le vengaria de ellos.

Estas quejas y otras semejantes hablaba Gonzalo Pizarro con sus íntimos amigos, mas en lo público mostraba todo buen ánimo, como siempre lo tuvo en sus mayoyores trabajos: y así lo dicen los historiadores en su favor quando llegan á este paso.

A estas quejas y malos sucesos añadió la fortuna otros peores: porque quando ella empieza á mostrar sus disfavores no se contenta con dar pocos. Ordenó que en aquella coyuntura y sazon llegase Lorenzo de Aldana con sus quatro navios á quince leguas de la ciudad de los Reyes, donde, aunque iba bien desproveido de gente y bastimentos, estuvo con mucha seguridad y contento, porque supo que Gonzalo Pizarro habia quemado los na-

vios que tenia en el puerto. Con lo qual quedó en toda paz y quietud, y cobró ánimo para llegar hasta el puerto de los Reyes; porque su intencion no era de pelear, sino de recoger en sus bateles la gente que de Gonzalo Pizarro se huyese. La nueva de su llegada á Huaura se supo en los Reyes, y causó gran escándalo en toda ella. Gonzalo Pizarro, viendo que todos le habian negado, temiendo que los que tenia consigo tambien le habian de negar, quiso asegurarse de ellos con la fuerza de la religion; y así, por órden del licenciado Cepeda, de quien salió esta prevencion y consejo, hizo llamamiento de todos los vecinos, señores de Indios, que habia muchos y muy principales de todas las ciudades, que todavia permanecian con él. Llamó asimismo á los capitanes, caballeros y soldados prin-

cipales, que habia muchos, y les hizo una plática diciendo, el cargo y la obligacion que todos ellos, y todos los de aquel imperio le tenian, por haberse puesto y pasado tantos peligros, guerra, hambre y trabajos por defenderles sus vidas, y los Indios que por gracia y merced del marques Don Francisco Pizarro su hermano poseian: mirasen quán justificada tenia su causa con haber enviado mensageros á dar cuenta á S. M. de todo lo sucedido en la tierra, y que el presidente los habia detenido, y engañado á sus capitanes, concertádose con ellos, y tomádole su armada, que le habia costado un gran tesoro: y últimamente habia entrado en su jurisdiccion, y echaba por el reyno cartas de mucho perjuicio contra todos los de aquel imperio, y que traia intencion de hacerles guerra. Por todo lo qual él

pretendia resistirle la entrada, porque así convenia á todos: que despues de entrado el presidente en la tierra, y tomado posesion de ella, haria lo mismo que Blasco Nuñez Vela, executaria las ordenanzas, castigaria á los delinqüentes que se hubiesen hallado en todo lo de atrás; por tanto queria saber de todos y de cada uno de ellos su intencion, porque no queria hacer fuerza á nadie en lo que no quisiesen seguir; que les encargaba y rogaba cada uno dixese al descubierto si querian seguirle ó no, que al que no quisiese ir con él, desde luego le daba licencia para que se fuese á sus Indios, ó al presidente si quisiese; y los que quisiesen quedar con él y seguir tan justa demanda, le habian de dar su fe y palabra en ley de hijodalgo, y debaxo de juramento en ley de christianos, de guardar y cumplir la

promesa como se la hacian. A esto respondieron todos, que moririan con él, y por él cien muertes, y lo juraron y firmaron en un cartulario largo, que de todo esto sacó escrito el licenciado Cepeda, que fue el primero que firmó. Francisco de Carvajal, como hombre tan discreto y de tanta experiencia en semejantes cosas, reía, burlaba y mofaba en secreto con sus mas amigos, y les decia: Vosotros vereis como se cumplen las promesas, y como se respeta la magestad del juramento: decia otras muchas cosas, que si las tuvieramos recogidas, pudieramos hacer un galano discurso, como lo fueron los de aquel hombre en todos propositos, que cierto fue rarisimo en el mundo.

CAPÍTULO XII.

Envianse rehenes de una parte á otra con astucias de ambas partes. Huyense de Gonzalo Pizarro muchos hombres principales.

Dos dias despues de este auto llegaron al puerto de los Reyes los quatro navios de Lorenzo de Aldana, que causaron grandisimo alboroto en la ciudad. Gonzalo Pizarro mandó tocar arma, y recogió la gente en la plaza, que eran mas de seiscientos hombres. Parecióle que era mas seguro salir al campo, porque la gente que no le era aficionada, viéndose á vista de todos no se le huiria. Asentó su real una legua de la ciudad, y otra del puerto: puso corredores de á caballo para que no se le huyesen, y por salir de confusion, y saber lo que

pretendia Lorenzo de Aldana, le envió un vecino de los Reyes llamado Juan Fernandez, con orden que se quedase con él por rehenes de otro caballero que Lorenzo de Aldana le enviase, para tratar con él la razon de su venida, y saber su intencion. De los navios enviaron al capitan Peña, el qual llevó á Gonzalo Pizarro el poder que el presidente llevaba, el perdon general que S. M. á todos los culpados hacia, y la revocacion de las ordenanzas, y que de palabra le persuadiese lo que importaba obedecer á S. M. y sujetarse á su voluntad, pues no gustaba que él gobernase aquel imperio. En este paso dice el Palentino que pasó lo que atrás diximos de las bulas. Engañaronle en la relacion, porque ya en este tiempo era pasada la ocasion y sazon de consultar en poderes ni bulas, como ellos las lla-

maron; que ya entonces no habia sino escándalo, alboroto, confusion y ánimo de huirse todos, como se verá en el discurso de la historia. Gonzalo Pizarro respondió con palabras de enojo al recaudo que el capitan Peña le dió, y dixo que Lorenzo de Aldana, Pedro de Hinojosa, y todos los demas que se le habian dado por muy amigos, esos le habian hecho traicion, y dado causa que á él le llamasen traidor, habiendo justificado su causa con enviar embaxadores á S. M. y darle cuenta de todo lo sucedido; y que nunca su intencion fue de ofender á su rey, sino de aplacar la tierra, y quitar los inconvenientes de ella para su mayor servicio. Con esto dixo otras muchas cosas como hombre lastimado, quexándose de que los que se le daban por mas amigos, y los que él habia hecho hombres con cargos y

oficios, le hubiesen vendido tan injustamente. Mandó que el capitan Peña no hablase con nadie, y que estuviese recogido en el toldo de Don Antonio de Ribera, porque no diese noticia á nadie de los despachos que habia traido, que no quiso que se publicasen. Dicen los autores, que aquella noche le tentó Gonzalo Pizarro sobre que diesen orden como pudiese haber el navio de Lorenzo de Aldana; porque ganado aquel, los demas eran suyos: que le prometió cien mil pesos por el hecho, y que el capitan Peña respondió, que no era él persona que por ningun interés habia de hacer traicion semejante, ni se le debia proponer. Gonzalo Pizarro lo envió otro dia salvo y seguro á los navios, donde con Juan Fernandez se trataron otras cautelas y engaños, que tuvieron mas efecto que el que se propuso al capitan

Peña; y fue que Lorenzo de Aldana, sabiendo del capitan Peña que Gonzalo Pizarro no habia querido publicar los despachos que le envió, pareciéndole que todo el buen suceso de su jornada consistia en que se publicase entre los vecinos y soldados el perdon de S. M., y la revocacion de las ordenanzas, autorizado por instrumento público de escribano, porque hasta entonces no se sabia en los Reyes mas de por la carta que el presidente diximos habia escrito á Gonzalo Pizarro, hizo sacar á toda diligencia dos traslados del perdon y de la revocacion, y con otras muchas cartas que á personas particulares tenia escritas, se las entregó todas á Juan Fernandez con aviso é instruccion de lo que habia de decir á Gonzalo Pizarro, y hacer con los papeles. Llegado ante él, le apartó á parte, y en secreto le di-

xo, que Lorenzo de Aldana le habia hecho grandes promesas porque traxese el perdon y la revocacion, y que en secreto lo publicase entre los vecinos, capitanes y soldados para que negándole á él se pasasen al vando del presidente; y yo, dixo Juan Fernandez, por entretener á Lorenzo de Aldana con vanas esperanzas le dí palabra de hacerlo, y recibí estos papeles para entregarselos á vuesa señoria, porque no le habia de hacer traicion fiando de mí su persona, salud, y estado, como lo fió, enviándome á sus enemigos por rehenes de otro, la qual confianza yo he tenido en mucho, para dexarla por calidad y cantidad á mis herederos. Con esto dixo otras lisonjas para descuidar á Gonzalo Pizarro de qualquiera sospecha ó malicia que de él pudiese tener. Gonzalo Pizarro, como hombre noble, age-

no de cautelas y maldades, porque no cabian en su pecho, se las creyó todas, hizo de él toda confianza, le agradeció el haberle entregado los papeles, y concibió de él mucho crédito para lo de adelante. Con lo qual Juan Fernandez publicó sus papeles entre los que le pareció, y dió las cartas que quiso á los que le eran amigos; y las que eran de personas no seguras, las hizo perdidizas, y las echó por entre puertas y ventanas. De manera, que como todos andaban ya conjurados contra Gonzalo Pizarro, no se perdió ninguna, y todas hicieron su efecto, como luego veremos.

La publicidad de las cartas, las muchas promesas que en ellas se hacian, y un aviso que Lorenzo de Aldana dió en ellas, que todos los que quisiesen huirse á la mar, donde él estaba, hallarian los bar-

cos en la ribera para recibirlos, alborotó la gente de Gonzalo Pizarro de manera, que todos eran sospechosos, que casi no habia entre ellos de quien poderse fiar en nada; porque los primeros que se le huyeron, fueron los que mas prendas habian metido con Gonzalo Pizarro; y como él tenia su real en el campo, y habia publicado que queria caminar por los llanos, muchos hombres principales que habian salido desapercibidos para caminar, tuvieron ocasion de pedirle licencia para volver á la ciudad á proveerse de lo necesario para seguirle en su viage. Los mas principales de estos fueron Vasco de Guevara, Martin de Meneses, Nicolas de Ribera, Hernan Bravo de Laguna, Diego Tinoco, Francisco de Ampuero, Alonso de Barrio-Nuevo, Diego de Escobar, Francisco de Barrio-Nuevo, Alonso Ramirez de

Sosa, que todos tenian Indios en la ciudad de los Reyes ó en el Cozco, y sin estos otros muchos soldados de cuenta. Gonzalo Pizarro les dió la licencia, ellos fueron á sus casas, y tomando lo que habian menester, en lugar de volver á Gonzalo Pizarro, como se lo habian prometido, le negaron y caminaron hácia Truxillo. De lo qual avisado Pizarro por las guardas, mandó al capitan Juan de la Torre, que con veinte arcabuceros de confianza fuese en pos de ellos para volverlos, ó matarlos sino quisiesen volver. El qual los siguió y caminó mas de ocho leguas; y no pudiendo alcanzarlos se volvió, y en el camino topó á Hernan Bravo de Laguna, que se habia detenido con intencion de esconderse en la ciudad en casa de un pariente suyo; pero viendo él y el pariente el riesgo que ellos y todos los de su ca-

sa corrian si los enemigos volviesen y le hallasen en ella, acordaron que fuese en pos de sus compañeros, y esta fue la causa de salir tarde y toparlo Juan de la Torre en el camino. Traxolo ante Gonzalo Pizarro, el qual lo remitió á Francisco de Carvajal para que lo ahorcase. Una señora muy principal, muger de Nicolas de Ribera, uno de los huidos, llamada Doña Ines Bravo, muger de gran valor y de toda bondad, sabiendo que traían preso á Hernan Bravo, que era su primo hermano, y que sin duda lo habian de matar, fue á toda diligencia al real de Gonzalo Pizarro acompañada de su propio padre; y aunque se veía participante de la culpa del marido y del primo que le habian negado, no dudó de ponerse á los pies de Gonzalo Pizarro, confiando en el ánimo piadoso que este caballero te-

nia para los que le pedian misericordia; y así puesta de rodillas se la pidió, derramando muchas lágrimas. Gonzalo Pizarro á toda priesa la levantó del suelo; y aunque al principio se mostró duro en la concesion del perdon, al fin, acudiendo los circunstantes con la misma súplica, la concedió y dió la seña ordinaria que en semejantes casos solia dar, que era la gorra con la medalla que en ella traía. Llevaronsela á toda priesa á Francisco de Carvajal, y llegaron á tan buen tiempo, que ya tenia Hernan Bravo puesta la soga á la garganta al pie de un arbol, de donde lo habian de ahorcar. Carvajal admitió el perdon de Gonzalo Pizarro á fuerza de los ruegos que le hicieron los que con él estaban; porque todos se hallaban obligados á favorecer el partido de aquella señora, y así escapó Hernan Bra-

vo de Laguna, que yo conocí largamente, y le dexé vivo en la ciudad del Cozco, con un repartimiento de Indios, aunque no de los grandes.

En este paso el contador Agustin de Zarate, habiendo dicho lo mismo, lib. 6, cap. 16., añade lo que se sigue. Y aconteció sobre el perdon otro paso digno de notar, que un capitan del mismo Gonzalo Pizarro llamado Alonso de Cáceres, que se halló junto á él al tiempo que concedió la vida á Hernan Bravo, le besó en el carrillo diciendo á grandes voces: ¡ó principe del mundo! mal haya quien te negare hasta la muerte! como quiera que dentro de tres horas él y el mismo Hernan Bravo y otros algunos se huyeron, lo qual se tuvo por cosa maravillosa, porque parecia que aun no habia tenido tiempo para respirar del trance en que

se habia visto teniendo la soga á la garganta, &c.]

CAPÍTULO XIII.

Martin de Robles usa de un engaño con que se huye.

La huida de tanta gente noble y principal, y que eran los primeros que habian forzado á Gonzalo Pizarro á que volviese por sus vidas y haciendas, causó gran alboroto en su real; porque como el mismo Zarate dice, habia entre ellos personas que habian seguido á Gonzalo Pizarro desde el principio, y metido con él grandes prendas, y en quien nunca se pudo sospechar que le habian de negar ni faltar. Con lo qual estaba Gonzalo Pizarro tan alterado y enojado, que nadie osaba parecer ante él. Mandó á las guardas que alanceasen á los

que hallasen fuera del real: ahorcaron á un pobre soldado porque le hallaron dos camisas vestidas, porque era indicio de huirse; y aunque tan pobre no faltó quien le denunciase. Y para mayor escándalo de Gonzalo Pizarro y de sus aficionados, sucedió que la noche siguiente á lo que se ha dicho, el capitan Martin de Robles, con astucia, para tener achaque de ir á la ciudad con buena apariencia, envió á avisar de secreto á Diego Maldonado el rico, vecino y regidor del Cozco, que Gonzalo Pizarro queria matarle, que así lo habia consultado con sus capitanes; por tanto que se pusiese en cobro, que no podia hacerle mas servicio por el amistad que habia entre ambos. Diego Maldonado lo creyó, por haber sido uno de los vecinos del Cozco que se huyeron de Gonzalo Pizarro para venir á servir al vi-

sorey, como atrás queda dicho. Despues de lo qual le habian dado un riguroso tormento sobre ciertas cartas echadizas que en el toldo de Gonzalo Pizarro se hallaron quando iba á dar la batalla de Quitu, de lo qual él no habia tenido culpa; porque despues se halló quien lo habia hecho. Sin esto, ahora últimamente Gonzalo Pizarro habia muerto por sospechas á Antonio Altamirano, íntimo amigo suyo.

Por estas causas, y por temor de la muerte tan cruel que entre ellos andaba aquellos dias, creyó Diego Maldonado el aviso de Martin de Robles, y sin esperar que le ensillasen un caballo, aunque los tenia muy buenos, ni descubrirse á ningun criado suyo, solo con su espada y capa salió de su toldo y del real, y con ser hombre de mas de sesenta y ocho años, caminó á pie toda la noche, hasta llegar á

unos cañaverales que estaban tres leguas de la mar, donde estaban los navios, y en ellos se escondió; pero temiendo que otro dia habian de ir á buscarle, y le habian de matar en hallándole; y que quando esto no acaeciese, habia de perecer allí dentro de hambre y sed, se salió del cañaveral, y acertó á ver un Indio que pasaba cerca, llamóle y dióle cuenta de su necesidad. El Indio, doliéndose de él con la natural piedad que todos tienen, lo llevó á la mar, y á la orilla hizo una balsa de enea, de las que atrás contamos que los Indios hacen para pasar los rios, y navegar lo poco que navegaban por la mar, y en ella se pusieron ambos como en un caballo; y remando el Indio fueron á los navios con gran peligro de ser ahogados, á lo menos Diego Maldonado; porque quando llegaron á ellos ya la balsa iba ca-

si deshecha, por el mal recaudo que habian tenido de cordeles para atar la enea. Así escapó el buen Diego Maldonado, que fue de los pimeros conquistadores, y yo le dexé vivo en el Cozco. Luego otro dia bien de mañana fue Martin de Robles al toldo de Diego Maldonado á ver como habia tomado su recaudo falso; y hallando que se habia huido aquella noche, fue á Gonzalo Pizarro, mostrándose muy de su vando, y muy leal en su servicio, y le dixo: Señor, Diego Maldonado se ha huido, pareceme que pues vuestra señoria vé por horas la diminucion de su exército, y los que á cada paso se le huyen, debia alzar de aquí su real, y caminar hácia donde tiene determinado, que es á Arequepa, y que no dé vuestra señoría licencia á persona alguna para que vaya á la ciudad á proveerse de lo necesario, porque

con este achaque se le huirán todos, y será bien evitarlo. Y porque los de mi compañia no la pidan, sino que den exemplo á los demas, quiero ir á la ciudad, permitiéndolo vuestra señoría, con algunos de los mios de los de mas confianza, que estan desproveidos, para que en mi presencia se provean de lo necesario, sin que yo los pierda de vista; y de camino pienso ir al convento de Santo Domingo, donde me dicen que está Diego Maldonado, sacarle de él, y traerlo á vuestra señoría para que mandándole castigar públicamente, no se atreva nadie á huirse de hoy mas. A Gonzalo Pizarro le parecieron bien aquellas palabras, porque eran en su favor; y confiando en las muchas prendas que Martin de Robles habia metido en aquellos negocios, pues habia preso al visorey, y perseguido-

le hasta su muerte, le dixo que fuese á la ciudad é hiciese en todo como se lo habia dicho. Martin de Robles ante todas cosas tomó los caballos de Diego Maldonado como bienes confiscados de traidor, y los suyos propios; y llamando de su compañia los que tenia por mas amigos, que eran mas de treinta, se fue á la ciudad de los Reyes, y sin hacer pausa en ella se fueron todos la via de Truxillo, diciendo públicamente que iban á buscar al presidente, y que Gonzalo Pizarro era un tirano.

Estas nuevas llegaron al real de Gonzalo Pizarro, y admiraron de manera, que muchos no las quisieron creer; porque les parecia imposible que Martin de Robles negase á Gonzalo Pizarro, habiéndose mostrado tan de su vando en todas las ocasiones hasta allí sucedidas. Pero certificados del hecho,

temian que aquel dia se habian de huir todos los que quedaban, ó que matarian á Gonzalo Pizarro por acabar el hecho de golpe, que ya no les faltaba otra cosa por hacer. Mas nadie imaginó matarle, porque la bondad de aquel caballero no daba lugar á que nadie lo pensase: contentabanse con negarle y huirsele, y ninguno pretendió mas.

Gonzalo Pizarro lo mejor que pudo apaciguó el escándalo, mostrando tener en poco todos los que se le habian huido, y afirmando que con solos diez buenos amigos que le quedasen tenia ánimo de conservarse, y de conquistar de nuevo todo el Perú: palabras son del Palentino del capitulo sesenta y quatro.

CAPÍTULO XIV.

Huida del licenciado Carvajal, de Gabriel de Roxas, y de otros muchos vecinos y soldados famosos.

No cesó la huida de los de Gonzalo Pizarro con la de Martin de Robles, antes apresuró la que otros deseaban hacer; porque luego la noche siguiente se huyó Lope Martin Pereyra, de nacion Lusitano, que yo conoci: era de los primeros conquistadores. Lo qual sabido por Gonzalo Pizarro quiso asegurar su real, á lo menos por la parte de la ciudad; y así mandó al licenciado Carvajal, de quien con tanta razon por las prendas metidas debia confiar, que con su compañia, que era de gente de caballo, guardase aquel quartel, porque nadie

se fuese por él. Lo qual le salió en contra de lo que pretendia, porque antes fue abrir las puertas de su campo, y dar lugar á que todos los de su real se le fuesen, que no excusar el daño que temia: porque el licenciado Carvajal, haciéndose mucho del vando de Gonzalo Pizarro, como siempre lo habia hecho hasta aquella hora, viendo entonces la gente sosegada trocó las manos, y con todos los de su compañia, con Pedro Suarez de Escobedo, Francisco de Escobedo, y Gerónimo de Escobedo, sus sobrinos, aquellos que con su huida causaron, como atrás se dixo, la muerte del fator Illen Suarez de Carvajal, tio de ellos, se fue del real, camino de Truxillo. En compañia de ellos fueron el licenciado Polo, Marcos de Retamoso, un famoso alferez, Francisco de Miranda, Hernando de Vargas, y otros muchos sol-

dados de gran nombradia. La huida de estos no fue tan secreta que no se rugiese por los mas cercanos de aquel quartel, á cuyo exemplo se fue Gabriel de Roxas, á quien poco antes habia dado Gonzalo Pizarro su estandarte, quitándoselo á Don Antonio de Ribera, por dexarlo por su teniente en la ciudad de los Reyes, como lo dexó, por la mucha confianza que de él tenia, por el parentesco y por las prendas metidas en esta trapaza y quimera. Con Gabriel de Roxas se huyeron otros muchos, y entre ellos sus dos sobrinos Gabriel Bermudez, y Gomez de Roxas, que eran personas de calidad; y esto fue sin que nadie lo sintiese, porque el quartel por do salieron era el que guardaba el licenciado Carvajal, y pensaba Gonzalo Pizarro y todos los suyos que estaba muy seguro en su poder. Pero sabida por

la mañana su huida, la de Gabriel de Roxas y los demas, lo sintió como tenia razon, especialmente por haberle negado el licenciado Carvajal. Sobre lo qual hacia grandes imaginaciones, buscando qual hubiese sido la causa de su disgusto y desabrimiento; pesábale de no haberle casado con Doña Francisca Pizarro su sobrina, como alguna vez se habia tratado, que le parecia le hubiera prendado con el parentesco para siempre. Tambien imaginaba si se habia agraviado porque envió en su lugar al capitan Juan de Acosta, habiéndole nombrado á él para aquella jornada: y de esto se quejó á Carvajal, culpándole que por su consejo y persuasion habia hecho aquel trueque y mala provision. Carvajal respondió, que pues el licenciado habia tenido atrevimiento á huirse en su presencia, donde si lo sintieran

corria peligro su vida, que mucho mejor se fuera estando léjos de él, y le hiciera mayor daño llevándose trescientos hombres que le encomendaba. De la misma manera que se vinieron á vuesa señoria quando tuvieron necesidad para que volviera por sus haciendas, vidas y honras, y como negaron á su emperador, y persiguieron á su visorey hasta matarle, de esa misma manera, y los mismos que hicieron aquello, niegan y venden ahora á vuesa señoria, y se huyen de él porque no le han menester, que les han asegurado ya lo que tenian perdido: que estos tales ni allá ni acá adoran otro ídolo, ni tienen otro rey sino al interés. A vuestra señoria han pagado como quien son, y á ellos les pagarán sus mismos hechos como lo merecen.

Esto dixo aquel maese de campo, y yo vi el tiempo adelante

cumplido su pronóstico en los mas de ellos, ó en casi todos; que muy pocos de los principales murieron de muerte natural, sino violenta en los levantamientos que despues hubo. La ida del licenciado Carvajal acabó de quitar el ánimo del todo á los de Gonzalo Pizarro, porque imaginaron, que pues le negaba aquel caballero que tantas prendas habia metido en aquella máquina, hasta cortar la cabeza del visorey Blasco Nuñez Vela, debia de estar muy de quiebra el partido de Gonzalo Pizarro; y así determinaron irse muchos, como lo hicieron. Otro dia, caminando el exército, se huyeron á escondidas todos los que pudieron; y llegó á tanto la rotura y el atrevimiento, que á vista de todo el campo, y del mismo Gonzalo Pizarro, pusieron los pies á sus caballos dos soldados famosos, el uno llamado Pedro Villa-

dan, y el otro Juan Lopez: iban dando voces, apellidando la voz de S. M., y que Gonzalo Pizarro muriese como tirano. Poco despues hicieron lo mismo otros dos, el uno de ellos llamado Francisco Guillada, y el otro Juan Paez de Soria: no quiso Gonzalo Pizarro enviar tras ellos, porque no habian de ir para volverlos, aunque los alcanzasen, sino para irse con ellos. Temiendo esto se dió priesa Gonzalo Pizarro á caminar por los llanos la via de Arequepa, y por el camino se le huian muchos infantes arcabuceros, dexando sus arcabuces, porque los de Pizarro se contentasen con las armas y no fuesen en pos de ellos. Huyéronsele tantos que, como dice Agustin de Zarate, libro sexto, capítulo diez y siete, no llevaba mas de doscientos hombres quando llegó á la Provincia de Nanasca que está sesen-

ta leguas de los Reyes. Francisco de Carvajal, como tan práctico capitan, recogia los arcabuces y qualesquiera otras armas que los huidos dexaban, para armar otros soldados si se le viniesen.

CAPÍTULO XV.

La ciudad de los Reyes alza vandera por S. M. Lorenzo de Aldana sale á tierra. Gran alboroto que hubo en los Reyes.

No se contentó la mala fortuna con perseguir á Gonzalo Pizarro con tantos como se le huyeron de su exército, que habiendo tenido pocos dias ántes mil hombres de guerra en la ciudad de los Reyes, no tuviese ahora mas de doscientos, sino que ordenó que los que él habia dexado en aquella ciudad por mas amigos, y de quien mas confianza tenia, así por las pren-

das que le habian dado, como por el parentesco que con él tenian, le negasen, y se pasasen al vando del rey: que dos dias despues que Gonzalo Pizarro caminó ácia Arequepa, Don Antonio de Ribera, que habia quedado en los Reyes por su teniente, y los alcaldes Martin Pizarro, Antonio de Leon, y otros vecinos, que unos con achaque de vejez, y otros con achaque de enfermedad, fingiendo mas de la que tenian, habian alcanzado licencia de Gonzalo Pizarro para quedarse, dando en precio y trueque de sus personas, sus armas y caballos, estos tan viejos y enfermos, viendo que ya el enemigo estaria doce ó quince leguas de ellos, sacaron el estandarte de la ciudad en pública plaza, y recogiendo la gente que pudieron, alzáron la ciudad por S. M., y pregonaron la provision del presidente, y el

perdon general de todos.

En este paso dice el Palentino que se hizo este auto por órden de Gonzalo Pizarro, que así lo dexó mandado; porque no ganasen honra en haberse ido al rey los que á él se le habian huido, aunque él mismo lo contradice diciendo, que no es de creer sino que fue invencion de alguna gente maliciosa; pero el hecho pasó así, que Gonzalo Pizarro lo mandó, y por eso dexó por su teniente á Don Antonio de Ribera, á quien tanto amaba, así por el parentesco, como por los servicios que al marques Don Francisco Pizarro, su hermano, y á él les habia hecho; porque con alzar la ciudad por S. M., despues de él ido, ganase honra y credito con el presidente Gasca; porque bien sabia Gonzalo Pizarro, que perdiéndolos él de vista le habian de negar y hacer lo que hi-

cieron, como los demas sus capitanes y tenientes habian hecho en diversas partes del reyno, y quiso que esto fuese por su órden, aunque en secreto, porque importaba á Don Antonio de Ribera; y porque quedaba en su poder su sobrina Doña Francisca Pizarro, hija del Marques D. Francisco Pizarro.

Hecho este levantamiento de la ciudad, avisaron de ello á Lorenzo de Aldana, el qual lo estimó y solemnizó con alegría increible, porque no esperaba que los de aquella ciudad se reduxeran tan presto, y así estaba metido buen trecho en la mar con todo buen recato, recogiendo todos los que se le iban. Para lo qual tenia en la costa al capitan Juan Alonso Palomino, con cincuenta soldados en tierra, y los bateles á punto para que él y ellos se recogiesen si lo hubiesen menester; porque temia

que Gonzalo Pizarro habia de revolver sobre aquella ciudad sabiendo lo que en ella pasaba: y para saber con brevedad la venida de Pizarro si volviese, puso en el camino doce de á caballo de los que se le habian huido; que segun andaba la sospecha, eran tenidos por mas fieles los que se le habian pasado por haber negado á Gonzalo Pizarro que los que tenia consigo. Proveyó que el capitan Juan de Illanes fuese en una fragata la costa adelante al sur, y donde pudiese echase en tierra un religioso y un soldado que consigo llevase, para que diesen al capitan Diego Centeno los Despachos del presidente, y la relacion de todo lo que en aquel imperio pasaba, y muchas cartas para personas particulares del vando de Diego Centeno, y otras para los hombres señalados que andaban en compañía

de Juan de Acosta, para que los Indios las sembrasen por la tierra, y llegasen á manos de aquellos á quien iban. Estas cartas hicieron mucho daño á Juan de Acosta, como adelante veremos.

El capitan Lorenzo de Aldana, que yo conocí, y de quien adelante dirémos algunas cosas suyas en particular, proveia desde la mar lo que se ha dicho, sin osar saltar en tierra, porque segun andaban turbados estos dos elementos, temia no hubiese alguno que se atreviese á matarle, é irse á Gonzalo Pizarro; porque entre los muchos que hemos dicho que se fueron al rey, hubo algunos que del vando del rey se fueron á Gonzalo Pizarro, que los historiadores nombran. Temia Lorenzo de Aldana que alguno de estos no presumiese acometer un hecho tan hazañoso como fuera matarle. Con este rezelo

se estuvo quedo en la mar, hasta que supo que Gonzalo Pizarro estaba ochenta leguas de la ciudad de los Reyes, que quando él lo supo estaba ya mas de ciento y diez: entónces saltó en tierra con todos los suyos. Los de la ciudad, capitanes y soldados, aunque habia pocos, hasta los niños salieron á recibirle con gran solemnidad. Dexó la armada á cargo del alcalde ordinario Juan Fernandez, hechas las solemnidades que se requerian para entregársela. Entró en la ciudad, donde procuró haber las armas y municion que pudiese para la guerra. En este tiempo le dieron nueva que Gonzalo Pizarro volvia sobre aquella ciudad; y aunque el hecho, si lo miráran bien, era imposible para hacer caso de la nueva, el miedo no les dió lugar á hacer conjeturas en su favor, sino que la creyeron, y aun en-

tendieron que estaba el enemigo quatro leguas de allí; y viendo que no eran poderosos para resistirle, los que no tenian caballos para huir por tierra, se fueron á la mar á guarecerse en los navios, y los que tenian cavalgaduras se fueron á Truxillo por el camino real: otros, á quien no dió el miedo tanto lugar, se dividieron y escondieron en lugares secretos, como en cañaverales y estancias, cada uno do mejor le parecia; y de esta suerte anduvieron perdidos una noche y un dia, hasta que tuvieron nueva cierta de que la pasada era falsa. Recogieronse á la ciudad los que no se habian alejado tanto de ella.

Agustin de Zarate dice como salió Lorenzo de Aldana á tierra á 9 de Septiembre del año quinientos quarenta y siete, donde lo dexarémos por hablar de Juan de Acosta, que seguia su camino por

la sierra hácia el Cozco, con los trescientos soldados que llevaba con maese de campo nombrado, con alferez general, y con capitanes de arcabuceros y piqueros, como si fuera un exército de treinta mil hombres.

CAPÍTULO XVI.

Al capitan Juan de Acosta se le huyen sus capitanes y soldados. Gonzalo Pizarro llega á Huarina: envia un recaudo á Diego Centeno: su respuesta.

Yendo cerca del Cozco, Juan de Acosta y los suyos tuvieron las nuevas de los malos sucesos de Gonzalo Pizarro, y de la mucha gente que se le habia huido; y aunque Juan de Acosta procuró encubrir las nuevas no pudo, porque algunos de sus soldados habian recibi-

do las cartas que por la tierra se habian sembrado, y sabian lo que pasaba, mas no osaban comunicarlo unos con otros, por no dar sospecha de sí. Mas quando ya se declaró la mala nueva por todos, el maese de campo Paez de Sotomayor, y el capitan Martin de Olmos, que yo conocí, determinaron cada uno de por sí matar á Juan de Acosta, sin osarse declarar el uno al otro, hasta que por conjeturas vinieron á entenderse, y lo trataron, y dieron parte á algunos de sus soldados de confianza. Mas no fue tan secreto que no lo sintiese Juan de Acosta, y se recatase de ellos, poniendo doblada guarda de sus amigos para su persona.

De lo qual sospecharon mal los dos capitanes, y sabiendo que un dia de aquellos estaba Juan de Acosta muy encerrado en su toldo hablando en secreto con el capitan

Martin de Almendras, y otro grande amigo suyo llamado Diego Gumiel, y temiendo que tratasen de matarlos, acordaron huirse ellos, ya que no podian matar á Juan de Acosta: y así luego al punto, pasando la palabra en secreto de unos á otros, se apercibieron treinta hombres, y puestos á caballo con sus armas salieron del real á vista de todos, y caminaron hácia los Reyes.

Los principales de estos fueron Paez de Sotomayor, Martin de Olmos, el alferez general Martin de Alarcon, Garci-Gutierrez de Escobar, Alonso Rengel, Hernando de Alvarado, Martin Monge, Antonio de Avila, y Gaspar de Toledo. Juan de Acosta los siguió, alcanzó tres ó quatro de ellos, y los mató; y viendo que era trabajo perdido el seguirles, volvió su camino y llegó al Cozco, donde

quitó las varas á los Alcaldes ordinarios que Diego Centeno habia dexado, y puso otros de su mano.

Alli tuvo aviso de Gonzalo Pizarro, que como mejor pudiese fuese hácia Arequepa á juntarse con él. Juan de Acosta salió del Cozco, y á doce leguas que habia andado, se le huyó una noche su capitan Martin de Almendras, de quien él hacia mucha confianza, y llevó consigo treinta hombres de los mejores que tenia, el qual volvió al Cozco, y quitó las varas de alcaldes ordinarios á los que Juan de Acosta dexó; como si importára aquello la victoria de toda aquella guerra. Con esto se vino hácia los Reyes, dexando bien admirado á Juan de Acosta de que un hombre como aquel negase á Gonzalo Pizarro, que le habia tratado como á hijo por respeto de Francisco de Almendras, su tio, que ma-

tó Diego Centeno. Juan de Acosta no osó seguir á Martin de Almendras, porque no se fuesen todos los suyos tras él, antes siguió su camino á mayores jornadas que hasta allí habia llevado, donde tambien se le huyeron muchos de dos en dos y de tres en tres; de manera que quando llegó á juntarse con Gonzalo Pizarro en Arequepa, no llevaba mas de cien hombres, como lo dice el Palentino, lib. 2., cap. 68, y Zarate lib. 6, cap. 18. Allí consultaron lo que harian en defensa de sus vidas, que ya no les quedaba otra cosa que perder; porque la honra ya la daban por perdida, pues los llamaban traidores contra su rey, y sus haciendas estaban en poder de sus enemigos.

Acordaron Pizarro y sus capitanes seguir su camino por do estaba el general Diego Centeno;

porque no habia otro para pasar donde pretendian ir, que era alguna entrada de las muchas que hay al oriente del Perú en aquellas bravas montañas que los Indios llaman Anti: querian, si pudiesen, ganar alguna provincia donde acabar la vida si los dexasen; y quando no pudiesen haber esto, pretendian pasar al reyno de Chili, y ayudar á conquistar aquellas naciones belicosas, imaginando que podria ser que por aquel servicio, viéndoles ya fuera del Perú, les perdonasen los delitos pasados. Y quando Diego Centeno no les dexase pasar, pretendian aventurarse á darle batalla, á vencer ó morir, aunque sabia que le hacia ventaja en la gente de guerra que consigo tenia. Con esta determinacion salió de Arequepa, y por sus jornadas llegó cerca de Huarina, por do pasaba el camino pa-

ra el viage de las montañas.

El capitan Diego Centeno, que supo la ida de Gonzalo Pizarro, dexó el sitio que tenia fortificado, y quemó la puente del desaguadero de la laguna Titicaca, porque el enemigo no se le fuese por ella; y por atajarle todos los pasos le salió al encuentro, con determinacion de darle batalla; porque fiaba, segun la mucha y buena gente que llevaba, de haber con facilidad la victoria.

Gonzalo Pizarro, que temia venir á las manos por la ventaja que en su enemigo sentia, le envió un mensagero con una carta, en que le traía á la memoria la compañia y amistad antigua en la conquista del Collao y los Charcas, y los muchos beneficios que entonces y despues le habia hecho, particularmente en perdonarle la vida quando mató á Gaspar Rodriguez,

y á Felipe Gutierrez, sabiendo por la lista de los confederados que era él uno de los principales; y que con todo eso lo habia perdonado contra el parecer de todos sus amigos: que se acordase que habia sido uno de los primeros y principales procuradores de aquel reyno que le hábia nombrado por general procurador quando lo hubieron menester, y despues por gobernador, y que le habia seguido hasta la ciudad de los Reyes, y no lo habia dexado hasta verlo nombrado gobernador del Perú: que olvidado todo lo pasado se juntasen ambos, y tratasen con maduro consejo de lo que les convenia, pues era en beneficio comun de todos ellos y de toda la tierra, que le haria todo el partido que quisiese como á propio hermano. Con esta carta envió un soldado llamado Francisco Voso, marido de Juana de

Leyton, de quien atrás hicimos mencion, que por ser persona muy allegada á Francisco de Carvajal lo eligieron por mas confidente.

El qual, como dice Agustin de Zarate, lib. 7., cap. 2., dió la carta á Diego Centeno, se ofreció á servirle, y le avisó como Diego Alvarez su alferez se carteaba con Gonzalo Pizarro, al qual Diego Centeno dexó de castigar, porque ya en aquella sazon el mismo Diego Alvarez lo habia descubierto á Diego Centeno, diciendo que lo habia hecho por otros fines en provecho de ellos: y Diego Centeno respondió á las cartas de Gonzalo Pizarro con gran comedimiento, agradeciéndole los ofrecimientos, reconociendo las buenas obras que de él habia recibido, y diciendo que pensaba satisfacerle de todas, con aconsejarle y pedirle por merced, considerase el estado de los ne-

gocios, y la gran merced que S. M. les hacia á él y á todos en perdonar lo pasado: y que si quisiese venir á juntarse con él, y reducirse al servicio de S. M., le seria buen intercesor con el presidente, para que le hiciese los mejores y mas honrados partidos que hubiese lugar, sin que peligrase su persona ni hacienda, certificándole que si el negocio tocara á otro qualquiera que no fuera S. M., ninguno mejor amigo ni ayudador hallara que él. Otras cosas y cumplimientos de esta calidad dixo en su carta. Hasta aquí es de Agustin de Zarate.

CAPÍTULO XVII.

Diego Centeno escribe al presidente con el propio mensagero de Pizarro. Desesperacion que en él causó. El presidente llega á Sausa, donde le halló Francisco Voso.

Diego Centeno, viendo el buen ánimo que Francisco Voso tenia de servir á S. M., pues se le habia ofrecido sin pedírselo, y le habia descubierto un tan gran secreto como el de su alferez, le pareció fiar de él un mensage que deseaba hacer al presidente; y así escribió luego una carta larga, dándole cuenta de todo lo hasta allí sucedido, y como tenia atajado á Gonzalo Pizarro para que no se pudiese ir por parte alguna. Dixo la gente que tenia de pie y de caballo, la poca que Gonzalo Pizarro traía, y que

esperaba no se le iria de las manos. Asimismo le dió cuenta del recaudo que Francisco Voso llevó, y le envió la propria carta de Gonzalo Pizarro, para que fuese testigo abonado de todo lo que le decia. Dió cuenta Diego Centeno á Francisco Voso de lo que respondia á Gonzalo Pizarro, y le dixo que fiaba de él aquel recaudo para que lo llevase al presidente; y porque no le faltase en que ir, le dió mil pesos en oro y le dixo, que en llegando al real de Gonzalo Pizarro, y habiéndole dado su respuesta, y la relacion de todo lo que Gonzalo Pizarro le pidiese, comprase luego de secreto la mejor mula ó macho que en todo el real se hallase, y á toda diligencia fuese en busca del presidente donde quiera que estuviese, y le diese aquel despacho, y la razon de todo lo que en el un exército y en el otro

habia, pues lo sabia bien; y para que lo pudiese certificar, Diego Centeno le dió cuenta de la gente y armas que consigo tenia; y porque no faltase el premio al oficio de espia doble, le dió una cédula firmada de su nombre, por la qual, en nombre de S. M., le hacia merced de un repartimiento, aunque pequeño, de Indios que en el distrito de Arequepa habia vaco. Sobre lo qual tambien escribió al presidente, suplicándole confirmase la cédula, porque el ánimo y servicio de Francisco Voso lo merecia.

Francisco Voso volvió á Gonzalo Pizarro, el qual, sabiendo que iba cerca, envió á Francisco de Carvajal, su maese de campo, para que le exâminase y sacase de raiz todo lo que Diego Centeno y él habian hablado y tratado, confiando que Francisco Voso, como á su patrón, no negaria cosa algu-

na á Francisco de Carvajal. El qual le preguntó y repreguntó todo lo que le convenia saber. Francisco Voso le respondió muy cumplidamente, y dió cuenta muy por menudo de los capitanes de pie y de caballo, y del número de soldados, y le dixo que Diego Centeno le habia dicho todo aquello, hasta decir lo que en su carta le respondia á Gonzalo Pizarro, y como le seria muy buen padrino con el presidente, para que le perdonase la vida y la hacienda, y le hiciese toda buena comodidad si se reduxese al rey.

Francisco de Carvajal, habiendo oido esto, llevó á Francisco Voso ante Gonzalo Pizarro, y le refirió todo lo que le habia dicho, el qual, oyendo que Diego Centeno le ofrecia su padrinazgo y mercedes, dixo que no las queria recibir de quien las habia recibido

de mano de sus hermanos y de la suya; y por no ver en la carta alguna otra razon semejante, no quiso leerla; ántes como hombre desesperado de todo partido, la mandó quemar en público, porque no se tratase de concierto alguno; y apercibió á Francisco Voso que dixese, que Diego Centeno traia no mas de setecientos hombres, porque los suyos no se desanimasen sabiendo que tenia mil y doscientos.

Francisco Voso, habiendo cumplido con su buen despacho y mensageria, aquel mismo dia compró por medio de un amigo suyo, sin descubrirle el secreto para qué era, una mula por ochocientos pesos, y la noche siguiente se fue en ella, y amaneció doce leguas del real en busca del presidente, sin ir á Arequepa, donde tenia su muger é hijos. Gonzalo Pizarro se admiró grandemente quando supo su hui-

da, y dixo á Francisco de Carvajal á parte: que no sabia qué era la causa de que mas aina le negasen aquellos de quien él mas confiaba, por las prendas que con él habian metido en aquel hecho, pues Francisco Voso, siendo su criado, le negaba. Carvajal le dixo: que no se admirase, que de los flacos de ánimo era, viéndose culpados, desear con mayores ansias el perdon de sus delitos; que así lo habian hecho hasta entonces los que mas de veras le habian seguido; y por el contrario le habian quedado los que menos prendas habian puesto; que eso tenia este miserable mundo, que ninguno hacia honra á otro por méritos suyos, sino por su necesidad; y que viéndose fuera de ella, negaba todos los beneficios recibidos.

Gonzalo Pizarro, viendo por la huida de Francisco Voso el tra-

to doble que Diego Centeno le habia hecho, se desdeñó del todo, quejándose de su ventura, que los que mas beneficios habian recibido de él le fuesen mas ingratos; y así se apercibió para caminar, y dar batalla á morir ó vencer, porque ya no habia para qué tratar mas de partidos.

El presidente, que lo dexamos caminando de Truxillo para los Reyes, tenia nuevas por horas de lo que Gonzalo Pizarro hacia en aquella ciudad, y como se le habian ido muchos de su compañía. Pues como estos mismos fuesen á parar dónde él estaba, le diesen cuenta muy particular de todo, y supiese que Gonzalo Pizaro se habia ido por la costa ácia Arequepa, envió á mandar á los capitanes que estaban en Casamarca, caminasen con la gente que tenian con buen órden y concierto hasta el valle de

Sausa; porque fue informado que aquel sitio estaba en buen parage, así para proveerse de bastimentos, como para que acudiese la gente que hubiese por la comarca, y la que de Gonzalo Pizarro se le huyese. Proveido esto, pasó adelante en su camino, y á pocas jornadas supo quan perdido iba Gonzalo Pizarro, que no llevaba mas de doscientos hombres, que eran los que no se le habian podido huir: que Juan de Acosta iba asimismo roto y perdido, porque de trescientos soldados que sacó de los Reyes, se le habian huido los doscientos con sus capitanes, que la ciudad de los Reyes habia tomado la voz del rey, y que Lorenzo de Aldana la tenia á buen recaudo con lo de la mar y sus navios. Alentado y esforzado el presidente con estas nuevas, envió nuevos mensageros á su capitan ge-

neral Pedro de Hinojosa con la relacion de ellas, mandándole que se diese priesa á llegar á Sausa, y él, por no perder tiempo en su viage, no quiso entrar en la ciudad de los Reyes.

Tomó el camino de la sierra, y fue á Sausa, donde halló sus capitanes, que le recibieron con gran fiesta y regocijo de verlo entre ellos. Allí paró el presidente muchos dias haciendo provision de bastimentos y de armas de todas suertes, y para forjarlas, armó fraguas, buscó oficiales: en suma hizo todas las diligencias que en tal caso pertenecen á un buen capitan, y sus ministros le ayudaban con toda prontitud y ánimo; porque el enemigo se destruyese del todo, porque no volviesen á caer en su poder los que le habian negado.

Estas buenas andanzas y pros-

peridades acrecentó Francisco Voso con las buenas nuevas que del exército de Diego Centeno, y con las malas que del de Gonzalo Pizarro significó al presidente, como testigo de vista del uno y del otro, con que echó el colmo al contento que todos tenian. Dióle las cartas de Diego Centeno, y la cédula de su repartimiento de Indios, la qual confirmó luego el presidente: y fue desgraciado Francisco Voso en que el repartimiento no fuese el mejor del Perú, que tambien se lo dieran, en albricias de las buenas nuevas que les llevó; con las quales trataban los capitanes y ministros del exército de que no se juntase mas gente, ni que hubiese exército, sino que se deshiciese, pues bastaba el de Diego Centeno para destruir y acabar á Gonzalo Pizarro. Dexarlos hemos en sus consultas y regocijos, por

contar la batalla cruel de Huarina, que pasó en aquellos mismos dias.

CAPÍTULO XVIII.

Determina Pizarro dar batalla. Envia á Juan de Acosta á dar una arma de noche. Diego Centeno arma su esquadron: Pizarro hace lo mismo.

La ira y el desden combatieron grandemente á Gonzalo Pizarro y á sus capitanes, de ver que tratándose de paces y amistades engañasen á su mensagero para que fuese espia doble contra su propio señor. De lo qual ciegos de enojo, propusieron seguir su camino en demanda de una entrada; y si Diego Centeno se le pusiese delante para atajarles su viage, pelear con él hasta morir ó vencer.

Esta determinacion salió de la

consulta que Pizarro tuvo con sus capitanes y maese de campo sobre la huida de Francisco Voso. Apercibieron sus armas, aunque no habian llevado descuido en ellas. Así caminaron ácia Huarina, y primero echaron fama que iban por otro camino, por divertir á Diego Centeno; y para que lo creyese, enviaron á Francisco de Espinosa para que apercibiese Indios y bastimentos por aquella via: mas Diego Centeno tuvo noticia por via de los Indios del camino de Espinosa, y del viage de Gonzalo Pizarro; porque los Indios andaban muy solícitos en traerle nuevas de todo lo que Pizarro hacia; y esto era por órden y mandado de Don Christóval Paullu Inca, de quien atras hemos hecho larga mencion.

Sabiendo Diego Centeno el camino que Gonzalo Pizarro llevaba, le salió al encuentro por ata-

jarle, y llegaron tan cerca los unos de los otros, que los corredores se hablaron, y se volvieron á los suyos á dar noticia de los contrarios. Diego Centeno que lo supo, mandó apercibir su gente, y que velase toda la noche siguiente en esquadron; porque temió no le diese Francisco de Carvajal alguna trasnochada, semejante á las muchas que en los alcances pasados le habia dado. Pero no se escusó de una arma que Juan de Acosta le dió á media noche con veinte arcabuceros, que puso en tan gran alboroto su real, que dice Agustin de Zarate, lib. 7., cap. 2., que muchos del esquadron acudieron á los toldos, que otros de la gente de Valdivia huyeron dexando las picas, y que Juan de Acosta se volvió sin perder alguno de los suyos, y se entró en su real.

Hasta aquí es de Zarate. Lo que

dice de gente de Valdivia es, que el capitan Pedro de Valdivia tuvo noticia en Chili de las alteraciones que en el Perú habia, vino por la mar á verlas con algunos de los suyos, y llegando á la costa del Perú supo la caida de Gonzalo Pizarro, y que el presidente Gasca estaba en Sausa para ir contra Pizarro, determinó de ir allá á servir á S. M.; y por ir mas á la ligera echó su gente en tierra con orden de que se fuesen á juntar con Diego Centeno; y estos son los que Zarate nombra.

Otro dia siguiente á lo que se ha dicho, caminaron los de Diego Centeno, y los de Gonzalo Pizarro hasta ponerse á vista unos de otros, donde formaron sus esquadrones. Diego Centeno llevaba mil doscientos y doce hombres, segun Francisco Lopez de Gomara, capitulo 182; aunque Zarate dice

que pocos menos de mil; y el Palentino, que mas de novecientos; yo siempre oí decir que eran mil y doscientos, los doscientos y sesenta de caballo, ciento y cincuenta arcabuceros, y casi ochocientos piqueros. Toda la infanteria de piqueros y arcabuceros puso en un esquadron con sus mangas de arcabuceros á los lados, aunque por ser ellos tan pocos eran las mangas flacas.

Iban por capitanes de infantería Juan de Vargas, hermano de Garcilaso de la Vega, mi señor, Francisco de Retamoso, el capitan Negral, el Capitan Pantoja, y Diego Lopez de Zúñiga. Estos cinco capitanes, y sus alfereces á sus lados siniestros iban en la primera fila, delante del esquadron mas de veinte pasos.

Luego se seguian otras once hileras de la gente mas lucida que

habia, que iban por vanguardia del esquadron. En pos de estos iban los avanderados con sus vanderas en las manos: luego se seguia la demas gente por su orden, arcabuceros entre piqueros.

A la mano derecha de su esquadron de infanteria puso Diego Centeno tres compañias de caballos, cuyos capitanes fueron Pedro de los Rios, natural de Córdova, de la muy noble sangre que de este apellido hay en esta ciudad, Antonio de Ulloa, natural de Cáceres, caballero nobilisimo: con ellos iba Diego Alvarez, natural del Almendral, alferez general del estandarte real. Diego Centeno por estar enfermo no entró en el esquadron, ni se halló en la batalla: estaba en unas andas á la mira. En este esquadron iban ciento y sesenta de caballo, con orden de chocar con el esquadron de infanteria de

Gonzalo Pizarro por el lado izquierdo. A la mano izquierda del esquadron de la infanteria formó Diego Centeno otro esquadron de noventa y siete caballos de la gente de Arequepa, y de la gente de la villa de Plata, cuyos capitanes eran Alonso de Mendoza, y Gerónimo de Villegas: con ellos iba el maese de campo Luis de Ribera, y por sargento mayor de este exército un caballero llamado Luis Garcia de San Mamés.

De la otra parte formó su esquadron el maese de campo Francisco de Carvajal, flor de la milicia del Perú, si se empleara en el servicio de su rey, que esto solo le desdoró, y fue causa de que los historiadores escribiesen tanto mal de él: hombre tan experimentado en la guerra, y tan diestro en ella, que sabia á quantos lances habia de dar mate á su contrario, como lo

sabe un gran jugador de ajedrez, que juega con un principiante. Con su experiencia formó su esquadron en un llano muy llano: llevaba quatrocientos hombres antes menos que mas, aunque los historiadores dicen que cerca de quinientos, habiendo dicho poco antes, que quando Gonzalo Pizarro llegó á Arequepa no llevaba mas de doscientos hombres, y que Juan de Acosta no llevó mas de ciento quando se juntó con él.

Lo cierto es que metió en esta batalla cerca de quatrocientos hombres, los ochenta y cinco de caballo, los sesenta piqueros, y los doscientos y cincuenta arcabuceros; pero los autores aumentan la gente de Pizarro, y disminuyen la contraria, por no dar tanta gloria á Francisco de Carvajal, que con tan pocos venciese á tantos; ni tanta ignominia á Diego Cente-

no que fuese vencido de tan pocos: pero no alcanzaron el secreto ni la causa de la victoria del uno, ni del daño del otro, que luego diré-mos.

Formó un esquadron pequeño de sus pocos infantes, en un llano limpio y raso de todo impedimento que estorvase sus arcabuces: iban por capitanes de ellos el capitan Diego Guillen, Juan de la Torre, el mismo Francisco de Carvajal, que tenia una muy lucida compañia de arcabuceros; y Juan de Acosta, aunque era capitan de caballos, aquel dia trocó los suyos por los del capitan bachiller Guevara, que por estar cojo no pudo pelear á pie sino á caballo. Estos quatro eran capitanes de arcabuceros, y Hernando Bachicao era capitan de los sesenta piqueros: formó sus mangas de arcabuceros á un lado y á otro del esquadron.

Por capitanes de caballo iban el mismo Gonzalo Pizarro, armado de una muy buena cota, y sobre ella unas coracinas de terciopelo verde, que yo le conocí, y sobre las armas llevaba una ropilla de terciopelo carmesi acuchillada: iban á sus lados el licenciado Cepeda, que era capitan de caballos, y el bachiller Guevara.

Este esquadron de caballos mandó el maese de campo Francisco de Carvajal que se pusiese al lado derecho de su esquadron de infantería, no por derecho, sino atrás del esquadron mas de cincuenta pasos; porque queria tener desembarazado el sitio de los lados y delantera de su esquadron, para jugar libremente de su arcabuceria, porque en ella tenia la confianza de su victoria.

Iba armado Carvajal como hombre de caballo con cota, coraci-

nas y una celada que llaman borgoñona, con visera calada, barnizada con el barniz negro que solian dar á las guarniciones de las espadas. Sobre las armas llevaba una ropilla de paño verde muy astrosa: iba en un rocin comun de los caballos desechados, parecia un soldado muy pobre: quiso ir desconocido. De esta manera andaba ordenando su esquadron, acudiendo á los lados y á la frente muy amenudo, para ponerlo en orden y mandar lo que conviniese.

Así estuvieron formados ambos esquadrones mas de seiscientos pasos en medio el uno del otro. Los de Diego Centeno imaginaban por tan suya la victoria, que muchos de ellos quando salieron del real para ponerse en esquadron, mandaron á sus Indios de servicio que tuviesen aderezada la comida con doblada racion que la ordinaria; por-

que decian que habian de traer á sus amigos los vencidos á comer con ellos.

Los Indios en contra de esta vana esperanza les decian á sus amos: Señor, mira donde quieres que llevemos este hato, antes que se lo lleven los enemigos; porque aquellos pocos te han de vencer; y decianlo con tanto ahinco y tan certificado, que algunos Españoles, con el enojo de oirselo estuvieron por poner las manos en ellos; y así, renegando con ellos, se fueron á poner en su esquadron. Uno de ellos fue Martin de Arbierto, que yendo hablando con un amigo suyo sobre este mal prodigio, llegó á ellos Gonzalo Silvestre, que le certificó le habian dicho lo mismo sus Indios. Y habiendo dado pocos pasos adelante, vieron venir á Juan Julio de Hojeda, vecino del Cozco, y de los primeros conquista-

dores del Perú, que venia dando voces diciendo: Voto á tal que he estado por matar mis Indios, porque me han dicho que hemos de ser hoy vencidos. Estos perros no sé como lo pueden saber, sino es que como hechiceros hablen con los diablos. A este punto llegó otro vecino del Cozco que se llamaba Fulano Carrera diciendo lo mismo. Por otro cabo venia otro soldado principal con lo propio: de manera que fueron seis ó siete los que traxeron el mal pronóstico de sus Indios, y renegando de ellos se pusieron en el esquadron de caballos, que iba á mano izquierda de su esquadron de infanteria.

CAPÍTULO XIX.

Batalla de Huarina. Ardid de guerra del maese de campo Carvajal. Sucesos particulares de Gonzalo Pizarro, y de otros famosos caballeros.

Los dos esquadrones estuvieron buen espacio de tiempo mirandose el uno al otro sin hacer movimiento alguno. Entonces envió Gonzalo Pizarro un capellan suyo llamado el P. Herrera á requerir á Diego Centeno que le dexase pasar, y no le necesitase á darle batalla; y quando no le concediese esto, le protestase todo el daño y muertes que de ella sucediesen. El capellan fue con un crucifixo en la mano, pero no le dexaron llegar, sospechando que iba á reconocer el orden que Diego Centeno tenia en

su esquadron. El obispo del Cozco, y Diego Centeno, que estaban juntos, enviaron por él; y habiéndole oido, le mandaron prender y llevar á la tienda del obispo.

El esquadron de Diego Centeno, sabiendo los requerimientos del clérigo, teniendo la victoria por suya, quiso ganar honra en ser el primero en acometer al contrario, y así salió de su puesto marchando para el enemigo; y habiendo andado mas de cien pasos hicieron alto. Francisco de Carvajal, que le convenia estarse quedo, y deseaba que llegasen los enemigos á él, por incitarlos á que le acometiesen, envió á Juan de Acosta con treinta arcabuceros á que travase escaramuza con ellos, y que siempre fingiese retraerse, porque los enemigos viniesen en pos de él. De la otra parte salieron otros tantos arcabuceros, y escaramuzaron unos

con otros, aunque sin daño alguno, porque no alcanzaban las pelotas por la mucha distancia que habia en medio.

Francisco de Carvajal, como lo dicen los historiadores, particularmente Agustin de Zarate, lib. 7, cap. 3. por estas palabras, viendo que el campo de Diego Centeno estaba parado, pretendió sacarle de paso: mandó que su gente marchase diez pasos adelante con gran espacio. Lo qual, viéndolos Diego Centeno, hubo algunos de ellos que dixeron que ganaban con ellos honra sus enemigos, y comenzaron todos á marchar: y el campo de Gonzalo Pizarro se paró, y viendo venir los contrarios, el capitan Carvajal mandó disparar algunos pocos arcabuces, para provocar al enemigo que disparase de golpe, como lo hizo; y la infanteria de Centeno comenzó á marchar á paso largo,

caladas las picas, y á disparar segunda vez los arcabuceros sin hacer ningun daño, porque habia trescientos pasos de distancia. Carvajal no permitió que ningun arcabuz suyo disparase hasta que tuvo los contrarios poco mas de cien pasos de sí, que mandó disparar la arcabuceria, y los arcabuceros, que eran muchos y muy diestros, de la primera rociada mataron mas de ciento y cincuenta hombres, y entre ellos dos capitanes; de suerte que se comenzó á abrir el esquadron, y de la segunda vez se desbarató de todo punto, y comenzaron á huir sin orden.

Hasta aquí es de Zarate, escrito en suma el principio, el medio, y casi el fin de aquella batalla; y lo mismo sin discrepar nada en el hecho dicen Gomara y el Palentino. Yo pasaré adelante con lo propio que ellos escriben, y diré

particularidades que en aquella batalla pasaron, que las oí á los del un vando y del otro. La instancia que Carvajal hizo para que sus enemigos le acometiesen estandose él á pie quedo, y la razon que para ello tuvo, fue porque sus arcabuceros, aunque no eran mas de doscientos y cincuenta, tenian consigo mas de seiscientos, y casi setecientos arcabuces: que Carvajal, como tan diestro y prudente en la guerra, prevenia lo que habia menester para sus necesidades mucho antes que le sucediesen, porque, como atrás apuntamos, recogió y guardó con mucho cuidado las armas de los que se le huían, principalmente los arcabuces; y siete ú ocho dias antes de la batalla los mandó aderezar con todo cuidado, y los repartió por sus soldados, que casi todos llevaron á tres arcabuces, y algunos hubo que llevaron

quatro; y porque no podian caminar yendo cargados con tres, quatro arcabuces, ni usar de ellos llevándolos acuestas, hizo los ardides que supo para que el enemigo viniese á él; y no él al enemigo. Y porque se vea la destreza de este hombre, mezclada con gracia y donaire en todo quanto hacia y decia, dirémos en particular dos dichos que dixo aquellos mismos dias.

El uno fue, que dos dias antes de la batalla fue á él un famoso soldado de los suyos y le dixo: Mande vuesa merced darme un poco de plomo para hacer pelotas, que no las tengo para el dia de la batalla. No puedo creer, dixo Carvajal, que un soldado tan principal como vuesa merced esté sin pelotas viendo los enemigos tan cerca. El soldado replicó: cierto, señor que no las tengo. Carvajal respondio: Vuesa merced me ha de

perdonar y dar licencia para que no lo crea; porque para mí es imposible que vuesa merced esté sin ellas. El soldado, viéndose tan apretado dixo: á fé de buen soldado, señor, que no tengo mas de tres. Carvajal dixo: bien decia yo, que siendo vuesa merced quien es no habia de estar sin pelotas. Suplico á vuesa merced, que de esas tres me preste la una que le sobra, para darsela á otro que no tenga ninguna; y con la una de las dos que le quedan mate hoy un páxaro, y el dia de la batalla mate con la otra un hombre, y no tire mas tiro. Dixo esto Francisco de Carvajal, dando á entender, que si cada uno de sus arcabuceros matase un hombre, tendria cierta la victoria. Mas no por eso dexó de proveer muy largamente á aquel soldado y á todos los demas de lo que hubieron menester, de pólvora, pe-

lotas, y otras armas; y con estos donaires trataba con sus mas familiáres, y para sus enemigos tenia otras gracias muy pesadas.

El segundo dicho fue una plática breve que hizo á sus arcabuceros quando vió cerca sus enemigos, persuadiéndoles que tirasen de la cinta abaxo, y no á la cabeza ni á los pechos. Dixoles: Mirad señores que la pelota que pasa por alto, aunque no sea sino dos dedos por cima del enemigo, va perdida, y no es de provecho; y la que va por baxo, aunque dé diez pasos antes del contrario, le ofende no solamente la pelota, pero todo quanto consigo lleva por delante. Demas de esto haceis otra ganancia en herir á vuestro enemigo en los muslos y piernas, porque por maravilla hombre herido de arcabuz en ellas puede tenerse en pie, sino que se cae luego, que

es lo que nos conviene; y el que acierta á herirse en los brazos ó en el cuerpo, si no es la herida mortal, todavia se tiene en pie. Con este documento mandó disparar sus arcabuces quando vió los enemigos á cien pasos, como dice Zarate; y fue tan grande, tan cruel y terrible la rociada de pelotas que les echaron, que en la primera hilera de los capitanes y alfereces, y en las once hileras que antes de las vanderas iban de la gente escogida del exército, no quedaron diez hombres en pie, que todos cayeron muertos ó heridos, que fue una gran lastima. Tambien hicieron daño en el esquadron de caballos, en que iban por capitanes Alonso de Mendoza, y Geronimo de Villegas, que derribaron diez ó doce caballeros, y uno de ellos fue Fulano Carrera, que atrás nombramos. El maese de campo

Luis de Ribera, viendo que si los caballeros iban poco á poco, los matarian todos antes que llegasen á los enemigos, mandó que aquel esquadron de caballos arremetiese y chocase con los caballos de Gonzalo Pizarro. El qual, aunque vió venir sus contrarios, se estuvo quedo, que no salió á ellos; porque tenia orden de su maese de campo que así lo hiciese, porque diese lugar á que sus arcabuces ofendiesen á sus enemigos antes que llegasen á encontrarle. Pero quando vió que los caballos de Diego Centeno habian pasado del derecho de su esquadron de infanteria, salió como treinta pasos á recibirles el encuentro. Los de Diego Centeno, como iban con la pujanza de una carrera larga, llevaron á los de Gonzalo Pizarro de encuentro, los atropellaron como si fueran ovejas, y cayeron caballos

y caballeros, como lo dicen los historiadores, y yo con ellos, sin quedar diez hombres en los caballos. Uno de ellos fue Gonzalo Pizarro, el qual viéndose solo se fue á guarecer á su esquadron de infanteria. Tres caballeros famosos que le conocieron, fueron sobre él para matarle ó rendirle. El uno se llamaba Francisco de Ulloa, el otro Miguel de Vergara, y el otro Gonzalo Silvestre. Este cayó al lado derecho de Gonzalo Pizarro, Miguel de Vergara al lado izquierdo, y Francisco de Ulloa iba al lado de Miguel de Vergara. Los dos que iban mas cerca de Gonzalo Pizarro le iban dando grandes estocadas por los costados; mas como iba bien armado no le ofendieron. El Miguel de Vergara iba dando grandes voces, diciendo: Mio es el traidor de Pizarro, mio es el traidor de Pizarro. De esta manera

iban todos quatro corriendo al esquadron de infanteria. El caballo de Gonzalo Silvestre era el que mas ofendia á Gonzalo Pizarro, porque con la priesa que su dueño le daba, llevaba la barva puesta sobre las caderas del caballo de Gonzalo Pizarro, y no le dexaba correr; y como él lo sintiese, volvió el cuerpo con una hacha de armas de asta corta, que llevaba colgada de la muñeca de la mano derecha, y con ella dió tres golpes al caballo, los dos fueron en los hocicos, que se los cortó hasta los dientes por el un lado, el otro en las ventanas, y el tercero fue encima de la cuenca del ojo derecho, y le rompió el casco, aunque no le quebró el ojo; y esto iba haciendo Gonzalo Pizarro con un desenfado y una desenvoltura como si fuera en un juego de Cañas. Así se lo oí al mismo Gonzalo Silvestre, que

contaba muchas veces este paso de aquella batalla, y sin él á otros muchos de los que se hallaron en ella. De esta manera llegaron todos quatro al esquadron de la infanteria.

CAPÍTULO XX.

Prosigue la cruel batalla de Huanina. Hechos particulares que sucedieron en ella. Victoria por Gonzalo Pizarro.

Los de Pizarro, conociéndole, alzaron las picas para recibirle. A este punto viendo Gonzalo Silvestre que no le habia ofendido con las muchas estocadas que en el costado le habia dado, baxó la mano y dió de punta una herida al caballo en el quadril derecho, mas fue tan pequeña que no fue nada; tanto que despues, ya en sana paz,

hablándose de aquella herida, no osaba el mismo que la dió decir que él la habia dado, porque no dixesen que habia sido tan ruin el brazo como la herida. Los de Gonzalo Pizarro, habiéndole recibido en su esquadron, salieron á matar á los que le seguian, dieron dos picazos en el rostro al caballo de Gonzalo Silvestre, que le hicieron enarbolarse: á este punto le dieron otro picazo que le atravesaron ambos brazos por los molledos. El caballo por huir de sus enemigos revolvió sobre los pies, y con la fuerza del revolver quebró la pica que tenia atravesada en los brazos, y salieron él y su dueño de aquel peligro no con mas daño del que se ha dicho. A Miguel de Vergara le fue peor, porque con el cebo que llevaba de pensar que era suyo el traidor de Pizarro, como él lo decia, se entró con él tres ó quatro

hileras dentro del esquadron, donde lo hicieron pedazos á él y á su caballo.

Francisco de Ulloa no libró mejor, porque al tiempo que revolvia su caballo para huirse, salió del esquadron un arcabucero, que puso la boca del arcabuz en el riñon izquierdo del Ulloa, allí lo disparó, y lo pasó de una parte á otra: á este punto, ó todo junto, sucedió que otro soldado dió una cuchillada al caballo de Francisco de Ulloa, y lo desjarretó de ambas piernas por encima de los corvejones; y era tan bueno el caballo, de color rucio (todas estas particularidades oí, hasta los colores de los caballos) que así como estaba herido salió con su dueño encima mas de cincuenta pasos de donde lo hirieron, y allá fuera cayeron ambos muertos. Este fue el encuentro de los

caballos de Diego Centeno y Gonzalo Pizarro, que fue tan cruel, que otro dia despues de la batalla se contaron ciento y siete caballos muertos en el espacio donde fue el encuentro, que de ciento y ochenta y dos que eran de una parte y otra, quedaron muertos los ciento y siete en poco mas espacio que dos hanegas de tierra, sin los que fueron á caer mas lejos: mi padre fué el que los contó, y por ser el caso tan bravo y cruel, quando la primera vez se habló de él, no lo querian creer los circunstantes, hasta que dixo el que lo contaba, que Garcilaso de la Vega era el que habia contado los caballos muertos, entonces lo creyeron con grande admiracion de caso tan extraño.

Los caballeros de Diego Centeno, viendo encerrado á Gonzalo Pizarro en su esquadron de infanteria, revolvieron sobre los pocos

caballeros que habian quedado suyos, y los mataron casi todos, y cantaron victoria por sí. Uno de los muertos fue el capitan Pedro de Fuentes, que fue teniente de Gonzalo Pizarro en Arequepa: dióle otro caballero con una porra de las que los Indios tenian en su milicia á dos manos un golpe encima de la celada tan bravo, que el pobre Pedro de Fuentes resurtió de la silla mas de media vara de medir en alto, y cayó muerto en el suelo, con la cabeza hecha pedazos dentro en la celada, que el golpe se la abolló toda.

Tambien maltrataron al capitan licenciado Cepeda, que lo tuvieron rendido, y lo hirieron malamente en el rostro, que le dieron una cuchillada que le cruzó toda la cara por medio de las narices. Yo le ví despues en el Cozco con la herida ya sana, pero traia

sobre la señal un parche de tafetan negro de un dedo en ancho, de una parte á otra del rostro. A este tiempo Hernando Bachicao, que era capitan de piqueros de Gonzalo Pizarro, oyendo cantar victoria á los de Centeno, disimuladamente, con la revuelta grande que habia, se pasó á los de Diego Centeno, y hizo testigos de como se pasaba al servicio del rey. El otro esquadron de caballos de Diego Centeno, que estaba á la mano derecha de su esquadron de infanteria, cuyos capitanes eran Pedro de los Rios, y Antonio de Ulloa, arremetió al esquadron de la infanteria de Gonzalo Pizarro para chocar con el por el lado izquierdo, como le fue mandado desde el principio de la batalla; pero los enemigos les enviaron tan buena rociada de pelotas, que mataron al capitan Pedro de los

Rios y á otros muchos ántes que llegasen á ellos: los que quedaron torcieron su viage, y no quisieron cerrar con el esquadron, por verlo tan fortalecido de picas y arcabuces, que como no habia recibido daño de los enemigos, se estaba entero: pasaron por todo el lado izquierdo, y por la retaguardia del esquadron de Gonzalo Pizarro, donde recibieron mucho daño, porque por todas partes estaba aquel esquadroncillo guarnecido de illapas, que, como está dicho, en lengua de Indios significa relámpagos, truenos y rayos, que tales fueron aquellos arcabuces para el nobilísimo y hermoso exército del general Diego Centeno: que cierto iba en él la mayor parte de los caballeros y de los caballos buenos que en aquel tiempo habia en el Perú, y casi todos perecieron en aquella desdichada y cruel batalla. Gonzalo Pi-

zarro quiso salir de su esquadron á pelear con los de á caballo, y hacer lo que pudiese hasta morir. Carvajal que lo entendió le dixo: Estese vuesa señoria quedo que no le conviene hacer eso, déxeme á mi solo, que yo le daré sus enemigos vencidos, huidos y muertos, que ya falta poco. Los caballeros de Diego Centeno se juntaron todos, habiendo pasado los unos por el un lado del esquadron de Gonzalo Pizarro, y los otros por el otro; mas no por eso se libraron, que Carvajal mandó á los de la retaguardia que les tirasen á toda priesa, y asi lo hicieron: mataron muchos de ellos, y les obligaron á que desamparasen el puesto, y huyesen por los campos; y fue tan en breve este reencuentro, que apenas acabaron de cantar la victoria los de Diego Centeno quando la cantaron los de Gonzalo Pi-

zarro. Lo qual viendo Hernando Bachicao, se volvió á su esquadron haciendo muy del victorioso. Uno de los caballeros que iban huyendo, natural de Herrera de Alcántara, cuyo nombre ha borrado de la memoria el olvido, pasó por delante del esquadron de Gonzalo Pizarro, donde acertó á estar Francisco de Carvajal encima de su quartago, como lo habemos dicho, y sin conocerle, no mas de por hacer algo, le tiró una cuchillada yendo corriendo, le dió en la visera de la celada, y como el brazo fuese bueno, y la espada tambien, entró buena pieza por ella, pero no alcanzó á herirle. El golpe y la señal que hizo fué tan notable que se admiraron los que la vieron, y despues de la batalla, ya en sana paz, mostró Carvajal á Gonzalo Pizarro la celada, y le dixo: ¿Qué le parece á vuesa seño-

ria? ¡qúal me parára aquel caballero si yo no tuviera esta defensa! De la infanteria de Diego Centeno murió la tercia parte, como atras se ha dicho: otra tercia parte se desmandó oyendo cantar victoria á los suyos, á ver si podria saquear el real de Gonzalo Pizarro: saquearon mucha parte de él, y fué causa de que con mas facilidad se perdiese aquella batalla; porque olvidado el pelear, se ocupaban en tomar lo que hallaban. Otros pocos infantes que quedaron, que no pasaban de sesenta, llegaron á terciar las picas con los de Gonzalo Pizarro: entónces salió á pelear con ellos Juan de Acosta. Un soldado de Diego Centeno que se decia fulano Guadramiros, que yo conocí, alto de cuerpo, y bien dispuesto, aunque hombre pacífico, que no presumia de la soldadesca sino de la urbanidad, le dió un

picazo en la gola, y cevando la pica en ella, dió con él de espaldas tan gran golpe, que Juan de Acosta al dar en el suelo levantó ambas piernas en alto. A este tiempo llegó un negro, que tambien conocí, que se decia fulano Guadalupe, y le dió una cuchillada en ambas piernas por las pantorrillas, que por ser el negro pequeño y ruinejo, y la espada del negro tan ruin como su amo, no se las cortó ambas; pero todavia le hirió en ellas aunque poco. Los de Pizarro arremetieron con los pocos de Centeno, y los mataron casi todos. A Guadramiros y á Guadalupe guareció Juan de Acosta que no los matasen, poniéndose delante de ellos, dando voces á los suyos, diciendo que aquellos merecian mucha honra y merced. Como he dicho los conocí yo, y despues en el Cozco ví á Guadalupe

por soldado arcabucero en una de las compañías de Gonzalo Pizarro, lleno de plumas y galas, mas ufano que un pavo real, porque todos le hacian honra por su buen ánimo. Perdonénseme estas particularidades que parecen niñerías, pero pasaron así, y por ser yo testigo de vista de ellas las cuento.

CAPÍTULO XXI.

Muertos y heridos que de ambas partes hubo. Otros sucesos particulares. Lo que Carvajal proveyó despues de la batalla.

El lance de Guadramiros fue el postrero de aquella batalla, con que se acabó de reconocer la victoria por parte de Gonzalo Pizarro: murieron de su vando menos de cien hombres, los setenta y tantos fueron los de caballo, que

BIBLIOTECA Granada ANDALUCIA
de los infantes no murieron quince; quedaron heridos, como se ha dicho, el capitan Cepeda, Juan de Acosta, y el capitan Diego Guillen. De parte de Diego Centeno murieron en la batalla mas de trescientos y cincuenta, y entre ellos el maese de campo, todos los capitanes de infanteria, sus alfereces, con la gente mas lucida que en ella iba, Pedro de los Rios, capitan de caballos, y el alferez general Diego Alvarez: todos estos quedaron muertos en el campo. Salieron heridos otros trescientos y cincuenta, de los quales murieron mas de los ciento y cincuenta, por el mal recaudo que habia de cirujanos, medicinas y regalos, y por ser la tierra tan fria, como lo es siempre en aquella region, con ser la Torrida-Zona. Gonzalo Pizarro salió á seguir el alcance con otros siete ú ocho que iban

con él en caballos estropeados: fueron á los toldos de Diego Centeno, mas por mostrar que habian vencido, que no por seguir el alcance, ni ofender á los huidos; que como dice Gomara, cap. 182, quedaron tan deshechos, que no siguieron el alcance los vencedores. A un lado de la batalla, en aquel gran llano, habia una cenegueta larga y angosta de treinta ó quarenta pasos de ancho, y baxa que apenas hundian los caballos los cascos. Antes que llegasen á la cienaga, uno de los de Pizarro dixo á otro de los de Centeno, que iba entre ellos todo cubierto de sangre él y su caballo: Caballero, ese caballo caerá presto, de que pesó mucho al de Centeno, porque deseaba salir de entre sus enemigos, y tenia la esperanza en su caballo, que era muy bueno.

Este era Gonzalo Silvestre, de

quien otras veces hemos hecho mencion, y me contó este paso sin otros de esta batalla: díxome que en aquel paso volvió el rostro á mano izquierda, y que vió á Gonzalo Pizarro y á los suyos que iban en ala poco á poco hácia los toldos de Centeno, y que Gonzalo Pizarro iba santiguándose y diciendo á voz alta: ¡jesus que victoria! ¡jesus que victoria! repitiéndolo muchas veces. Poco antes que entrasen en la cienaga, se llegó á Gonzalo Silvestre un soldado de Pizarro que se decia Gonzalo de los Nidos, á quien el Silvestre en la batalla habia rendido, y porque le pidió misericordia no le habia hecho mal ninguno, sino dexadole ir libre. Conociéndo ahora que Gonzalo Silvestre era de sus contrarios, á grandes voces dixo, muera este traidor, muera este traidor que es de los traidores. El Sil-

vestre volvió á él y le dixo: caballero dexadme por amor de Dios, que segun vamos heridos mi caballo y yo presto morirémos sin que vos nos mateis. No voto á tal, dixo el otro, sino que habeis de morir á mis manos. Gonzalo Silvestre le miró, y reconociendo que era el que habia rendido en la batalla le dixo: cortesia caballero, que poco ha que la usé con vos. Entonces, alzando mas la voz, dixo el Nidos: ¿vos sois el vellaco? voto á tal que por el mismo caso os he de matar, sacaros el corazon, y echarselo á los perros. Gonzalo Silvestre me decia en este paso, que si como aquel soldado le hablaba tan mal le hablara por otro término se le rindiera, por lo que el otro le habia dicho que caeria presto su caballo; pero que de verle tan descortés, tan ingrato y desconocido se habia indignado á no rendirse

si su caballo le ayudase. Las razones dichas pasaron entre ellos mientras pasaban la cienaga, que por el atollar de los caballos no llegaron á las manos. Salidos de ella, Gonzalo Silvestre tentó su caballo con las espuelas para ver como estaba. El caballo dió un brinco para adelante como si no tuviera mal ninguno, y juntamente dió un bufido y una cabezada por alto, y echó sobre su amo mucha sangre de las heridas que en el rostro llevaba. Lo qual visto por Gonzalo Silvestre, hizo que huía corriendo á galope, por sacar al otro de entre los suyos. El Nidos iba tras él dando voces, muera el traidor que huye; quando estuvieron buen trecho apartados de Gonzalo Pizarro, revolvió el Silvestre sobre él, y le dió un cintarazo con un mal verdugo que llevaba, que habia quitado á un negro en la bata-

lla, por haber quebrado en ella dos espadas que llevaba, una ceñida y otra colgada al arzon, que de esta manera entraban los buenos soldados en las batallas en aquellos tiempos con armas dobladas. No hirió al Gonzalo de los Nidos, pero enviólo bien asombrado, que fue huyendo á los suyos pidiendo socorro y diciendo, que me matan, que me matan; porque el cobarde nunca tiene manos sino lengua. Gonzalo Pizarro viendo un hecho tan animoso, envió uno de los suyos, que se decia Alonso de Herrera, á que por buenas palabras y buen comedimiento le traxese aquel soldado, que deseaba hacerle honra por su buen esfuerzo. Alonso de Herrera fue á él, y por mucha priesa que daba á su caballo nunca lo pudo sacar de trote, porque iba tal de heridas, que poco despues se cayó muerto. Iba dando voces

y diciendo: caballero volved acá, volved acá, que voto á tal que os haga mas merced el gobernador mi señor en un dia que el rey en toda su vida. Gonzalo Silvestre aguijó su caballo sin curar de responderle. Este cuento oí á los que iban con Gonzalo Pizarro, y tambien se lo oí á Gonzalo Silvestre, y de relacion de todos ellos lo escribo aquí.

Gonzalo Pizarro, siguiendo el alcance de su victoria, no quiso llegar al real de Diego Centeno, porque sintió que sus soldados lo andaban saqueando á toda furia; volvióse al suyo, que tambien lo habian saqueado los de Centeno quando pensaron tener la victoria por suya, que entonces tomaron muchos caballos, mulas y machos en que pudieron huirse. Francisco de Carvajal siguió por otra parte el alcance, no para matar Españo-

les rendidos con porras que dos negros suyos llevaban, con que dice el Palentino, cap. 80., que mató mas de ciento; que cierto es cosa rigurosa que quiera nadie adular y lisonjear con decir tanto mal de otro, no lo habiendo hecho, pues le basta al lisonjero decir bien del lisonjeado, aunque en él no lo haya. Carvajal no mató á nadie despues de la batalla; contentóse con sola la victoria, que por haberla alcanzado él por su buena maña é industria, como fue notorio, quedó satisfecho por entonces, y tan ufano de su hazaña, que se loaba de haber muerto él solo el dia de la batalla mas de cien hombres, y pudiera decir que á todos los que murieron en ella, pues los mató su buen arte militar. Francisco Lopez de Gomara, cap. 183., glosa este dicho de aquel maese de campo diciendo: Fran-

cisco de Carvajal se alabó haber muerto por su contentamiento el dia de la batalla cien hombres, y entre ellos un fraile de misa: crueldad suya propia, si ya no lo decia por gloria de la victoria, que se atribuía el vencimiento á sí, &c. Hasta aquí es de Gomara.

Francisco de Carvajal, quedando con tanta honra, fama y gloria, dió antes en regalar y cariciar á sus enemigos, que en perseguirlos; porque luego otro dia despues de la batalla, sabiendo que habian quedado heridos algunos hombres principales de Diego Centeno, muy declarados servidores de S. M., y que los suyos mismos por amistad los tenian escondidos en sus toldos curandolos, dió en buscarlos con toda diligencia, y todos entendian que era para matarlos.

Halló ocho de ellos, el uno fue Martin de Arbieto, natural de Viz-

caya, hombre noble y valiente, que atrás hemos hecho mencion de él, y la harémos adelante: el otro fue un caballero natural de Salamanca llamado Juan de San Miguél; el otro fue otro caballero natural de Zafra, que habia por nombre Francisco Maraver. Yo los conocí todos tres, y los otros cinco, de cuyos nombres no me acuerdo. A todos los halló muy mal heridos, y á cada uno habló en particular, y entre otras caricias les dixo, que le pesaba mucho de verlos tan mal tratados, que les suplicaba mirasen por su salud, y le pidiesen lo que para ello hubiesen menester, que les prometia de acudirles como á propios hermanos, y que quando hubiesen cobrado la salud, si quisiesen irse les empeñaba su fe y palabra de darles licencia muy sin pesadumbre, y si quisiesen quedar con él, tendria cuen-

ta con servirles toda su vida.

Sin esto que pasó en particular, mandó echar vando por todo el exército, que todos los soldados de Diego Centenò que hubiesen quedado heridos, pidiesen lo que hubiesen menester de medicinas y dineros, que se les proveeria como á los mismos del gobernador su señor. Hizo esto Francisco de Carvajal por traer los soldados á su devocion: que bien sabia que tenian mas fuerza los beneficios que el castigo y crueldades, las quales usaba con sus enemigos declarados, y con los que él llamaba texedores.

CAPÍTULO XXII.

Gonzalo Pizarro manda enterrar los muertos. Envia ministros á diversas partes. Huida de Diego Centeno. Sucesos particulares de los vencidos.

Luego que Gonzalo Pizarro volvió á su real, halló en él á mi padre, y le pidió el caballo Salinillas, para que curasen el suyo de la pequeña herida que Gonzalo Silvestre le dió, porque lo tenia en mucho, y en el de mi padre dió vuelta al campo, y mandó recoger los muertos y heridos que en él habia, que los mas estaban despojados de los vestidos que tenian: que los Indios haciendo á toda ropa, sin tener respeto á enemigos ni amigos les habian despojado. Los muertos mandó enterrar en aquel llano,

en diez ó doce hoyos que hicieron en el campo. A los capitanes y hombres nobles que de la una parte y de la otra murieron, enterraron en el pueblo llamado Huarina, que estaba cerca de allí, por quien á esta batalla dixeron la de Huarina. Allí los enterraron en una iglesia que los Indios tenian hecha, donde les enseñaban la doctrina christiana quando habia lugar de oirla. Quatro años despues, estando ya aquel imperio en paz, y habiéndose fundado el pueblo de Españoles que llaman la ciudad de la Paz, los llevaron á ella, y los enterraron en la iglesia mayor con mucha solemnidad de misas y sacrificios que duraron muchos dias, á cuyos gastos acudieron todos los caballeros del Perú, porque á todos les tocaban los difuntos, ó por parentesco, ó por amistad. Habiendo cumplido Gonzalo Pizarro con los muertos

y heridos, proveyó luego otro dia ministros que fuesen á diversas partes á lo que les convenia para su empresa. Envió á Dionisio de Bobadilla á la villa de Plata á recoger la que hallase, y la traxese para socorrer su gente. Diego de Carvajal, llamado el galan, fue á la ciudad de Arequepa á lo mismo; y el capitan Juan de la Torre fue al Cozco. Todos tres llevaron cada treinta arcabuceros, y comision para recoger la gente que hallasen, y volver con ella donde Gonzalo Pizarro estuviese.

Diego Centeno, que ha mucho que no hablamos de él, no estuvo para entrar en la batalla por su enfermedad, que, como lo dicen los autores, estaba seis veces sangrado de dolor de costado. Viendo ahora que los suyos iban de caida, se apeó de las andas en que estaba, y subió en un caballo que cerca

de sí tenia; y con el temor de la muerte y amor de la vida, que es natural á todos, se puso en huida sin esperar al obispo; y por desmentir á Carvajal y á sus mañas y ardides, de que tenia larga experiencia, no quiso ir por camino real: que ni fue por el del Cozco ni por el de Arequepa, sino por esos desiertos, solo con un sacerdote que llamaban el Padre Vizcaino, y salió á la ciudad de los Reyes sin que Carvajal ni alguno de los suyos supiese por donde fue, sino que pareció encantamiento. Y aunque en el camino supo que el presidente Gasca estaba en el valle de Sausa, no quiso ir allá: contentóse con escribirle con el Padre Vizcaino, porque le era forzoso llegar á la ciudad de los Reyes para adornarse de lo necesario, conforme á la calidad de su persona, y del ministerio que habia exercita-

do. Así lo dexarémos en los Reyes por volver á Francisco de Carvajal, que fue corriendo el alcance, como dicen los autores, con deseo de toparse con Don Fr. Juan Solano, obispo del Cozco, de quien estaba muy indignado; porque como él decia, habiendo de estarse en su iglesia rogando á Dios por la paz de los christianos, anduviese en el exército de Diego Centeno hecho maese de campo; mas no pudiendo haberle, que no se sabe como le fuera con él, ahorco á un hermano suyo llamado Fulano Ximenez, y á un frayle compañero del obispo, y pasó adelante camino de Arequepa, donde lo dexarémos por decir algo de los que huyeron de la batalla, para que por esto poco que dixeremos se vea lo que en otras partes pasaria de duelos y mala ventura de los que iban huyendo heridos y maltratados, sin

regalo ni médico, ni medicinas, ni aun una choza en que abrigarse aquella noche del excesivo frio que en aquellos desiertos perpetuamente hace: que cierto solo imaginarlo causa horror.

Gonzalo Silvestre, habiendo escapado de los de Gonzalo Pizarro, fue á su toldo; y lo primero que pidió á sus Indios fue el herramental del caballo, que entonces y muchos años despues se usaba caminar los Españoles con aderezo de herrar sus caballos, si por los caminos se les desherrasen: llevaban una talega de cuero con doscientos clavos, quatro herraduras aderezadas, su martillo, tenazas y pujavante; porque como los pueblos de los Españoles esten tan lejos unos de otros, que el mas cercano está sesenta leguas del otro, y los caminos sean tan ásperos, convenia-les andar prevenidos para aquel

menester; ahora me dicen que en cada venta hay recaudo, que los venteros Españoles lo tienen: y de aquel uso antiguo tambien se me pegó á mí algo, que yo sabia herrar y sangrar los caballos de casa de mi padre quando se ofrecia caminar. Pidió Gonzalo Silvestre este recaudo, porque para caminar era el mas necesario: luego pidió una capa de grana, que entonces se usaba mucho vestir la gente noble de grana; con esto se fue dexando sus Indios de servicio muy llorosos y quexosos de que no les hubiese querido creer quando le decian que habian de ser vendidos, para haber puesto en cobro la ropa. El los dexó sin hacer cuenta de nada, y por aquellos campos vió gente sin numero, así Españoles como Indios, que iban huyendo sin saber donde poder escapar, mas de como la ventura los lleva-

ba. Entre los quales á poco mas de un quarto de legua del Real, alcanzó un Español herido que iba sobre un rocinejo de poca cuenta, y entre otras heridas llevaba una encima del riñon derecho: iba caballero echado sobre el pescuezo del rocin, porque no podia ir enhiesto. Una India de su servicio iba con él á pie: llevaba la mano izquierda en la herida de su señor, y en la derecha un palillo con que iba aguijando al rocin, y decia á su amo: Esfuerzate señor á huir de estos traidores, y no temas que yo te dexe hasta verte sano. Gonzalo Silvestre pasó adelante, y alcanzó otros muchos con hartos duelos, que por ser este paso el mas notable lo contamos. A poco mas de tres leguas le anocheció, y él se apartó del camino ó senda que llevaba, y se fue á una hoya grande, donde habia algunas matas y

yerba verde que su caballo pudiese comer, porque no llevaba cosa de comida ni para sí ni para su caballo. Allí se apeó y quitó el freno al caballo, el qual iba tan muerto de hambre, que ni dexaba yerba ni mata que no royese, de que su dueño holgaba muy mucho, y se daba por contento de su ayuno con la cena del caballo. Dentro de dos horas habian llegado donde él estaba mas de veinte Españoles, de ellos heridos, y de ellos bien sanos: con ellos vinieron mas de otros veinte Indios, que les fueron de mucho provecho, porque luego hicieron candela, y partieron con los Españoles de algun maiz que para sí traían. Los heridos no sabian qué hacer para curarse, sino dar gemidos del dolor de las llagas, que hombre hubo entre ellos, que entre él y su caballo tenian veinte y tres heridas, de ellas gran-

des, y de ellas chicas. Proveyóles Dios en esta necesidad, que entre otros Indios vieron venir uno cargado con una petaca, que allá hacen de paja de forma de arca, que podemos llamarle baul. Fueron á él, entendiendo que traía algun regalo de comida ú otra cosa de estima; y quando abrieron la petaca la vieron llena de velas de sebo, que el Indio debió de tomar del saco del Real aquel baul, entendiendo que tenia alguna riqueza dentro, porque en aquellas petacas solian los Españoles traer de camino y en las guerras todo lo que tenian, porque son maneruelas para la carga que un Indio suele llevar. Los Indios de servicio que los Españoles tenian consigo dixeron á sus amos, que se podian curar con aquel sebo, y ellos mismos lo derritieron en dos cascos de hierro que sus amos acertaron á llevar,

y traxeron del estiercol del ganado de aquella tierra, que por aquellos campos habia mucho, y hecho polvo lo mezclaban con el sebo, y así caliente quanto se podia sufrir lo echaban en las heridas, y las llenaban por hondas que estuviesen, y con lo mismo curaron sus caballos, y se consolaron con la merced que Dios les hizo de aquel remedio: que fue tal, que sin mas cura ni otra medicina alguna sanaron los de aquella quadrilla; y así lo contaban despues por gran maravilla del Señor de las misericordias. Pasada la media noche se pusieron en camino, y se dividieron unos de otros, porque el enemigo no los siguiese sabiendo que iba quadrilla de gente.

De allí á quince dias topó Gonzalo Silvestre el Español que iba herido, y á su India con él. Estaba sano y bueno en un poblezuelo

de Indios de quince ó veinte casas, donde la India lo habia llevado por ser de su parentela; y así le curaron todos, y le regalaron como pareció. Estos sucesos pasaron en aquellos desiertos, de que tuve particular relacion. Otros semejantes y mayores, como cada uno puede imaginar, pasarian en otras partes, de que no tuve noticia, y por tanto no las escribo; y con esto me conviene volver al sitio de la batalla, á decir algo sobre lo que los tres autores escriben de Garcilaso de la Vega mi señor, que hizo en aquella batalla.

CAPÍTULO XXIII.

El autor da satisfaccion de lo que ha dicho; y en comprobacion de lo que refiere, alega lo que los historiadores dicen de su padre.

Francisco Lopez de Gomara, capitulo 182, contando la batalla de Huarina, y habiendo dicho los muertos y heridos que hubo, dice: Pizarro corriera peligro, si Garcilaso no le diera un caballo, &c.

Agustin de Zarate, lib. 7, capitulo 3., contando la misma batalla dice: Viendo la gente de caballo el desbarate de la infanteria, arremetieron con sus contrarios, en los quales hicieron mucho daño, y mataron el caballo á Gonzalo Pizarro, y á él derribaron en el suelo sin hacerle otro daño, &c. Diego Fernandez, vecino de Palencia,

lib. 2, cap. 79., hablando de la misma batalla dice lo que se sigue.

Pedro de los Rios, y Antonio de Ulloa dieron por el otro lado en los de caballo, sin dar en la gente de pie como se les habia mandado; y fue de tal manera, que casi derribaron toda la gente de Pizarro, que no quedaron diez en la silla; y como hombres que tenian por cierta la victoria, comenzaron á desbalijar los contrarios, rendirlos y quitarles las armas. Fue en este encuentro derribado Gonzalo Pizarro, y Garcilaso, que habia quedado en la silla, se apeó, le dió su caballo, y le ayudó á subir; y el licenciado Cepeda estuvo rendido. Hernando Bachicao, creyendo estar por Diego Centeno la victoria, se huyó y pasó á la parte de Centeno, &c.

Todo esto dicen aquellos autores de mi padre. Yo he escrito de

aquella batalla lo que realmente pasó; que tomar Gonzalo Pizarro el caballo de mi padre, no fue en el trance de la batalla, sino despues de ella; pero no me espanto que los historiadores tuviesen otra relacion, porque yo me acuerdo que algunos mestizos condiscipulos mios de escuela me decian, que habian oido decir de mi padre lo que Diego Fernandez dice que se apeó, que le dió el caballo y le ayudó á subir. Sobre lo qual para desengañar al vulgo hizo mi padre, despues de la batalla de Sacsahuana, informacion ante la justicia, con fiscal criado, y presentó veinte y dos testigos, todos de los de Diego Centeno, y ninguno de Pizarrro, que dixeron, que quando Gonzalo Pizarro pidió el caballo á mi padre, en media legua á la redonda ya no habia hombre de los de Centeno con quien pelear; y que la he-

rida del caballo de Pizarro era tan pequeña, que no dexara de pelear todo el dia si fuera menester. Tambien oí decir entonces, que le pasó á Gonzalo Pizarro y á su caballo lo que diximos que sucedió al caballo de Francisco de Ulloa, que lo desjarretaron por cima de los corvejones. Lo qual asimismo fue conseja; que aquel caballo de Gonzalo Pizarro murió veinte y dos leguas de donde se dió la batalla, que venia ya sano de la herida, pero flaco y debilitado por la mucha dieta que le habian dado; y aunque el albeitar habia apercibido al caballerizo de Gonzalo Pizarro, que se decia fulano Mescua, natural de Guadalaxara, que yo conocí, que no dexasen hartar el caballo de agua simple, porque se la daban con brevage de harina de maiz, y esa tasada, el caballerizo se descuidó de mandarselo al Indio que

lo llevaba de diestro, enmantado y muy arropado por el mucho frio que en aquella tierra perpetuamente hace, y el Indio, no sabiendo el aviso del albeitar, al pasar de un arroyo dexó al caballo hartarse de agua quanta quiso, de suerte que un quarto de legua de allí se cayó muerto, pasmado; y todo esto se averiguó con la informacion dicha.

De manera que no sin causa escribieron los historiadores lo que dicen, y yo escribo lo que fue, no por abonar á mi padre, ni por esperar mercedes, ni con pretension de pedirlas, sino por decir verdad de lo que pasó: porque de este delito que aplican á Garcilaso mi señor, yo tengo hecha la penitencia sin haber precedido culpa, porque pidiendo yo mercedes á S. M. por los servicios de mi padre, y por la restitucion patrimonial de mi madre, que por haber muerto en bre-

ve tiempo la segunda vida de mi padre quedamos los demas hermanos desamparados; y viéndose en el consejo real de las Indias las probanzas que de lo uno y de lo otro presenté, hallándose convencidos aquellos señores con mis probanzas, el licenciado Lope Garcia de Castro, que despues fue por presidente al Perú, estando en su tribunal me dixo: ¿Qué merced quereis que os haga S. M., habiendo hecho vuestro padre con Gonzalo Pizarro lo que hizo en la batalla de Huarina, y dádole aquella tan gran victoria? Y aunque yo repliqué que habia sido testimonio falso que le habian levantado, me dixo: Tiénenlo escrito los historiadores ¿y quereislo vos negar? Con esto me despidieron de aquellas pretensiones, y cerraron las puertas á otras que despues acá pudiera haber tenido por mis par-

ticulares servicios, que por la misericordia de Dios, y por el favor de los señores y caballeros que he tenido, particularmente por el de Don Alonso Fernandez de Córdova y Figueroa, marques de Priego, señor de la casa de Aguilar, y por el de Don Francisco de Córdova, que Dios tiene en su gloria, hijo segundo del gran Don Martin de Córdova, conde de Alcaudete, señor de Montemayor, capitan general de Oran, he servido á la real magestad con quatro condutas de capitan, las dos del rey Don Felipe II., de gloriosa memoria, y las otras dos del serenísimo príncipe Don Juan de Austria, su hermano, que es en gloria, que me hicieron merced de ellas, mejorándome la una de la otra, como á porfia el uno del otro, no por hazañas que en su servicio hice, sino porque el príncipe reco-

nació en mi un ánimo y prontitud de darle contento con mi servir, de que dió cuenta á su hermano; y con todo esto pudieron los disfavores pasados tanto, que no osé resucitar las pretensiones y esperanzas antiguas, ni las modernas. Tambien lo causó escapar yo de la guerra tan desbalijado y adeudado, que no me fue posible volver á la corte, sino acogerme á los rincones de la soledad y pobreza, donde paso una vida quieta y pacífica como hombre desengañado y despedido de este mundo y de sus mudanzas, sin pretender cosa de él: porque ya no hay para qué, que lo mas de la vida es pasado, y para lo que queda proveerá el Señor del universo, como lo ha hecho hasta aquí. Perdonénseme estas impertinencias, que las he dicho por queja y agravio que mi mala fortuna en este particular me ha he-

cho: y quien ha escrito vidas de tantos, no es mucho que diga algo de la suya.

Volviendo pues á lo que los autores escriben de mi padre, digo que no es razon que yo contradiga á tres testigos tan graves como ellos son, que ni me creerán, ni es justo que nadie lo haga siendo yo parte: yo me satisfago con haber dicho verdad, tomen lo que quisieren, que si no me creyeren, yo paso por ello, dando por verdadero lo que dixeron de mi padre, para honrarme y preciarme de ello, con decir que soy hijo de un hombre tan esforzado, animoso y de tanto valor, que en un rompimiento de batalla, tan rigurosa y cruel como aquella fue, y como los mismos historiadores la cuentan, fuese mi padre de tanto ánimo, esfuerzo y valentia que se apease de su caballo, lo diese á su

amigo, y le ayudase á subir en él; y que juntamente le diese la victoria de una batalla tan importante como aquella, que pocas hazañas ha habido en el mundo semejantes.

Este blason y trofeo tomaré para mi, por ser la honra y fama cosa tan deseada y apetecida de los hombres, que muchas veces se precian de lo que les imputan por infamia: que no faltará quien diga que fue contra el servicio del rey, á lo qu al diré yo, que un hecho tal, en qualquiera parte que se haga, por sí solo sin favor ageno merece honra y fama. Y con tanto volvamos á los que huyeron de ella, que uno de ellos fue el obispo del Cozco, que se apartó de Diego Centeno sin aguardar el uno al otro, y vino á su iglesia catedral, aunque no la vió por la priesa que llevaba. En su compañía ve-

nia Alonso de Hinojosa, Juan Julio de Hojeda, y otras quarenta personas principales, entre vecinos y soldados, que aunque los vi en aquella ciudad, no me acuerdo de sus nombres: los tres ya nombrados conocí. El obispo, como en otra parte dixe, se aposentó con otros catorce ó quince en casa de mi padre, y luego otro dia bien de mañana se juntaron en la plaza menor de aquella ciudad, junto al convento de nuestra señora de las Mercedes, y se fueron á toda diligencia camino de los Reyes, porque el capitan Juan de la Torre iba en seguimiento de ellos, de quien hablarémos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXIV.

Lo que Juan de la Torre hizo en el Cozco, y otros malos ministros en otras partes.

El capitan Juan de la Torre, yendo en seguimiento de los que huyeron de la batalla, llegó á la ciudad del Cozco, donde hizo justicia de Juan Vazquez de Tapia, que habia sido alcalde ordinario por el rey en aquella ciudad: tambien ahorçó á un asesor suyo que llamaban el licenciado Martel. Murieron por inadvertencia propia; porque teniendo á Diego Centeno por victorioso, por la ventaja que tenia á Gonzalo Pizarro, habian hecho muchas demostraciones en servicio del rey contra los tiranos. Y fueron tan mal considerados, que con ver al obispo ir huyendo, se

quedaron en la ciudad, y esperaron á Juan de la Torre, que les castigó su ignorancia; sin lo qual echó vando que perdonaba á todos los soldados de Diego Centeno que quisiesen asentarse en la lista de su compañía. Recogió las armas que pudo: apercibió grande aparato de arcos triunfales, y otras ostentaciones magníficas para recibir á Gonzalo Pizarro en aquella ciudad, donde pretendia ir á gozar de su victoria. Procuró Juan de la Torre para el gasto del exército recoger todo el bastimento que pudiediese, para lo qual envió ministros á diversas partes. Entre ellos fue Pedro de Bustincia, hombre noble, casado con Doña Beatriz Coya, hija legítima de Huayna Capac, á la provincia de Antahuaylla, porque ella y sus comarcanas son abundantes de comida. Enviaron á este caballero á aquel ministerio,

porque entendian que los caciques y sus vasallos, por el respeto y amor de la princesa su muger, le servirian mejor, y acudirian con mas voluntad á darle el bastimento que les pidiese. Pero él fue desgraciado, y en su propia vida mal considerado, pues causó su muerte pudiéndola escusar, como adelante dirémos.

Dionisio de Bobadilla, que fue por órden de Gonzalo Pizarro á la villa de Plata, habiendo recogido la que pudo haber de la hacienda de Gonzalo Pizarro, de la de su hermano Hernando Pizarro, y del tributo de los repartimientos de Indios que estaban confiscados, porque sus dueños andaban en servicio del rey, que era una gran suma de oro y plata, volvió con ella á toda diligencia, y halló á Gonzalo Pizarro en el Cozco, donde fue bien recibido por el socorro

que llevaba para los soldados.

Diego de Carvajal, llamado el galan, que fue á Arequepa con la misma comision que Bobadilla, maltrató en aquella ciudad muchas mugeres, como lo dice el Palentino, cap. 81., porque sus maridos se habian señalado en el servicio de S. M., y en la amistad de Diego Centeno; y dice que las saqueó hasta despojarlas de sus vestidos, y que él, y uno de sus compañeros llamado Antonio de Viezma forzaron dos de ellas, las quales tomaron soliman en venganza de la afrenta que les habian hecho, á imitacion de la buena Lucrecia, que se mató por otro tanto.

Todo lo qual no es gala sino maldad y tirania, y hechos tan abominables que no se hallan nombres que les competan: que el que alcanza renombre de galan lo ha de ser en todo, no solo en galas

y arreos, sino en obras y palabras, tales que fuercen á todos á amarle: mas ellos pagaron poco despues su maldad como lo merecian. No anduvo mejor sino peor, si peor puede ser, un Francisco de Espinosa, que hizo el mismo viage, y pasó á los Charcas. Por los caminos fue robando quanto halló, que, segun aquel autor, fueron mas de sesenta mil ducados: en Arequepa mató dos Españoles, y uno de ellos tenia Indios, y en la villa de la Plata ahorcó un regidor y un alguacil, todos quatro á título de que habian servido al rey: y en el camino, volviéndose al Cozco, quemó vivos siete Indios, con achaque de que habian avisado de su ida á ciertos Españoles que se huyeron.

Todo lo qual hizo sin comision alguna de Gonzalo Pizarro que para ello llevase, ni de su maese de

campo, ni de otro ministro suyo, sino solo por ganar gracias, y hacer ostentaciones, para mostrarse muy aficionado servidor de quien no se lo agradeció, antes quando lo supo lo aborreció: porque Gonzalo Pizarro no gustaba de semejantes crueldades, como no gustó de muchas de las de Francisco de Carvajal. Pero este Francisco de Espinosa lo pagó como los otros dos, segun dirémos en su lugar.

Y para que se pierda el enfado y mal gusto que tantas maldades habrán causado á los oyentes, será bien digamos una obra generosa, porque haya de todo, que un hombre mal infamado hizo en aquellos mismos dias, para que se vea que no fue tan malo como los historiadores le pintan.

CAPÍTULO XXV.

Lo que Francisco de Carvajal hizo en Arequepa, en agradecimiento de los beneficios que en años pasados recibió de Miguel Cornejo.

El maese de campo Francisco de Carvajal se nos ofrece para que digamos de él alguna cosa buena, de quantas otros escriben y dicen que hizo malas. Atras le dexamos que iba camino de Arequepa en seguimiento de los que habia vencido. Los de aquella ciudad, así de los que escaparon de la batalla de Huarina, como de los pocos que en ella vivian, que por todos serian hasta quarenta hombres, sabiendo que Carvajal iba ácia ellos huyeron de la ciudad, y tomaron el camino de los Reyes por la cos-

ta de la mar. Francisco de Carvajal que supo la huida de ellos, luego que entró en la ciudad, sin descansar una hora, envió tras ellos un famoso soldado suyo con otros veinte y cinco arcabuceros, de los que se tenian por discípulos de tal maestro, y él por excelencia llamaba hijos, los quales se dieron tan buena diligencia, que á dos jornadas alcanzaron á los que iban huyendo; y sin que alguno de ellos se les escapase, los volvieron todos á Arequepa. Entre ellos venia un hombre noble, conquistador de los primeros, y vecino de aquella ciudad llamado Miguel Cornejo, el qual en años pasados habia hecho un regalo y beneficio á Francisco de Carvajal luego que entró en el Perú, antes que tuviera Indios ni fama en la tierra, y fue, que caminando Francisco de Carvajal con su muger Doña Catalina Leyton,

una criada y dos criados, que iban á los Charcas, llegaron á Arequepa: y como en aquellos tiempos, ni muchos años despues hubiese mesones de hospederia en todo el Perú; que aun quando yo salí de él, año de mil quinientos y sesenta, no los habia, sino que los caminantes se iban á posar á casa de los vecinos naturales de su tierra, ó de su provincia; que en aquellos tiempos habia tanta generosidad en los señores de vasallos de aquella tierra, que bastaba este título para recibirlos en sus casas, y hacerles todo buen hospedage, no solamente dias y semanas, sino tambien meses y años, dándoles de comer y de vestir hasta que se habilitaban á ganar de comer por sus personas, exercitándose en grangerias como todos hacian. Pues como Francisco de Carvajal no tuviese en aquella ciudad pariente,

amigo ni conocido donde ir á recogerse, se estuvo mucho espacio, que pasó de tres horas, en un rincon de aquella plaza á caballo con toda su familia. Lo qual notado por Miguel Cornejo, que miró en ello yendo á la iglesia, y volviendo segunda vez á la plaza se fue á él y le dixo: ¿Qué hace vuesa merced aquí, que ha mas de tres horas que le ví como ahora está? Carvajal dixo: Señor, como no usan mesones en esta tierra, ni yo tengo pariente ni hombre conocido en esta ciudad, no sé donde irme á posar, y así me estoy aquí. Miguel Cornejo replicó: Teniendo yo casa no hay necesidad de meson para vuesa merced, que mi posada será casa suya, donde le serviremos con todas nuestras fuerzas como lo verá. Diciendo esto los llevó á su casa, les hizo todo buen hospedage, y los tuvo en ella has-

ta que el marques Don Francisco Pizarro dió un repartimiento de Indios á Francisco de Carvajal en aquella ciudad; porque fue uno de los hombres señalados que Don Antonio de Mendoza visorey de México envió en socorro del marques Don Francisco Pizarro, quando lo pidió en la afliccion que estuvo con el levantamiento del príncipe Manco Inca, como en su lugar diximos.

Sabiendo Francisco de Carvajal que entre los que traian presos venia Miguel Cornejo, mandó que se los llevasen todos donde él estaba, y habiéndolos reconocido, se apartó con Miguel Cornejo en un aposento á solas, y se le querelló tiernamente diciendo: Señor Miguel Cornejo ¿por tan ingrato y desconocido me tiene vuesa merced, que habiéndome hecho la merced y beneficios que en años pasados en

esta misma ciudad me hizo, no esperase de mí que se los habia de agradecer, y servir en qualquiera ocasion que me hubiese menester? ¿Tan olvidadizo soy, que no me habia de acordar de que me ví en esa plaza con mi muger y familia sin saber donde ir á posar, y que vuesa merced en aquella necesidad tan grande me llevó á su casa, y me hospedó en ella muchos dias y meses, hasta que el marques D. Francisco Pizarro, de gloriosa memoria, me la dió propia? ¿Tan de poco momento fueron los regalos que vuesa merced nos hizo en su casa, que los habia de olvidar en ningun tiempo? Pues para que vuesa merced sepa quan en la memoria los he traido y traigo siempre, le hago saber, que tuve muy larga y cierta noticia de donde y como se escondió Diego Centeno en el repartimiento de vuesa merced, y la

quebrada y cueva donde estuvo encerrado, y que los Indios de vuesa merced le alimentaban.

Todo lo qual disimulé, y dí á entender que no habia llegado á mi noticia por no dar pena á vuesa merced, y por no enemistarle con el gobernador mi señor, que lo tenia consigo; que bien pudiera yo entonces enviar dos docenas de soldados, que fueran divididos por tres ó quatro partes, y me truxeran á Diego Centeno; y por vuesa merced le hice aquel beneficio con ser tan mi enemigo, y no hice cuenta de él por entonces: porque de un hombre que habia elegido una cueva por guarida, no habia para qué hacer caso, que quando el saliera de ella, como salió, y presumió ser contra el gobernador mi señor, presumia yo de volverlo á encerrar en otra cueva mas estrecha, como últimamente lo hice en

la batalla de Huarina, con el ayuda de Dios, y el de mis señores y amigos. Pues habiendo respetado por vuesa merced á un enemigo tan grande como Diego Centeno ¿quánto mas respetára su persona, y la de sus amigos y conocidos, y á toda esta ciudad por vivir vuesa merced en ella? Cierto no perderé esta queja de vuesa merced mientras viviere; y para que se certifique en lo que he dicho, le doy licencia para que se vaya á su casa, y mire por su salud con toda quietud y contento, y asegure esa ciudad y á todos los que truxo consigo, que por vuesa merced quedan libres y exêntos de todo el castigo y pesadumbre que les pudiera hacer. Con esto despidió Francisco de Carvajal á Miguel Cornejo, y apaciguó la ciudad, que estaba muy temerosa de algun cruel castigo, por lo mucho que en las ocasiones

pasadas sus vecinos y moradores se habian mostrado y señalado en el servicio del rey, y en favor de Diego Centeno. Este cuento de Carvajal y Miguel Cornejo oí en particular, sin la pública voz y fama, á Gonzalo Silvestre, que era el mayor enemigo que Carvajal tuvo, y por el contrario amicisimo de Diego Centeno, y compañero suyo en todas sus adversidades y desdichas, hasta la fin y muerte de Diego Centeno, que adelante diremos. Doy testigo tan fidedigno, porque ni en abono ni en mal suceso de nadie pretendo adular á quien quiera que sea, añadiendo ó quitando de lo que fue y pasó en hecho de verdad.

Francisco de Carvajal, habiendo recogido lo que en Arequepa halló de provecho de armas, caballos y gente, se volvió donde Gonzalo Pizarro estaba, que iba ya

camino del Cozco, que por la mucha dificultad de heridos y enfermos que quedaron de la batalla, no habia podido salir tan presto de Huarina. Y porque es cosa que debe quedar en memoria, es de saber, que los hombres ricos y principales que estaban con Gonzalo Pizarro, viendo los muchos heridos que de los de Diego Centeno quedaron, repartieron entre sí los mas lastimados, y los curaron, llevándolos á sus toldos, y por los caminos. Mi padre tomó á su cargo doce de ellos: murieron los seis en el camino, y los otros escaparon con la vida: dos de ellos conocí yo, el uno se decia Diego de Tapia, un hidalgo muy honrado, y virtuoso, que se mostro muy agradecido de lo que por él se hizo. Quando me vine á España lo dexé en casa de Diego de Silva, mi padrino de confirmacion. El otro se

decia Francisco de la Peña, en quien mostró su complexîon habersele puesto el nombre de Peña por naturaleza de peña y no por apellido; porque entre otras heridas que en la batalla le dieron, sacó tres cuchilladas en la mollera, todas juntas: habia de la primera á la postrera tres dedos de casco, el qual quedó quebrado y malparado, de manera que fue menester quitarselo.

El ministro que hacia oficio de cirujano, aunque no lo era, no teniendo mejor recaudo para quitar el casco, se lo arrancó con unas tenazas de albeitar, y así lo curó; y con ser la cura tan extraña, él se mostró mucho mas feroz y extraño en su complexîon, porque sanó de aquellas heridas, y de las demas sin calentura, ni otro accidente que tuviese, ni dexase de comer de todo quanto á las manos

podia haber. Lo qual se contaba despues por cosa monstruosa, quizá nunca jamas vista ni oida, y le llamaban Francisco Peña, y no de la Peña; y con esto será bien nos volvamos al presidente.

CAPÍTULO XXVI.

Alteracion que el presidente y su exército recibió con la victoria de Gonzalo Pizarro. Nuevas prevenciones que hizo.

Que las prosperidades y buenas andanzas de la vida presente, y sus esperanzas sean breves y caducas, se mostró bien en el valle de Sausa, donde dexamos al presidente y á todo su exército en grandes fiestas y regocijos, con mucho contento y placer por las buenas nuevas que Francisco Voso les llevó, de la pujanza y ventaja que el exército de Diego Centeno hacia

al de Gonzalo Pizarro, en gente, armas y caballos. Por las quales nuevas, el presidente y los de su consejo trataban, no solo de no juntar mas gente, sino deshacer el exército, y despedir los soldados que de tan lejas tierras y provincias habian venido; porque les parecia que era superfluo y demasiado el gasto que con ellos se hacia, pues el enemigo estaria ya vencido, muerto y deshecho.

Estas consultas pasaron tan adelante, que estuvo determinado que el exército se deshiciese, como lo dice el contador Agustin de Zarate, lib. 7, cap. 4, por estas palabras: Y en este tiempo le vinieron nuevas al presidente del desbarato de Diego Centeno; lo qual sintió mucho, aunque en lo público mostraba no tenerlo en nada, con grande ánimo. Y todos los de su campo esperaban lo contrario de lo

que sucedió; tanto que muchas veces habian sido de parecer que el presidente no juntase exército; porque solo el de Diego Centeno bastaba á desbaratar á Gonzalo Pizarro, &c.

Hasta aquí es de Agustin de Zarate. La buena fortuna del presidente y mala de su adversario, causaron que no se publicase la consulta, ni saliese en público el mandato; porque si se executara, fuera muy dificultoso y trabajoso rehacer una máquina tan grande de gente y bastimentos como la que se deshacia. A esta sazon y coyuntura llegó el obispo del Cozco á Sausa con la mala nueva del desbarate y pérdida de Diego Centeno, de que dió larga relacion, como quien la vió por vista de ojos. El presidente y todos los vecinos que tenian Indios lo sintieron gravisimamente, porque la guer-

ra que tenian ya por acabada se les encendia de nuevo con tanta pujanza, valor y reputacion del enemigo, que lo imaginaban y tenian por invencible; y ellos tambien se daban ya por vencidos de él.

A los capitanes y soldados no les dió pena alguna la mala nueva, antes se holgaron con ella; porque el comun caudal de los soldados es la guerra; que quanto mas ella dura, tanto mas honra y premio esperan sacar, principalmente en aquel imperio del Perú, que los capitanes y soldados no pretendian menos galardon que repartimientos de Indios, y ser señores de vasallos. El presidente, por no desanimar los suyos mas de lo que lo estaban, disimuló su pena lo mejor que pudo, y les hizo una breve plática diciendo, que no se admirasen de semejantes sucesos y desgracias, que eran cosas muy

propias de la guerra, sino que diesen muchos loores á Dios; porque él entendia que la divina Magestad habia permitido que Gonzalo Pizarro hubiese aquella victoria para darsela á ellos mayor contra el mismo Pizarro; y que para alcanzar esta merced, todos hiciesen en sus oficios y cargos los que les convenia, acudiendo con cuidado á ordenar y prevenír lo necesario para contrastar un enemigo tal. Dixoles, que á caballeros tan valerosos y tan experimentados en guerras, no tenia él necesidad de exôrtar, sino seguir el exemplo, y tomar el consejo que en caso tan grave le diesen. Que bien satisfecho estaba, que todo iria encaminado al servicio de su rey y señor, el qual les gratificaria conforme á sus grandes servicios, haciéndoles señores de todo aquel imperio.

Acabada la plática ordenó, que el mariscal Alonso de Alvarado fuese á Rimac á recoger la gente que allí habia quedado, y traer la artillería de los navios, ropa de España, dineros, armas, caballos y todo lo que pudiese haber para la guerra. Mandó que con mas diligencia, aunque hasta allí no habia habido descuido, acudiesen los ministros á sus ministerios, á hacer los arcabuces, la pólvora, juntar plomo, y hacer picas, celadas, barbotes y coseletes de cobre, que los hacian los Indios plateros con mucha facilidad. Los ministros de estas cosas acudian con gran prontitud á sus cargos, porque eran hombres escogidos para ellos. Asimismo envió el presidente al capitan Alonso Mercadillo, y en pos de él á Lope Martin, Lusitano, con cincuenta hombres, para que fuesen á Huamanca, y pasasen adelante

hácia el Cozco todo lo que pudiesen, para recoger y amparar los que viniesen huyendo de los de Diego Centeno. Dexarémos al presidente en sus provisiones, por decir de Gonzalo Pizarro, que lo dexamos en el campo de Huarina, donde hubo aquella famosa victoria.

CAPÍTULO XXVII.

El licenciado Cepeda y otros persuaden á Gonzalo Pizarro pida paz y concierto al presidente: su respuesta. Muerte de Hernando Bachicao. Entrada de Gonzalo Pizarro en el Cozco.

Gonzalo Pizarro, habiendo cumplido con los difuntos, como se ha dicho, pretendió ir al Cozco; mas no pudo cumplir el deseo en muchos dias, por el impedimento de los muchos heridos que llevaba.

Pasaron mucho trabajo con ellos él y sus ministros, porque no podian caminar sino á jornadas muy cortas. En aquel camino traxo á la memoria el licenciado Cepeda á Gonzalo Pizarro una promesa que en dias pasados le habia hecho, acerca de tratar de paz y concierto con el presidente Gasca quando se ofreciese sazon y oportunidad y le dixo, que entonces lo era muy acomodada para alcanzar qualquiera buen partido. De este parecer fueron otros muchos con Cepeda; porque el negocio se trató en junta de mucha gente principal, y los mas de ellos deseaban paz y quietud, y le apretaron mucho en ello: tanto que Gonzalo Pizarro se indignó, como lo dice Gomara, capitulo 183, por estas palabras.

En Pucaran hubieron enojo Pizarro y Cepeda sobre tratar del concierto con Gasca, diciendo Ce-

peda ser entonces tiempo, y trayéndole á la memoria que se lo habia prometido en Arequepa. Pizarro, siguiendo el parecer de otros y su fortuna, dixo, que no convenia, porque tratando en ello se lo tendrian á flaqueza, se le irian los que allí tenia, y le faltarian los muchos amigos que con Gasca estaban. Garcilaso de la Vega con algunos fueron del parecer de Cepeda.

Hasta aquí es de Gomara. Gonzalo Pizarro desechó el parecer de Cepeda, que le fuera saludable, y tomó el que despues le dieron sus capitanes Juan de Acosta, Diego Guillen, Hernando Bachicao, y Juan de la Torre, que eran mozos y valientes; y con la victoria tan hazañosa de la batalla de Huarina se tenian por invencibles, y no querian tratar de concierto; porque no se contentaban con menos

que con todo el imperio del Perú. Dos dias despues de esta consulta llegó el maese de campo Francisco de Carvajal de la jornada que hizo á Arequepa, y otros dos dias despues dió garrote al capitan Hernando Bachicao, por haberse pasado en la batalla de Huarina al vando de Diego Centeno: que aunque Carvajal supo aquel mismo dia el hecho, dilató el castigo, por no enturviar una victoria tan hazañosa como la que alcanzó con muerte de un capitan suyo tan antiguo, y tan de su vando como lo fue Hernando Bachicao. Con estos sucesos, y el trabajo que daban los heridos, llegaron al Cozco Gonzalo Pizarro y los suyos.

El capitan Juan de la Torre le tenia hecho un solemne recibimiento, con muchos arcos triunfales puestos por las calles por do habia de pasar, hechos de muchas y di-

versas flores, de varias y lindas colores, que los Indios solian hacer en tiempo de sus reyes Incas. Entró primero la infanteria cada compañia de por sí, las vanderas tendidas, y ellos puestos por su orden de tres en tres cada fila, los capitanes delante de sus soldados. Luego entró la caballeria por la misma orden: mucho despues de alojada la gente de guerra entró Gonzalo Pizarro acompañado solamente de sus criados, y de los vecinos que andaban con él. No quiso entrar con sus soldados, porque no dixesen que triunfaba de sus enemigos. A su entrada repicaron las campanas de la Catedral y de los conventos, aunque entonces habia pocas. Los Indios de la ciudad, por el orden de sus barrios y naciones, estaban en la plaza aclamando á grandes voces, llamándole Inca, y otros renombres de ma-

gestad que á sus reyes naturales solian decir en sus triunfos; porque fue orden del capitan Juan de la Torre que así lo hiciesen, como en tiempo de sus Incas. Hubo música de trompetas y ministriles, que los tuvo Gonzalo Pizarro en extremo buenos. Entró en la iglesia de nuestra señora de las Mercedes á adorar el Santisimo Sacramento, y la imagen de la Virgen su madre, Nuestra Señora. De allí fue á pie hasta su posada, á las casas que fueron de su teniente y maese de campo Alonso de Toro, calle en medio del convento mercenario. Yo entré en la ciudad con ellos, que el dia antes habia salido á recibir á mi padre hasta Quespicancha, tres leguas del Cozco: parte del camino fuí á pie, y parte me llevaron dos Indios acuestas, remudándose á veces. Para la vuelta me dieron un caballo, quien lo

llevase de diestro, y ví todo lo que he dicho: pudiera asimismo decir en quales casas se aposentaron los capitanes cada uno de por sí, que los conocí todos; y me acuerdo de las casas, con haber casi sesenta años que pasó lo que vamos escribiendo, porque la memoria guarda mejor lo que vió en su niñez que lo que pasa en su edad mayor. Luego que Gonzalo Pizarro y los suyos entraron en el Cozco, el maese de campo Francisco de Carvajal entendió en despachar y proveer lo que convenia para llevar la guerra adelante. Procuró rehacer las armas que se gastaron en la batalla de Huarina: hizo mucha pólvora, juntó mucho plomo, aderezó los arcabuces, que traía sobrados, que eran muchos, porque recogió todos los que dexaron en la batalla los de Diego Centeno, así los que murieron como los que hu-

yeron: puso gran diligencia en que se aderezasen con todo cuidado y curiosidad; porque entre todo género de armas ofensivas estimaba los arcabuces, y decia que no en valde se lo habian dado los gentiles á su dios Júpiter por armas que hieren y matan así de lejos como de cerca. Hizo labrar picas, aunque no de fresno, que no lo hay por allá, pero de otras maderas tan buenas y mas fuertes. Hizo traer mucho algodon para hacer mechas: en suma no dexó cosa alguna por menuda que fuese que no previniese para su tiempo y sazon; y él solo andaba en todo ello, que no queria fiar nada de ministros, por temer descuido en ellos: acudia á estos ministerios con tanta solicitud y diligencia que nunca le hallaban ocioso, y parecia que no comia ni dormia.

Andaba siempre en una mula

crecida, de color entre pardo y bermejo: yo no le ví en otra cavalgadara en todo el tiempo que estuvo en el Cozco antes de la batalla de Sacsahuana. Era tan continuo y diligente en solicitar lo que á su exército convenia, que á todas horas del dia y de la noche le topaban sus soldados haciendo su oficio y los agenos; é imaginando que habian de murmurar de su mucha diligencia, al pasar por ellos, con el sombrero en la mano en lugar de beso las manos les decia, lo que hoy pudieres hacer no lo dexes para mañana; y esto traía casi siempre en la boca. Y si le preguntaban quando comia, y quando dormia, respondia: A los que quieren trabajar para todo les sobra tiempo.

Entre estos exercicios, porque no faltase ninguno de los suyos, hizo Francisco de Carvajal una de

las suyas; y fue, que en el Cozco dió garrote á una muger noble de las de Arequepa, que como muger, despues de la batalla de Huarina, hablaba desatinos contra Gonzalo Pizarro, diciendo que se habian de acabar sus tiranias, como las de otros mas poderosos, que habiendo alcanzado mayores victorias que la suya se habian perdido; sobre lo qual daba por exemplo los Griegos y Romanos antiguos; y esto decia en público tan de ordinario, y tan sin temor ni recato, que fue causa que Carvajal la ahorcase de una ventana de su posada despues de haberla dado garrote.

CAPÍTULO XXVIII.

Prision y muerte de Pedro de Bustincia. Capitanes que el presidente eligió. Como salió de Sausa y llegó á Antabuaylla.

En castigo y venganza de la muerte que se ha referido, parece que permitió Dios que en aquellos mismos dias se executase otra semejante en el exército real; porque Francisco de Carvajal no se loase de haber hecho una hazaña tan triste y tan fea como fue matar una muger, de lo qual pesó mucho á Gonzalo Pizarro; y así lo dixo en secreto á sus amigos, aunque no lo dió á entender á su maese de campo. El qual, porque Gonzalo Pizarro no le estorvase el matarla si lo supiese, quitándosela de las manos, como lo habia hecho

con otros, la ahogó dentro en su aposento sin ruido alguno, y despues mandó que la colgasen de la ventana. La muerte que sucedió á esta es la de Pedro de Bustincia; y fue, que andando recogiendo los bastimentos en Antahuaylla y su comarca, como atrás se dixo, supieron los capitanes Alonso Mercadillo y Lope Martin, que iban á lo mismo, que Pedro de Bustincia estaba en Antahuaylla. Acordaron que Lope Martin se adelantase, diese una trasnochada, y prendiese á Bustincia si ser pudiese, que les importaba mucho para saber del estado del enemigo y de sus pretensiones. Lope Martin se dió tan buena maña, que aunque llevaba menos gente que Pedro de Bustincia tenia, con la trasnochada lo prendió, á que ayudó no poco ser de los de Diego Centeno los doce de sus compañeros; los qua-

les, como gente vencida por Gonzalo Pizarro, holgaban de qualquiera pérdida suya; y así no pelearon ni hicieron resistencia alguna. Lope Martin los prendió todos, y mató tres de ellos; el uno, que era de los de Pizarro, por mostrarse mas atrevido que los demas, murió en la pelea, aunque hubo poca. Los otros dos, que eran levantiscos, porque los tuviesen por bravos soldados, sin mirar por su salud, se loaron haber muerto diez hombres en la batalla de Huarina, con que causaron su muerte. Sospechóse que serian de los heridos y rendidos los que mataron, porque ellos no tenian talle de otra hazaña. Los doce soldados que eran de Diego Centeno soltó Lope Martin; los de Pizarro llevó presos, y á Pedro de Bustincia con ellos: iba muy ufano por haber hecho tan buena presa. El presidente la tuvo

en mucho, y se informó de los de Diego Centeno del estado de Gonzalo Pizarro, y de las particularidades que de su exército deseaba saber. Pedro de Bustincia no se contentó con verse preso en poder del presidente, sino que le pareció que en aquella su prision, en medio de sus enemigos, era gran hazaña hablar mucho en loor de la empresa de Gonzalo Pizarro; y tanto habló que causó su muerte, y fue la misma que Carvajal dió á Doña María Calderon, como atrás se dixo, que fue darle garrote, porque no hubiese desigualdad de una parte á otra, ni en la manera de las muertes, ni en la causa de ellas.

El licenciado Pedro de la Gasca, presidente de la M. I., que habia hecho llamamiento de los capitanes y soldados que habia en Quitu, Casamarca, Rimac y otras

partes, habiéndolos recibido todos, y proveido que el mariscal Alonso de Alvarado, como atrás se apuntó, fuese á la ciudad de los Reyes á recoger toda la gente, armas, caballos, dîneros y ropa de España que pudiese haber, que la traxese para socorrer el exército, que juntamente traxese la artillería de los navios; y últimamente, habiendo recogido todo el bastimento que pudo, determinó salir de Sausa en busca de Gonzalo Pizarro; y para que su gente fuese bien ordenada, nombró capitanes y ministros para el buen gobierno del exército, como lo dicen todos los tres historiadores; y en particular lo que dice Agustin de Zarate, lib. 7, cap. 4, es lo que se sigue.

Fue ordenado el campo en esta forma: Pedro Alonso de Hinojosa quedó por general, segun y

de la manera que lo era al tiempo que entregó la armada en Panamá. El mariscal Alonso de Alvarado fue nombrado por maese de campo, el licenciado Benito de Carvajal por alferez general, Pedro de Villavicencio por sargento mayor. Por capitanes de gente de caballo Don Pedro Cabrera, Gomez de Alvarado, Juan de Saavedra, Diego de Mora, Francisco Hernandez, Rodrigo de Salazar, y Alonso de Mendoza. Por capitanes de infantería á Don Baltasar de Castilla, Pablo de Meneses, Hernando Mexia de Guzman, Juan Alonso Palomino, Gomez de Solís, Francisco Mosquera, Don Hernando de Cardenas, el Adelantado Andagoya, Francisco de Olmos, Gomez Darias, los capitanes Porcel, Pardavel, y Serna. Nombró por capitan de la artilleria á Gabriel de Rojas. Tenia consigo al arzobispo

de los Reyes, á los obispos del Cuzco y Quito, al provincial de Santo Domingo, Fr. Tomas de San Martin, al provincial de la orden de la Merced, y á otros muchos religiosos, clérigos y frailes. En la ultima reseña que mandó hacer halló que tenia setecientos arcabuceros, quinientos piqueros, y quatrocientos de caballo, caso que desde entonces hasta que llegó á Xaquixaguava se recogieron hasta llegar á numero de mil novecientos hombres; y así salió el campo de Xauxa á 29 de Diciembre del año de mil quinientos quarenta y siete, caminando en buena orden la via del Cuzco, para tentar por donde habia menos peligro de pasar el rio de Avancay.

Hasta aquí es de Agustin de Zarate. De manera que sin las quatro cabezas principales, que son

el general, el maese de campo, el alferez general, y el sargento mayor, fueron siete los nombrados para capitanes de la caballeria, y trece para los de infanteria, sin el capitan de la artilleria, todos muy nobles y principales, los mas de ellos conocí yo, con los quales salió el presidente de Sausa, y siguió su camino en demanda del enemigo. Llegó á la ciudad de Huamanca: hallóla muy desproveida de bastimento, por lo qual le fue necesario pasar adelante apriesa hasta la provincia Antahuaylla, con intencion de invernar allí; porque, como se ha dicho, ella y todas las de su comarca son abundantes de comida. En aquel lugar paró el presidente con todo su exército á esperar al mariscal Alonso de Alvarado, que le llevaba el socorro, y á otros muchos capitanes y soldados que sabia que iban en deman-

da del exército real, que eran tantos, que, como atras lo ha dicho Agustin de Zarate, llegaban al número de trescientos hombres, de los quales diremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXIX.

Hombres principales, capitanes y soldados que fueron á Antahuaylla á servir á S. M. Regocijos que allí hicieron.

El presidente estuvo alojado en Antahuaylla mas de tres meses. En todo este tiempo recogió mucha gente que de todas partes le acudia; entre ellos fue uno Alonso de Mendoza, que escapó de la batalla de Huarina. Su llegada al exército fue en Sausa, que se nos olvidó de decirlo en su lugar, y así fue uno de los nombrados, co-

mo atras se dixo, para capitan de caballos. Mes y medio despues que el presidente entró en Antahuaylla, llegó el Mariscal Alonso de Alvarado con cien soldados, y la artilleria y parte del socorro de dineros, armas y ropa de castilla que llevaba. Otra parte del mismo socorro que dexó atras, llevó el contador Juan de Cáceres, con que se socorrió la necesidad de los soldados, que era mucha. Asimismo llegó el licenciado Pedro Ramirez, oidor de la audiencia de Nicaragua, con doce de á caballo que iban con él, y dexaban ciento y veinte infantes que en pos de ellos caminaban á pie, y entraron ocho dias despues del oidor. Asimismo llegó el adelantado Belalcazar, con otros veinte de á caballo, que habian caminado mas de quatrocientas leguas. Tambien llegó el capitan Diego Centeno con treinta ca-

balleros de los suyos que escaparon de la de Huarina, y se juntaron con él por los caminos; uno de ellos fue Gonzalo Silvestre, su grande amigo y compañero en sus trabajos. Sin los nombrados fueron otros muchos soldados de menos cuenta, que por todos llegaron á número de trescientos hombres. El presidente holgó mucho con ellos, por ver su exército tan florido y aumentado, y que de tan lejas tierras viniesen á servir á S. M. Particularmente holgó de ver y conocer al capitan Diego Centeno, por su mucha lealtad y buenas partes de ánimo y cuerpo, que era gentil hombre, y de buen rostro.

De los últimos que llegaron al exército fue Pedro de Valdivia, gobernador de Chile, con otros ocho de caballo. En cuyo loor el Palentino, y Agustin de Zarate dicen por unas mismas palabras lo que

se sigue; y las de Zarate, libro 7., cap. 5., son estas.

Habiendo salido el presidente del valle de Xausa, llegó á su campo el capitan Pedro de Valdivia, que, como arriba está dicho, era gobernador en la provincia de Chile, y habia venido de allá por mar para desembarcar en la ciudad de los Reyes, para llevar gente, municion, y ropa con que se acabase de hacer la conquista de aquella tierra. Y como desembarcando supo el estado de los negocios, se aderezó él y los que con él venian, porque traian muy gran abundandancia de dineros, y se fue en rastro del presidente hasta se juntar con él, lo qual se tuvo á buena dicha, porque aunque con el presidente estaba gente y capitanes muy principales y ricos, ninguno habia en la tierra que fuese tan práctico y diestro en las cosas de

la guerra como Valdivia, ni que así se pudiese igualar con la destreza y ardides del capitan Francisco de Carvajal, por cuyo gobierno é industria se habian vencido tantas batallas por Gonzalo Pizarro, especialmente la que dió en Huarina contra Diego Centeno, cuya victoria se atribuyó por todos al conocimiento de la guerra que Francisco de Carvajal tenia; por lo qual todo el campo del presidente estaba atemorizado, y cobraron grande ánimo con la venida de Valdivia.

Hasta aquí es de Agustin de Zarate, el qual, loando á Pedro de Valdivia, loa mucho mas á Francisco de Carvajal; y con mucha razon, porque en la milicia fue eminentísimo sobre todos quantos han pasado al Nuevo Mundo. El historiador Diego Fernandez, vecino de Palencia, habiendo dicho lo que de Pedro de Valdivia se ha refe-

rido, dice lo que se sigue sacado á la letra, lib. 2., cap. 85: Y porque qualquiera discreto curioso lector deseará saber la causa de la venida de Pedro de Valdivia, y que conviene para mejor entendimiento de la narracion de la historia, la quiero aquí poner, que fue de esta manera.

Estando el gobernador Pedro de Valdivia en las provincias de Chile, tuvo nueva como Gonzalo Pizarro estaba alzado contra el servicio de S. M.; y aun quieren decir, y así es, que habia recibido cartas de Gonzalo Pizarro, lo qual disimuló Pedro de Valdivia como si nada supiera. Y pidió prestado oro á las personas que entendió que lo tenian, diciendo que queria este emprestido para enviar á Francisco de Villagra al Perú, para hacer gente, y para acabar de hacer aquella conquista: y aunque lo pro-

curó mucho, ninguno le quiso prestar cosa alguna. Por lo qual Pedro de Valdivia disimuladamente juntó á todos, y dixóles, que pues de su voluntad no le querian prestar el oro que les habia pedido, que se fuesen al Perú todos los que quisiesen, que él les daba licencia para ello, por razon que visto allá que llevaban oro, se acreditase la tierra y viniese gente á ella. Y de esta suerte muchos se dispusieron á venir al Perú, y se fueron á embarcar al puerto de Valparayso, que es diez leguas de la ciudad de Santiago, y con ellos Francisco de Villagra, que era la persona que del Perú habia de volver con gente. Valdivia quedóse en la ciudad de Santiago: y ya que todos fueron partidos, y que entendió que estarian aprestados para hacer su viage, salió de noche secretamente, y llegó á tiempo que todos es-

taban embarcados, y que habian hecho una ramada á la lengua del agua. E allí Pedro de Valdivia hizo guisar muy bien de comer, y enviólos á combidar, que serian hasta veinte personas, los quales vinieron todos: y acabada la comida hablólos, encomendándoles mucho á Francisco de Villagra, que tenia en lugar de hijo, diciendo, que pues él iba con ellos á traer gente para defensa de la tierra, les rogaba que si Villagra tuviese allá necesidad de algun oro se lo prestasen: todos prometieron de hacerlo con gran voluntad. Lo qual hecho, Valdivia salió de la ramada disimulado ácia la mar, donde estaba un barco, en el qual se entró, se fue al navio, y tomó todo el oro que llevaban, que seria mas de ochenta mil castellanos, é hizo asentar lo que á cada uno tomaba. Y metió luego consigo en el navio

á Gerónimo de Alderete, Gaspar de Villarroel, Juan de Cepeda, y al capitan Jofre, Luis de Toledo, Don Antonio Beltran, Diego Garcia de Cáceres, Vicencio de Monte, Diego Oro, y á su secretario, ante quien hizo cierta protestacion de como iba á servir á S. M. contra la rebelion de Pizarro, y dexando en tierra á aquellos que tomó el oro, luego con estos se hizo á la vela, dexando por su teniente general á Francisco de Villagra. Y llegados al Perú, tuvo nueva como el presidente iba camino del Cozco, y viniéronse derechos á Lima, donde se proveyeron de todo lo necesario, y de allí se fueron á Andaguaylas, donde sabian que todo el exército estaba esperando á que aflojasen las lluvias, y entrase la punta del verano, para de allí caminar y dar fin á las cosas de la guerra.

Hasta aquí es de Diego Fernandez Palentino, que escribió esta particular hazaña, semejante á otras que hoy se usan en el mundo, á que los ministros del demonio dan color con la nueva enseñanza que han inventado, llamada razon de estado.

Por la venida de Pedro de Valdivia y de tanta gente noble, de capitanes y soldados, y particularmente por alentar al capitan Diego Centeno y á los suyos, que con la memoria de la pérdida pasada andaban melancólicos, hicieron grandes regocijos y fiestas muy solemnes. Jugaron cañas, corrieron sortija, aunque con falta de lanzas de ristre. Los regocijos hicieron el efecto que dicen de la musica, que alegran á los que estan alegres y entristece á los tristes. El presidente con todo su exército invernó en Antaguaylla; fue muy riguroso el

invierno de muchas aguas, que por el continuo llover se pudrieron los toldos, que por acá llaman tiendas; y por el alojamiento poco y malo que habia para la gente comun, por ser ellos visoños y nuevos en la tierra, enfermaron muchos, empero por la buena provision de un hospital que el presidente habia prevenido, cuyo ministro principal era un religioso trinitario llamado fray Francisco de la Rocha, natural de Badajoz, murieron pocos.

CAPÍTULO XXX.

Sale el exército de Antahuylla. Pasa el rio Amancay. Dificultades que se hallan para pasar el rio de Apurimac. Pretenden hacer quatro puentes. Consejo de Carvajal desechado por Gonzalo Pizarro.

Pasada la furia del invierno, determinó el presidente salir de Antahuaylla, é ir en demanda de Gonzalo Pizarro que estaba en el Cozco. Caminó con su exército hasta el rio de Amancay, que los es-Españoles llaman Avancay, que está veinte leguas de aquella ciudad. Hallaron la puente quemada, que entónces, como hemos dicho, todas las de aquel imperio eran hechas de criznejas de mimbre. Trataron de hacerla, y con facilidad la acabaron, por ser el rio estre-

cho, particularmente por donde eran los estrivos de la puente. Pasado aquel rio, entraron en consulta por donde pasarian el de Apurimac, que era el dificultoso. Desconfiaron de pasarlo por el camino real, porque por allí viene ya el rio muy ancho, que con serlo mas estrecho el sitio donde estan los estrivos, hay del uno al otro mas de doscientos pasos. Hallaron asimismo otro inconveniente mayor; y fue que aquel camino, por tener pocos pueblos de Indios, y esos pobres, era falto de comida: con esto acordaron que pasase el exército por una de tres puentes que hiciesen el rio arriba, que por las sierras tan brabas por donde pasa, viene por allí el rio muy acanalado y estrecho, donde se pueden hacer las puentes con mas facilidad. El un puesto de aquellos se llama Cotapampa, el otro mas arriba Hua-

cachaca, y el último Accha. Para ir á qualquiera de estos tres sitios era el camino muy dificultoso, casi imposible de poderse andar con exército formado, por la mucha aspereza de aquellas sierras, increible á quien no las ha visto; mas con todo eso determinaron pasar por ellas, porque no habia otro camino. Acordaron para divertir al enemigo, que fingiesen hacer puentes en todas quatro partes; porque Gonzalo Pizarro no supiese de cierto por donde habia de pasar el exército; y así mandaron á los Indios que llevasen los materiales á aquellos quatro sitios, como si bastáran quince ó veinte cargas de mimbre para cada puente, siendo necesarias para qualquiera de ellas tres, y quatro mil cargas de mimbre, de rama, y de otra muchedumbre de sogas y maromas, que toda esta máquina y mucha mas

se hace para cada puente, á costa de los pobres Indios. Los sitios de las puentes encomendaron á personas particulares, para que allí hiciesen juntar los materiales, y como lo dice el Palentino, cap. 86: Pedro Alonso Carrasco fue con gente á la del camino real, Lope Martin á Cotapampa, Don Pedro Puertocarrero y Tomás Vazquez á Accha, Antonio de Quiñones, y Juan Julio de Hojeda á Guacachaca. A todos estos caballeros conocí, que eran vecinos del Cozco, y los quatro de ellos de los primeros conquistadores; y aunque proveyeron estas cosas, determinaron que el pasar el rio fuese por Cotapampa, porque por allí habia menos inconvenientes que por las otras partes; y que esto se guardase con mucho secreto porque el enemigo no lo supiese. Aquellos personages fueron á sus puestos, y pusie-

son por obra lo que se les ordenó, y el presidente caminó con su exército con increible trabajo, por la aspereza de la sierra, y por la mucha nieve que aquellas sierras tienen, que segun los autores, muchos Españoles perdieron con ella la vista. Ya en otra parte hemos dicho que no la pierden para siempre, sino que es un accidente como mal de ojos, que dura tres, quatro dias. Dexarlos hemos en su camino y en sus diligencias, por decir algo de las que Francisco de Carvajal en estos mismos dias maquinaba y trazaba para el sustento y aumento del estado de Gonzalo Pizarro.

Luego que el presidente salió de Antahuaylla con el exército para ir al Cozco, lo supo Gonzalo Pizarro, que por horas sabia donde llegaba y lo que hacia; porque en tiempo de guerra no hay que fiar

secreto de los Indios en comun, porque hacen oficio de espia doble, que como no saben qual parte ha de vencer, quieren agradarlas ambas, dándoles cuenta y aviso de lo que en la una y en la otra pasa: porque despues la parte victoriosa no les haga mal, por no haberlo hecho; y esto creo que lo hemos dicho ya en otra parte, y lo repetimos aquí por el mucho encarecimiento que uno de los historiadores hace del secreto que el presidente en este paso encomendaba á Indios y Españoles. Gonzalo Pizarro, aunque supo que el presidente iba á buscarle, no hizo diligencia alguna para cortarle los caminos, ni defenderle los pasos dificultosos, habiéndolos tantos y tan asperos, sino que se estaba quedo descuidado de todo, cuidando solamente de dar batalla al de la Gasca, en la qual fiaba por las

muchas victorias que él y los suyos en el discurso de aquella guerra habian alcanzado. Por otra parte Francisco de Carvajal, su maese de campo, que de dia y de noche velaba y estudiaba en su milicia, como Gonzalo Pizarro quedase por señor de aquel imperio, ya que habian pasado cosas tan grandes en aquella pretension, viendo al presente que no tenia cuidado de cosa alguna sino de la batalla venidera, se fue á él, y pidiéndole atencion y consideracion á lo que queria proponer, le dixo: Señor, mirando los sucesos pasados y los presentes en el estado en que estan, y el riesgo y peligro que en las batallas hay de ganar ó perder, me parece que vuesa señoría no la diese, sino que procurase dilatar y entretener la guerra hasta ver claramente asegurado su partido. Para lo qual haré ahora el

discurso que podrá haber en el un exército y en el otro, para que no se me niegue quan en servicio de vuesa señoria es lo que le dixere, y quanto asegura su pretension, y lo que todos deseamos.

A vuesa señoria le conviene para alcanzar victoria de sus enemigos salir de esta ciudad, dexándola despoblada, quebrados los molinos, alzada la comida, desterrados los moradores de ella, alzadas las mercadurias, y quemado todo lo que no pudiere llevar consigo; de manera, que no quede cosa alguna de provecho para sus contrarios. Dos mil hombres son los que vienen contra vuesa señoria, los mil de ellos son marineros, grumetes, y otra gente tal que todos vienen desnudos, descalzos y muertos de hambre. Traen su esperanza puesta en llegar á esta ciudad, para remediar su hambre

y desnudez; y hallándola tal como he dicho, desmayaran del todo; y el presidente no los pudiendo sustentar, los despedirá por fuerza como á gente inutil.

Vuesa señoria tambien despedirá á los de Diego Centeno, que como gente vencida nunca le han de ser buenos amigos. Puede llevar consigo mas de quinientos hombres, que despues de la batalla de Huarina se han venido muchos soldados á nuestro exército por gozar de las victorias de vuesa señoria: será toda gente escogida, que ninguno de ellos le faltará ni le negará en qualquiera ocasion que se ofrezca. Echará á una mano y á otra del camino dos mangas de á cincuenta arcabuceros cada una, que vayan veinte y treinta leguas apartados de vuestro exército, recogiendo quanto ganado toparen, y quanto bastimento hallaren, y lo

que no pudieren llevar lo dexarán quemado y destruido, de manera que no sea de provecho para sus enemigos. La gente de vuesa señoría irá comiendo cabritos, terneras, corderos del ganado de la tierra, y todos los demas regalos que hay en las provincias que tenemos por delante. Sus enemigos no pueden seguirle con el exército que ahora traen de dos mil hombres, por el mucho estorvo que causan, y por ser la mitad de ellos gente inútil; y los otros mil con que le pueden seguir irán muertos de hambre, por no hallar comida por los caminos, y la que les pueden traer será de cien leguas, y mas lejos, porque tambien ellos dexaron consumidos los bastimentos de las provincias donde estuvieron, y por donde pasaron, y cada dia se han de alejar mas de ellas.

No pueden seguir á vuesa se-

ñoría con mil hombres juntos, por el estorvo de tanta gente. Si quisieren alcanzarle han de dividirse en dos partes, á qualquiera de ellas que vuesa señoria quiera acometer le tiene ventaja; y quando no quiera pelear con ellos, puede andarse holgando de provincia en provincia, entreteniendo la guerra, haciéndola muy galana hasta cansar á sus enemigos, y forzarles á que se rindan ó le ofrezcan buenos y aventajados partidos.

Gonzalo Pizarro desechó este consejo tan saludable, diciendo que era cobardia retirarse del enemigo, no conociéndole ventaja señalada; que era deslustrar y desdorar las victorias pasadas, y aniquilar la honra y fama que por ellas se habia ganado. Carvajal respondió: No es perder honra sino aumentar la que se ha adquirido, que los grandes capitanes, diestros en la guer-

ra, deben entretenella con arte y maña militar, hasta menoscabar y quebrantar al enemigo, sin ponerse á riego de batalla, en la qual no hay certidumbre alguna de victoria; como se podrá ver por muchas que en el mundo se han dado: particularmente nos lo muestra la batalla de Huarina que vuesa señoría venció tan en contra de la esperanza de sus enemigos, pues habian mandado á sus criados que doblasen la racion de aquel dia para los que pensaban llevar rendidos de los nuestros. Mire vuesa señoría que aquella victoria mas se ganó por merced particular que Dios le hizo, que no por fuerzas ni industria humana; y no es lícito tentar á Dios que haga semejantes milagros á cada paso. Gonzalo Pizarro dixo que todavia se le hacia de mal volver las espaldas á sus enemigos, que queria esperar y probar su buena

ventura: que la que le habia dado tantas victorias, sin consentir jamas que fuese vencido, no le negaria la última. Con esto acabaron su plática, con mucho sentimiento de Francisco de Carvajal de que no aceptase tan buen consejo. El Palentino, cap. 88, refiriendo parte de este coloquio dice, que entre otras cosas le dixo Carvajal: Haga vuesa señoría lo que digo, y á estos de Diego Centeno demosles sendas lanzas de Centeno, y vayanse, porque estos son rendidos, y nunca serán buenos amigos, y sin ellos nos estará bien el retraernos.

Todas son palabras de Diego Fernandez, y ellas muestran bien haberlas dicho Francisco de Carvajal, que para todos propositos las tenia tales aquel varon nunca jamas bien conocido ni de los suyos ni de los agenos. La causa por-

que Gonzalo Pizarro no creyó ni tomó este consejo tan bueno de Francisco de Carvajal, ni otros semejantes, como adelante verémos, fue porque este maese de campo perdió el crédito con su general el dia que en la ciudad de los Reyes, como atrás se dixo, entraron en consulta Gonzalo Pizarro y sus capitanes sobre si recibirian ó no al presidente Gasca; y Carvajal dixo entonces, que eran muy buenas bulas aquellas, que le parecia que las tomasen y gozasen de ellas hasta ver por entero los poderes que el presidente llevaba. Por estas palabras se apoderó de Gonzalo Pizarro la sospecha, y le hizo creer que Carvajal hacia á dos manos, y tenia dos caras; porque aquel parecer era contra todo el gusto y pretension de Gonzalo Pizarro, que no queria que nadie le aconsejase que hubiese otro gobernador donde

él pensaba que lo era, y se tenia por tal. Y como sea cosa natural aborrecer la compañia en el mandar y reynar, bastó una imaginacion tan sin fundamento para que Carvajal perdiese su crédito, y se imaginase de él cosa tan agena de su condicion y obras. Y fue de tal manera, que ni las maravillas que en su servicio despues hizo, ni la victoria de la batalla de Huarina, fueron parte para restituirle en el lugar que antes tenia. Fue tan cruel esta sospecha, que tambien dañó al mismo Pizarro, que por no creer á Carvajal, ni tomar sus consejos, se perdió mas aina: que si los admitiera, pudiera ser, como lo decian los que sabian estos secretos, que tuviera mejor suceso.

CAPÍTULO XXXI.

Lope Martin echa las tres criznejas de las puentes. Las espias de Gonzalo Pizarro cortan las dos. Alboroto que causó en el exército real. Carvajal da un aviso á Juan de Acosta para defender el paso del rio.

Los caballeros nombrados para hacer las puentes fueron á sus puestos, y recogieron los materiales necesarios. Lope Martin, Lusitano, que le cupo la suerte de Cotapampa, habiendo hecho las criznejas necesarias, sabiendo que el exército estaba una jornada de allí, echó las tres criznejas que sirven de suelo, aunque tenia orden que no echase ninguna hasta que llegase el presidente.

Mas él por mostrar su buena

diligencia se anticipó un dia; de lo qual se causó mucha pesadumbre á todo el exército, y en particular al presidente y á sus ministros principales; porque las espías de Gonzalo Pizarro que andaban por aquel rio mirando lo que en él se hacia, viendo echadas las criznejas, y el poco cuidado que habia en guardarlas, se atrevieron la noche siguiente tres Españoles y ocho Indios de los domésticos, que llaman Yanacuna, á cortar las criznejas, y se pusieron á ello con machetes que llevaban para lo que se les ofreciese, y con fuego que les ayudase á cumplir su deseo. Cortaron las dos de ellas antes que llegara el socorro de la otra vanda. Con esto se fueron las espías al Cozco á dar cuenta á Gonzalo Pizarro de lo que pasaba, y ellos habian hecho, que fue mucho mas de lo que de ellos se esperaba. En

este paso, cap. 87, dice el Palentino lo que se sigue, sacado á la letra.

Yendo caminando el presidente, llegó Fr. Martin, lego de la orden de Santo Domingo, y dixole como el dia antes Lope Martin habia echado tres criznejas, y que la noche pasada habian llegado tres soldados de Pizarro con Indios, echado fuego y quemado las dos, y que luego habian huido. Recibió grandisima pena el presidente de esto, así porque se habia perdido autoridad de haber tenido tan poco tiento y prudencia en echar criznejas tan antes de tiempo, como de haber habido tanto descuido en guardarlas. Lo que mayor pena le dió fue creer que ya tenian aviso los contrarios: y que en tanto que el campo llegaba á la puente, y se ponia en estado de pasar por ella tenian tiempo los enemigos de ve-

nir á estorvar que se hiciese, ó á lo menos que pasasen. Y que de esta manera, ó pasarian á gran riesgo, ó serian forzados ir á pasar por Accha; de que se resultaria grandes inconvenientes y mucho trabajo, y se perderia ánimo y reputacion de su parte, y lo ganarian sus contrarios. Y que tambien podrian tener noticia del camino que habian de llevar, y les podrian estorvar el camino por Accha. Consideradas pues estas cosas, parecia que el remedio de todo estaba en la brevedad; y así acordó que tras Valdivia y el capitan Palomino, partiese luego el general con las compañias de Pablo de Meneses, y Hernan Mexia, que eran de arcabuceros, y que procurasen si fuese posible llegar á la puente aquella noche, así para procurar pasar en balsas de la otra parte, para defender que no se

quemase la crizneja que quedaba, como tambien para ayudar á extender las criznejas y hacer la puente. Y que asimismo fuese Gabriel de Roxas con la artilleria, para que con los Indios de ella y su industria ayudase á las cosas de la puente. Y dió orden que otras compañias fuesen siguiendo al general, y disimulando el presidente, que salia platicando cosas con el general, se fue con él; y echándole luego menos los obispos y otras muchas personas, se partieron tras él, quedando el mariscal con el campo, &c.

Hasta aquí es del Palentino. Dexarémos al presidente y á sus capitanes en el camino, y en las diligencias que hacian para reparar la puente, por decir lo que en aquellos mismos dias y horas Gonzalo Pizarro y los suyos hacian, y lo que su maese de campo Fran-

cisco de Carvajal maquinaba y trazaba en su imaginacion para los casos que, segun su milicia, entendia que habian de suceder, para tenerlos prevenidos. Es así que luego que las espías de Gonzalo Pizarro le dieron cuenta de lo que en el rio Apurimac pasaba, mandó llamar á consejo á su maese de campo y capitanes, y les dió cuenta de lo que las espías decian, pidiéndoles parecer de lo que en aquel caso harian contra el enemigo, y á quien enviarian que defendiese el paso del rio, é hiciese lo demas, segun que las ocasiones y lances de la guerra se le ofreciesen. Francisco de Carvajal habló primero que otro alguno y dixo: Señor, esta jornada es mia, y no hay para qué tratar de quien haya de ir, porque de derecho es mia. Gonzalo Pizarro dixo: Mira, padre, que os he menester cerca

de mí para lo que adelante se ofreciere : tenemos capitanes mozos y valientes, que qualquiera de ellos podrá hacer esta jornada. Carvajal replicó diciendo : Señor, esta empresa es mia, suplico á vuesa señoría no me la quite, que mi buena fortuna me la ha ofrecido para honrarme con ella en los postreros dias de mi vida, y para dar fin á nuestra pretension, con la ruina y destruccion de nuestros enemigos : que yo prometo á vuesa señoría, á fe de buen soldado, que si me concede esta peticion de traerle dentro de quatro dias la corona de este imperio, y ponersela en la cabeza; y pues vuesa señoría tiene larga experiencia del grande ánimo y deseo que tengo de verlo levantado en esta magestad, de lo qual mis pequeños servicios le han dado largo testimonio, le suplico muchas y muchas veces no

me niegue esta merced, pues la pido para grandeza de vuesa señoría, y gloria mia y de todos los vuestros.

Gonzalo Pizarro volvió á decir lo mismo que habia dicho, y que muy conocida tenia su voluntad, y muy en la memoria sus hazañas, y que mediante ellas tenia el puesto en que estaba; pero que no queria verlo alejado de sí, por tenerle en lugar de tan buen padre; y con esto mandó que se votase sobre quien iria aquella jornada. De comun parecer fue elegido el capitan Juan de Acosta, porque sintieron que Gonzalo Pizarro gustaria de ello, que ya otras veces, como la historia lo dice, lo habia enviado á semejantes empresas, y lo tenia elegido para las mayores y de mas importancia que se ofreciesen, porque lo tenia por valiente, y lo era cierto; pero al capi-

tan y caudillo le conviene con la valentia ser diestro, prudente y sabio en la guerra, de lo qual faltaba á este capitan lo que le sobraba á su maese de campo. Los consejeros de los poderosos por la mayor parte son aduladores, que dan el consejo conforme al gusto y voluntad que el principe tiene, y no conforme á su necesidad.

El maese de campo Francisco de Carvajal, viendo la eleccion de Juan de Acosta, se volvió á él y le dixo: Señor capitan, vuesa merced es tan dichoso como yo desdichado, pues me quitan la gloria, honra y fama que habia de ganar en esta jornada, y se la dan á vuesa merced; y pues que así lo manda mi fortuna, quiero decirle lo que yo habia de hacer, para que vuelva con victoria, y traiga la corona de este imperio que prometí al gobernador mi señor. Vue-

sa merced sale de esta ciudad á las nueve del dia: la puente está nueve leguas de aquí: hanse de andar poco mas de las siete, caminando á paso moderado, ni largo ni corto: llega á las dos de la tarde á tal parte, que son quatro leguas de aquí, donde puede parar una hora á merendar y dar de comer á las cavalgaduras. De allí sale á las tres de la tarde, y yendo á paso corto, porque le conviene llegar tarde, llegará á las nueve de la noche á lo alto de la cuesta, que está de esta parte del rio. Poco mas abaxo de la cumbre, legua y media de la puente, pegada al camino, está una hermosa fuente de muy linda agua. Llegando allí pare vuesa merced, y cene toda su gente, y mande que le hagan una cama de quatro colchones con sábanas de holanda, acuéstese en ella, y ponga al derredor de sí me-

dia docena de arcabuces cargados y sin pelotas, que no las ha de haber menester. El presidente y los suyos con toda la diligencia que hicieren no pueden llegar á la puente hasta tal hora del dia; y aunque todos los diablos del infierno salgan á ayudarles á hacer la puente, no pueden echar la primera crizneja hasta tal hora de la tarde, y la segunda echaran ya de noche.

Empezarán á pasar á las nueve de la noche: subirán la cuesta arriba sin orden ni concierto, porque no temen que haya enemigos cerca; porque no se han de persuadir que hayamos hecho la diligencia que hemos dicho.

Llegarán los delanteros cerca de la cama de vuesa merced á las doce de la noche muertos de sed, con ansia de llegar á beber de la fuente. A aquella hora mandará vuesa merced disparar los arca-

buces que tuviere al rededor de su cama: hecho esto, sin hacer otra cosa mas, ni ver enemigo alguno, se vuelva á esta ciudad, y pondrémos la corona al gobernador mi señor. Este fue el orden y aviso que el maese de campo Francisco de Carvajal, como hombre tan práctico y experimentado en la guerra, dió al capitan Juan de Acosta, el qual lo hizo tan en contra, que se perdió la corona y la vida de todos ellos, como adelante se verá.

Ordenaron que llevase doscientos soldados, los mas escogidos que tenia, y fuesen á caballo, y treinta lanzas con ellos sin impedimento alguno, mas de la comida necesaria para la gente y las cavalgaduras: que aunque dixo Carvajal, que hiciese cama de quatro colchones con sábanas de holanda, y los arcabuces sin pelotas, fue por

facilitar la jornada; por dar á entender que sin tomar trabajo extraordinario, y sin matar enemigos, solo con darles una arma verdadera, los habia de desbaratar y vencer. Y decir que aunque todos los diablos del infierno saliesen ayudarles, fue por encarecer la diligencia y solicitud que sus contrarios podian tener en hacer la puente, que estas maneras de hablar tenia en todas ocasionos aquel bravo soldado y gran capitan.

CAPÍTULO XXXII.

El presidente llega al rio Apurimac. Dificultades y peligros con que lo pasaron. Juan de Acosta sale á defender el paso. Negligencia y descuido que tuvo en toda su jornada.

Por mucha priesa que el presidente y sus capitanes se dieron en su camino, no pudieron llegar aquel dia á la puente, pararon dos leguas de ella donde les anocheció: mas luego que salió la luna volvieron á su camino, y mucha parte de él caminaron á pie por la aspereza de la tierra. Llegaron á la puente á las ocho del dia, y con toda la diligencia que hicieron no pudieron echar la primera crizneja hasta las doce, y la segunda echaron á las siete de la

tarde: luego dieron en hacer el suelo de la puente con mucha rama, y sobre ella madera menuda texida una con otra, como un zarzo de cañas; y á las diez de la noche empezaron á pasar los primeros, y tambien pasaron unos pocos de soldados en una balsa que hicieron de la madera que llaman maguey, que es muy liviana, á semejanza de la caña-heja que por acá se cria, aunque aquella es cogida para balsas: es mas gruesa que la pierna de un hombre. Pasan la balsa con sendas sogas largas asidas de ella, tirando á una parte y á otra del rio. Los caballos pasaron á nado con grandisimo trabajo y peligro de ahogarse, porque por aquel parage no tiene el rio entrada llana para que las bestias entren á él; y por tanto apretaron los caballos malamente, y les forzaron á que se echasen al rio

como despeñados. El rio con su mucha furia los arrebataba y daba con ellos en otras peñas, donde hacia codo y daba vuelta. En esta tormenta se ahogaron, como lo dice Agustin de Zarate, lib. 7, capitulo 5, mas de sesenta caballos, y otros muchos salieron estropeados; y aunque en aquel sitio no podian pelear á caballo por la aspereza de él, hicieron aquella cruel diligencia de pasarlos, recelando y temiendo no viniese el enemigo antes que todos hubiesen pasado el rio; que cierto tenian mucha razon de temerlo, porque el paso es peligrosisimo para haberlo de pasar en tiempo de guerra, y los enemigos cerca; porque para defenderlo y ganar honra en él, como Francisco de Carvajal la pretendia y se la aseguraba, es muy favorable al defensor del paso; y muy contrario al que lo ha de pa-

sar, por las dificultades que el rio y todo aquel sitio tiene, y las cuestas tan largas y ásperas que á una vanda y á otra estan, que son de dos leguas de subida y baxada, casi perpendicular, que yo las he visto. Y no en valde se quexó Carvajal quando pidió esta jornada, y se la negaron: que entre otras palabras dixo, que su buena fortuna se la habia ofrecido para honrarle con ella en los postreros dias de su vida, y para dar fin á su pretension, con la ruina y destruccion de sus enemigos. Que Carvajal, como tan experimentado en la guerra, y que habia visto todos los pasos por donde el enemigo podia entrarle, se prometia con certidumbre la victoria en qualquiera de los pasos, principalmente en el de Cotapampa, por ser mas áspero y dificultoso que los otros.

Con las diligencias y trabajos referidos pasó la mitad del exército hasta la media noche. Y los primeros, puestos por su orden como mejor pudieron, subieron la cuesta arriba con deseo de llegar á lo alto de ella, antes que los enemigos lo tomasen, que era lo que mas temian; y ganado aquel puesto, facilitaban y aun aseguraban la subida de todo el exército. Yendo los primeros á media cuesta se tocó una arma falsa, que no se supo quien la dió: causó tanto escándalo, turbacion y alboroto, que aun los que no habian pasado el rio, muchos de ellos á pie y á caballo huyeron sin ver de quien, como si los fueran alanceando; y de tal manera se alteraron todos, que los capitanes Porcel, Pardave, el capitan de la artilleria Gabriel de Roxas, y otros muchos soldados de cuenta, que eran de reta-

guardia, y estaban en el cuerpo de guardia de la otra parte del rio, viendo huir los que huían tan desatinadamente, dixeron todos á una: si esta arma es verdadera, todos somos perdidos esta noche. Quiso la fortuna que como era falsa se aplacó en breve; los huidos volvieron á su lugar, y todos se dieron mas priesa á seguir su camino. Los delanteros, que subian la cuesta, tambien se alborotaron y huyeron con el arma; pero asegurаronse presto, sabiendo que era falsa, y caminando apriesa llegaron antes que amaneciese á la fuente donde los habia de esperar Juan de Acosta si guardara el orden de Francisco de Carvajal: que segun el parecer de aquel varon, consistia la victoria de aquella jornada en aquel paso. Los que llegaron pasaron adelante, habiendo bebido con gran ansia del agua de la fuen-

te; y llegando á lo alto de la cuesta, se pusieron luego en esquadron. Mas eran tan pocos, y sin capitan, que cincuenta enemigos que los acometieran los desbarataran. En breve tiempo llegaron mas y mas soldados, porque el general Pedro de Hinojosa, y el gobernador Pedro de Valdivia, que habian pasado la puente, y estaban en lo baxo de la cuesta, les daban priesa, y les animaban á que subiesen á lo alto. La otra mitad del exército, que estaba de la otra parte del rio, por el alboroto recibido no pudo pasar la puente hasta las nueve del dia con la artillería, que la pasaron con mucho trabajo. Luego caminaron á toda diligencia en pos de los suyos, donde los dexarémos, por decir de Juan de Acosta que salia del Cozco para defender el paso del rio.

Aquel capitan, despachado por

su maese de campo, salió de la ciudad con doscientos arcabuceros á caballo, y treinta lanzas, toda gente escogida. Caminó las quatro leguas primeras, y allí paró sin pretender pasar adelante, bien olvidado de la orden que se le dió, y en aquel puesto hizo noche, donde estuvo tan descuidado y negligente, que dió ánimo y lugar á que se le huyesen dos soldados que dieron aviso de su ida. Otro dia, á mas de las siete de la mañana, siguió su camino muy en contra del orden que Carvajal le dió quando lo eligieron por capitan de esta jornada. Aquel dia se le huyó otro soldado que se decia Juan Nuñez de Prado, natural de Badajoz, que dixo quan cerca quedaba el enemigo, y el orden que Carvajal le habia dado de lo que debia hacer, midiendo el camino y el tiempo por horas y leguas, de lo qual se

espantaron muy mucho los del presidente, y mucho mas quando oyeron decir que habia de dar el arma á tal hora de la noche, porque les parecia que no habia faltado cosa alguna de las que Carvajal habia dicho que sucederian en el campo del presidente. Decian, que pues con una arma falsa habian sentido tanto alboroto ¿qué fuera de ellos si fuera verdadera? Por esta negligencia de Juan de Acosta culparon á Gonzalo Pizarro de mal considerado, por no haber defendido aquellos pasos, como lo escribe Agustin de Zarate, lib. 7., cap. 4., que habiendo dicho el esquadron que los del presidente hicieron de Indios y Negros, dice lo que se sigue:

Y así quando Juan de Acosta envió á reconocer la gente, creyó que habia numero tan desigual que no los osó acometer, y se vol-

vió por mas gente; y entre tanto el presidente hizo pasar todo el campo por la puente, que ya estaba acabada de aderezar: en lo qual se entendió el gran descuido que Gonzalo Pizarro tuvo, en no ponerse tan cerca que pudiese estorvar la pasada, porque solos cien hombres que pusiera en cada paso, fueran parte para defenderlo.

Hasta aquí es de Agustin de Zarate, con que acaba aquel capítulo. Y tiene razon en lo que dice, que cierto los pasos son tan dificultosos, que no hay encarecimiento que baste á pintarlos como ellos son. Viéndose Juan de Acosta no lejos de la decendida de aquel mal paso, segun la relacion de sus corredores, se adelantó con seis de á caballo á correr el campo, y descubrir los enemigos. Hallóles que estaban ya en lo alto de la cuesta; pero tan temerosos, que para que

el enemigo pensase que era mucha mas gente, como lo dicen los historiadores, hicieron subir en las cavalgaduras á sus Indios y Negros, les dieron lanzas y partesanas, y los pusieron en esquadron formado. Y para que el enemigo no conociese la canalla, pusieron en la vanguardia tres ó quatro filas de Españoles, los mas bien armados, que encubriesen los Negros é Indios: de los infantes hicieron otro esquadron, cerca el uno del otro. Juan de Acosta engañado de su vista no quiso tentar la pelea; y aunque los autores dicen que envió á pedir socorro de trescientos arcabuceros, fue por entretener á Gonzalo Pizarro, porque imaginase que podia hacer algo; pero él no hizo cosa alguna de quantas hiciera Carvajal si lo dexaran ir aquella empresa, que era de las suyas. Y aunque le enviaron el so-

corro, quando se juntó con Juan de Acosta, viendo que no podia ofender á los del presidente, se retiró sin hacer cosa alguna, y sin disparar siquiera un arcabuz. Fue apriesa al Cozco, y dió cuenta á Gonzalo Pizarro de todo lo que habia sucedido, y que el presidente estaba ya cerca de ellos.

CAPÍTULO XXXIII.

Gonzalo Pizarro manda echar vando para salir del Cozco. Carvajal procura estorvárselo con recordarle un pronóstico sobre su vida. El presidente camina ácia el Cozco. El enemigo le sale al encuentro.

Gonzalo Pizarro, viendo el poco ó ningun fruto que Juan de Acosta habia hecho en su empresa, determinó salir á recibir el presiden-

te, y darle batalla, porque en ella tenia puesta toda su esperanza, por las victorias que siempre habia alcanzado así de Indios como de Españoles. Mandó echar vando, que para el dia quatro estuviesen todos apercibidos para ir á Sacsahuana, quatro leguas de la ciudad, lo qual se mandó sin órden de Francisco de Carvajal, quien habiéndolo sabido, fue muy alterado á Gonzalo Pizarro y le dixo: En ninguna manera conviene que vuesa señoría salga á recibir á su enemigo, que es aliviarle el trabajo que trae, quitarle mucha parte de él, y tomarlo para sí y para los suyos, en lugar de aumentarselo al contrario. Suplico á vuesa señoría me crea, y fie algo de mi. Pizarro le respondió, que tenia elegido en Sacsahuana un sitio tal y tan bueno para dar batalla, donde sus enemigos no podian acometerle sino por

delante, y que con su artillería, sin llegar á las manos esperaba desbaratarlos. Carvajal replicó: Señor, de esos lugares fuertes hay muchos á cada paso en esta tierra: y yo sabré quando vuesa señoría me lo mande, escogerlo tal que nos asegure la victoria. Lo que yo pretendo es, que estas quatro leguas que vuesa señoría sale á recibir su enemigo las ande ácia atras, y le espere en el sitio llamado Orcos, que está cinco leguas de aquí, y ande el enemigo las unas y las otras, que en la retirada de estas cinco leguas verá vuesa señoría la confusion, pesadumbre y trabajo que á sus contrarios les causa, y la dificultad que tendran para seguirle: y quando vuesa señoría lo haya visto, podrá elegir lo que mejor le estuviere, ó darles batalla como lo desea, ó llevar adelante su retirada como yo lo ten-

go suplicado, y de nuevo le suplico que vuesa señoría se retire, en lugar de salir á recibirles, aunque no sea mas de por no menospreciar lo que dice en su favor, ni favorecer lo que dice en su daño un pronóstico que los astrólogos judiciarios, como es notorio, han echado en los sucesos de vuesa señoría, y en su vida, que han dicho que tal año de ella corre vuesa señoría grandísimo riesgo de perdella; pero que si sale de él vivirá otros muchos en gran felicidad. El año de los de la vida de vuesa señoría con el qual nos amenazan, es el que tenemos presente, y tan cerca de cumplirse, que no le faltan muchos meses, ni aun semanas; y pues el pronóstico es tan en contra como en favor de vuesa señoria, siga y favorezca lo que es en beneficio de su vida: huya y abomine lo que le es en

daño, siquiera hasta ver cumplido el plazo, porque no se queje de sí mismo, ni dé ocasion á que sus aficionados presentes y venideros le lloren de lastima de que no mirase estas cosas como se deben mirar, que aunque las astrologias no tienen bastante certificacion de lo que dicen para que las crean, todavia me parece que es bien dexar pasar los terminos, si se puede hacer, para ver si mienten ó dicen verdad. A vuesa señoría no le fuerza necesidad alguna á dar batalla, antes por muchas causas y razones está obligado á dilatalla, para cobrar mas ventajas sobre las que hoy tiene. ¿Quién nos hace fuerza á aventurar lo que podemos asegurar con andarnos holgando de tierra en tierra, con mucho gusto y regalo nuestro, y á mucha costa y pesar de nuestros enemigos siquiera hasta ver pasado este año

astrológico, que tanto nos amenaza y tanto nos promete? Gonzalo Pizarro habló pocas palabras; y en suma dixo que en ninguna manera le aconsejase retirarse poco ni mucho, ni lejos ni cerca, porque no convenia á su reputacion y honra, sino seguir su ventura, y dar fin á lo que tenia determinado, que era esperar á su enemigo en Sacsahuana, y dar la batalla sin mirar en luna ni en estrellas. Con esto acabaron su plática, y Carvajal salió muy afligido de ella, diciendo entre sí, y entre sus amigos, que era fatal determinacion que el gobernador su señor tenia en el termino de su vida, y así lo entendian todos de ver que tan precipitadamente sin mirar por su salud y estado se fuese á entregar á sus enemigos: decian que no era falta de entendimiento, pues lo tenia bastante, sino que debia de ser sobra de in-

fluencia de signos y planetas, que le cegaban y forzaban á que pusiese la garganta al cuchillo, pues no admitia consejo tan saludable como el de su maese de campo.

Volviendo al presidente, que nos conviene trocar muchas veces las manos de una parte á otra, como texedor, para que de ambas se haga la tela, decimos que con la retirada del capitan Juan de Acosta quedó el campo libre para que el exército real pudiese caminar sin recelo de enemigos; mas por el mucho estorvo que llevaba con la artilleria, municion y bastimento no pudo salir de aquel puesto hasta el quarto dia, que los tres fueron menester para que todo aquel carruage subiese la cuesta del rio, y llegase donde el exército estaba. El presidente mandó luego que caminasen, y pasasen adelante con mucha orden y diligencia; mas por

mucha que los ministros ponian, por el grande estorvo que llevaban, no podian caminar todo lo que quisieran, que la mayor jornada fue de dos leguas, y las mas fueron de una, y á cada jornada paraban un dia y dos hasta que llegaba la retaguardia.

Entretanto Gonzalo Pizarro daba priesa á los suyos para salir del Cozco, é ir á Sacsahuana á esperar á su enemigo, y darle batalla. Sus capitanes, que todos eran mozos y valientes, no teniendo mas atencion que á su valentia, y confiados en ella, daban priesa á la salida, por ver el fin de aquella jornada, que con ella se imaginaban ya ser señores del Perú. Empero á Francisco de Carvajal, y á los de su vando y opinion, que era la gente mas considerada, y mas allegada á razon de guerra, se le hacia muy de mal salir á reci-

bir al enemigo, principalmente no llevando gente de quien fiar tan confiadamente la vida y todo el resto, como Gonzalo Pizarro lo fiaba de los que tenia consigo, siendo mas de los trescientos de ellos de los de Diego Centeno, gente rendida de tan poco tiempo atrás, que muchos de ellos todavia traían parches en las heridas, los quales como enemigos antes habian de procurar su destruccion que desear su aumento; para lo qual el dia de la batalla, en lugar de pelear, habian de huir y quitar el ánimo y esfuerzo á los fieles amigos de Gonzalo Pizarro.

Con estas consideraciones andaban muy descontentos; y el maese de campo Francisco de Carvajal siempre que se ofrecia volvia á disuadir á Gonzalo Pizarro, á ver si pudiese retraerle de su intencion, á que no se pusiese en

tan clara y manifiesta destruccion de su vida, hazañas, honra y todo su ser. Mas como Dios lo ordenase, segun los contrios decian, que las culpas de Gonzalo Pizarro lo llevasen al castigo merecido, no quiso seguir otro parecer sino el suyo. Lo qual dió tanto disgusto á sus aficionados, que propusieron en sus ánimos de negarle en pudiendo. Acerca de esto doy fé, que despues de la batalla de Sacsahuana, ya en sana paz, hablándose de estos sucesos, oí á algunos hombres principales de los que entonces andaban con Gonzalo Pizarro, que si se retirara como se lo aconsejaba su maese de campo no le negaran hasta morir; porque tenian por oráculo á aquel hombre, y de sus consejos militares, por su mucho saber y larga experiencia, esperaban todo buen suceso y prosperidad. Gonzalo Pizarro,

obstinado en su mal daño, salió de la ciudad del Cozco á los últimos de Marzo de mil quinientos quarenta y ocho años, y en dos dias fue á Sacsahuana, aunque no hay mas de quatro leguas, por el mucho estorvo que llevaba con el bastimento, artillería y carruage, que quiso ir bien proveido de todo lo necesario; porque si el enemigo se detuviese en su camino, no padeciese hambre ó necesidad de alguna cosa de las forzosas que un exército ha menester. Y aunque, como se ha dicho, hizo esta jornada contra la voluntad de los mas de sus amigos, no osaron contradecirsela, porque vieron que estaba resuelto y determinado de hacerla; y así casi todos se confirmaron en el proposito de mirar cada uno lo que en su particular le conviniese, que era negar á Gonzalo Pizarro, porque bien veían que él iba á en-

tregarse á la muerte, que le estaba llamando muy apriesa en lo mejor y mas felice de su vida, pues andaba en los quarenta y dos años de su edad, y habia vencido quantas batallas Indios y Españoles le habian dado; y últimamente, seis meses antes aun no cumplidos, habia alcanzado la victoria de Huarina, con la qual estaba encumbrado sobre todos los famosos del Nuevo Mundo. Estas prosperidades, las que pudiera esperar, y su vida con ellas, llevó á enterrar al valle de Sacsahuana.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE CONTIENE ESTE TOMO.

Pág.

I. *Eleccion del licenciado Pedro de la Gasca por el Emperador Carlos V. para la reduccion del Perú.* 3

II. *Poderes que el licenciado Gasca llevó: su llegada á Santa Marta, y al Nombre de Dios. Recibimiento que se le hizo: sucesos y tratos que allí pasaron.* 11

III. *El presidente envia á Hernan Mexia á Panamá á sosegar á Pedro de Hinojosa, y despacha un embaxador á Gonzalo Pizarro. Este sabiendo la ida del presidente envia embaxadores al Emperador.* 23

IV. *Los embaxadores llegan á Panamá: ellos y los que allí estaban niegan á Gonzalo Pizarro, y entregan su armada al presidente. Llegada de Paniagua á los Reyes.* 33

V. *Consultas que se hicieron sobre la revocacion de las ordenanzas, y sobre el perdon en los delitos pasados. Recaudos que en secreto daban á Paniagua. Respuesta de Gonzalo Pizarro.* 52

VI. *Muerte de Alonso de Toro: salida de Diego Centeno de su cueva, y la de otros capitanes al servicio de S. M. Quema Gonzalo Pizarro sus navios.* 68

VII. *El presidente sale de Panamá: llega á Tumpiz. Lorenzo de Aldana llega al valle de Santa: envia ace-*

chadores contra Gonzalo Pizarro. Este nombra capitanes. Proceso que se hizo contra el presidente. 83

VIII. *Gonzalo Pizarro envia á Juan de Acosta contra Lorenzo de Aldana. Asechanzas que entre ellos pasaron. Muerte de Pedro de Puelles.* 95

IX. *Desafio singular sobre la muerte de Pedro de Puelles. Entrada de Diego Centeno en el Cozco, y su pelea con Pedro Maldonado.* 106

X. *Caso maravilloso sobre la pelea de Pedro Maldonado. Muerte de Antonio de Robles. Eleccion de Diego Centeno por capitan general. Reduccion de Lucas Martin al servicio del Rey. Concordia de Alonso de Mendoza con Diego Centeno.* . . 116

XI. *El presidente llega á Tumpiz. Provisiones que allí hizo. Gonzalo Pizarro envia á Juan de Acosta contra Diego Centeno. Lorenzo de Aldana llega cerca de los Reyes. Gonzalo Pizarro toma juramento á los suyos.* . 129

XII. *Envianse rehenes de una parte á otra con astucias de ambas partes. Huyense de Gonzalo Pizarro muchos hombres principales.* 139

XIII. *Martin de Robles usa de un engaño con que se huye.* 151

XIV. *Huida del licenciado Carvajal, de Gabriel de Roxas, y de otros muchos vecinos y soldados famosos.* . 159

XV. *La ciudad de los Reyes alza vandera por S. M. Lorenzo de Aldana sale á tierra. Gran alboroto que hubo en los Reyes.* 166

XVI. *Al capitan Juan de Acosta se le huyen sus capitanes y soldados. Gonzalo Pizarro llega á Huarina: envia un recaudo á Diego Centeno: su respuesta.* . . . 174
XVII. *Diego Centeno escribe al presidente con el propio mensagero de Pizarro. Desesperacion que en él causó. El presidente llega á Sausa, donde le halló Francisco Voso.* 184
XVIII. *Determina Pizarro dar batalla. Envia á Juan de Acosta á dar una arma de noche. Diego Centeno arma su esquadron: Pizarro hace lo mismo.* 194
XIX. *Batalla de Huarina. Ardid de guerra del maese de campo Carvajal. Sucesos particulares de Gonzalo Pizarro, y de otros famosos*

caballeros. 207
XX. *Prosigue la cruel batalla de Huarina. Hechos particulares que sucedieron en ella. Victoria por Gonzalo Pizarro.* 219
XXI. *Muertos y heridos que de ambas partes hubo. Otros sucesos particulares. Lo que Carvajal proveyó despues de la batalla.* 230
XXII. *Gonzalo Pizarro manda enterrar los muertos. Envia ministros á diversas partes. Huida de Diego Centeno. Sucesos particulares de los vencidos.* 242
XXIII. *El autor da satisfaccion de lo que ha dicho; y en comprobacion de lo que refiere, alega lo que los historiadores dicen de su padre.* 254
XXIV. *Lo que Juan de la*

Torre hizo en el Cozco, y otros malos ministros en otras partes. 265
XXV. *Lo que Francisco de Carvajal hizo en Arequepa, en agradecimiento de los beneficios que en años pasados recibió de Miguel Cornejo.* 271
XXVI. *Alteracion que el presidente y su exército recibió con la victoria de Gonzalo Pizarro. Nuevas prevenciones que hizo.* 282
XXVII. *El licenciado Cepeda y otros persuaden á Gonzalo Pizarro pida paz y concierto al presidente: su respuesta. Muerte de Hernando Bachicao. Entrada de Gonzalo Pizarro en el Cozco.* 288
XXVIII. *Prision y muerte de Pedro de Bustincia. Capita-*

nes que el presidente eligió. Como salió de Sausa y llegó á Antahuaylla. 298

XXIX. *Hombres principales, capitanes y soldados que fueron á Antahuaylla á servir á S. M. Regocijos que allí hicieron.* 306

XXX. *Sale el exército de Antahuaylla. Pasa el rio Amancay. Dificultades que se hallan para pasar el rio de Apurimac. Pretenden hacer quatro puentes. Consejo de Carvajal desechado por Gonzalo Pizarro.* 317

XXXI. *Lope Martin echa las tres criznejas de las puentes. Las espias de Gonzalo Pizarro cortan las dos. Alboroto que causó en el exército real. Carvajal da un aviso á Juan de Acosta para defender el paso del rio.* 332

XXXII. *El presidente llega al rio Apurimac. Dificultades y peligros con que lo pasaron. Juan de Acosta sale á defender el paso. Negligencia y descuido que tuvo en toda su jornada.* 345

XXXIII. *Gonzalo Pizarro manda echar vando para salir del Cozco. Carvajal procura estorvarselo, con recordarle un pronóstico sobre su vida. El presidente camina hácia el Cozco. El enemigo le sale al encuentro.* . 356

. . . . . .

FIN DEL TOMO X.